

42-270

VIAJE Á ORIENTE

DE LA FRAGATA DE GUERRA

ARAPILES.

—
TOMO I.
—



~~Lh - h 83~~

86-992
R.

XI
182

VIAJE A ORIENTE

DE LA FRAGATA DE GUERRA

ARAPILES

DE LA COMISION CIENTÍFICA QUE LLEVÓ Á SU BORDO,

ESCRITO POR EL DOCTOR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

PRESIDENTE DE DICHA COMISION,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DIRECTOR Y CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE DIPLOMÁTICA,
GEFE DE SEGUNDO GRADO DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS, Y DE LA SECCION 1.^a
DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL, ETC., ETC.

Adornada con láminas en acero, litografiadas y cromo-litografiadas,
hechas por dibujos que tomó directamente en los lugares estudiados,

EL ARTISTA DE LA COMISION

D. RICARDO VELAZQUEZ,

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO, PREMIADO CON LA ENCOMIENDA DE ISABEL LA CATÓLICA
POR LOS MÉRITOS CONTRAIDOS EN ESTA COMISION, ETC.

TOMO I.



BARCELONA.

EMILIO OLIVER Y COMPAÑÍA. EDITORES.

RAMBLA DE CATALUÑA, NÚM. 60.

1876.



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

BARCELONA.
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA,
calle de Petritxol, núm. 10.
1876.

A LA BENDITA MEMORIA

DE SUS INOLVIDABLES PADRES,

EL DOCTOR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y HENARES

Y

DOÑA MARGARITA DELGADO,

*á quienes, despues de Dios, todo lo debe, dedica este libro, como ofrenda
de su profunda gratitud y amor filial,*

Su respetuoso hijo,

JUAN DE DIOS.

MINISTERIO DE FOMENTO

REAL ÓRDEN

Ilmo. Sr.: En vista del informe emitido por la Real Academia de la Historia acerca de la obra titulada: VIAJE Á ORIENTE DE LA FRAGATA DE GUERRA «ARAPILES» Y DE LA COMISION CIENTÍFICA QUE LLEVÓ Á SU BORDO, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, y cumpliendo ademas dicha produccion con lo prescrito en el Real decreto de 12 de Marzo de 1875 y Real orden de 23 de Junio último, S. M. el Rey (Q. D. G.) ha tenido á bien disponer se suscriba este Ministerio á 375 ejemplares con destino á las Bibliotecas públicas, y con cargo al capítulo 22, artículo 1.º del presupuesto vigente, partida destinada á suscripciones.

De Real orden lo digo á V. I. para su conocimiento y demas efectos. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 16 de Marzo de 1877.—C. Toreno.—Ilmo. Sr. Director general de Instruccion pública.

INFORME QUE SE CITA EN LA REAL ÓRDEN ANTERIOR

Academia de la Historia.—Ilmo. Sr.: La Real Academia de la Historia ha examinado las primeras entregas de la obra titulada VIAJE Á ORIENTE DE LA FRAGATA DE GUERRA «ARAPILES» Y DE LA COMISION CIENTÍFICA QUE LLEVÓ Á SU BORDO, y la instancia del editor D. Emilio Oliver, remitidas por V. I. en 9 de Enero último á la Academia, para que ésta informe al tenor de lo que previene el Real decreto de 12 de Marzo de 1875.

Son requisitos indispensables, segun esta superior disposicion, para obtener auxilio del Estado, que la obra para la cual se pide sea original, de relevante mérito, y de utilidad para las Bibliotecas.

Acerca de la originalidad del VIAJE Á ORIENTE, á que la solicitud se refiere, no abriga la Academia la menor duda. Redacta el libro el digno presidente de la comision científica que la fragata *Arapiles* llevó á su bordo, el Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, y su acreditado nombre es garantía suficiente contra toda sospecha de plagio. Es asimismo notorio que la parte de la obra, hasta ahora publicada, anuncia una produccion literaria de relevante mérito bajo los conceptos histórico, arqueológico, geográfico y etnográfico. Debe decirse que una publicacion es de revelante mérito, cuando en su propósito y en su ejecucion resaltan dotes que la colocan en una evidente superioridad respecto de las otras de la misma índole; y es claro que el pensamiento que ha presidido á la obra del Sr. Rada, y las cualidades de método, ordenacion, novedad y estilo, que lucen en su forma externa, son tan superiores, que el requisito del mérito relevante se cumple en ella, aún á los ojos del censor más severo. El Sr. Rada anuncia la idea de su viaje á Oriente en las siguientes frases: «Remitidas á su destino las instrucciones (esto es, las comunicadas por el Almirantazgo al comandante de la fragata *Arapiles* en Junio de 1871), aprestábase la fragata á emprender su derrotero, cuando, al tener noticia el que esto suscribe del proyectado viaje, comprendió que podría ser de gran utilidad para las ciencias históricas y arqueológicas y

para estudios de observacion acerca de los usos, costumbres, tradiciones y demas que caracterizan á los pueblos de remoto origen, el nombramiento de una comision que, llevada á bordo de la fragata, explore todos los países que debia recorrer, se internase en los territorios cuando le fuera posible, recogiese datos y noticias, formase y redactase juicios críticos, y procurase, á la vez, acrecentar las colecciones del Museo Arqueológico Nacional con cuantos objetos pudiera adquirir en aquellas antiguas comarcas, tan visitadas y exploradas por extranjeros, y apenas conocidas entre nosotros por exiguas narraciones, más de sentimiento que de verdadera investigacion científica, tomadas de escritores extraños.»

Sólo dos capítulos de la obra y una brillante introduccion ha dado hasta ahora á la estampa el editor barcelones, y en esta parte aún no ha tenido ocasion de poner de manifiesto el Sr. Rada y Delgado la cosecha científica recogida durante su viaje, porque á la conclusion del capítulo II es cuando empieza á tratar de Nápoles, saturada la imaginacion de recuerdos históricos de Puzzuolo, Sorrento, Portici, Herculano y Pompeya; pero sabedora esta Academia de la manera como ha desempeñado la mision artística y arqueológica que se impuso, trayendo al Museo de Antigüedades de Madrid preciosos objetos de cerámica griega, é interesantísimos vaciados de escultura del tiempo de Fídias, no le es posible dudar que haya cumplido con igual felicidad y acierto los otros nobles intentos de su expedicion, bien poco costosa, por cierto, al público Tesoro, aunque tan fecunda en resultados.

La obra del Sr. Rada no puede ménos de ser útil en las bibliotecas públicas de España, requisito tambien indispensable para que auxilie su publicacion el Estado. Precisamente porque los viajes á las lejanas partes de Oriente eran difíciles ántes de la navegacion al vapor, los pocos exploradores de aquellas regiones solían pasar por embaucadores ó visionarios, cuando referían las cosas que en ellas habían observado. Por mentiroso pasó el veneciano Marco Polo, viajero de fines del siglo XIII y principios del XIV, y sus coetáneos le apellidaban por burla *Messer Million*, satirizando las grandezas que refería de la Armenia y del Japon, de Trebisonda y Constantinopla; y hoy los adelantos de la ciencia, obtenidos por otros en aquellas mismas regiones, ponen de manifiesto su verdad y sinceridad. Tambien pasó por embustero ó visionario el ingles Jhon Mandeville, viajero del siglo XIV, narrando las magnificencias del Asia, y tambien los modernos viajeros van descubriendo que sus supuestas invenciones son perfectas realidades. ¿Qué no se han criticado las especies consignadas en el viaje malamente atribuido á Ruy Gonzalez de Clavijo?... ¿Y no ha sido tambien recibida con sonrisa de incredulidad la entretenida y curiosa relacion de las *andanzas é viajes de Pero Tafur*? Pues para comprobar unas con otras tales narraciones y tales maravillas, conviene grandemente que se repitan esas expediciones, y que se hagan públicos sus resultados; y por cierto, cada vez que la prensa anuncia un nuevo libro sobre tan meritorias empresas, la Academia lo acoge y examina, como examinará indudablemente el del Sr. Rada y Delgado, cuando esté concluido, para aquilatar sus asertos en la piedra de toque de la comparacion con los escritos que le han precedido.

No señala el editor Oliver la extension que ha de tener el VIAJE A ORIENTE, ni su coste aproximado, ni el número de entregas ó tomos que ha de formar, segun previene el artículo 2.º del Real decreto de 12 de Marzo de 1875, para cuando los auxilios se necesitan para imprimir, como en el presente caso acontece. Pero esta falta, que se puede subsanar fácilmente reclamando del editor esos datos, no debe ser motivo para que deje el Gobierno de aplicar á la obra del Sr. Rada y Delgado el auxilio que determina el Real decreto, suscribiéndose por el mayor número de ejemplares.

Tal es el dictámen de la Academia, que, de acuerdo de la misma, tengo la honra de comunicar á V. I., con la devolucion de las entregas y de la instancia.

Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 14 de Febrero de 1877.—El secretario, Pedro Sabau.—Ilmo. Sr. Director general de Instruccion pública.

INTRODUCCION.

I.

Con objeto de que la bandera española recorriese algunos puntos de Grecia y Turquía y otros de Oriente, donde un tiempo ondeó victoriosa, y para adquirir exactas noticias sobre el estado de cultura y progresos de los países visitados, sus necesidades comerciales, medios más fáciles de satisfacerlas, y todo lo que en suma significase estudio preparatorio, como base para ensanchar algun día nuestro comercio, cual lo estuvo el de la corona de Aragon en tiempo en que sus barras se alzaban dominadoras en los principales baluartes de Rumanía y Grecia, y sus cónsules hacian tener en alto aprecio y consideracion nuestro nombre, dispúsose por orden del Almirantazgo español en 10 de Junio de 1871, que la fragata de guerra «Arapiles», surta á la sazón en la rada de Nápoles, adonde habia ido para asistir á la distribucion de premios de la exposicion marítima que tuvo lugar en aquella renombrada ciudad, emprendiese el viage á los puntos que se le designaron en dicha superior disposicion, con arreglo á las instrucciones que se dieron al comandante de la fragata; instrucciones, que por ser el punto de partida de todos los trabajos posteriores, y documento importante, que hace honor á nuestro distinguido Cuerpo general de la Armada, reproducimos en este lugar, sino en todos sus párrafos, en los más pertinentes á nuestro propósito.

Decíase en ellos al expresado comandante, refiriéndose á la delicada comision

que se le confiaba: «Conocido por V. S. el objeto de ella, hay la seguridad de obtener el éxito deseado, sin detallarle minuciosamente la derrota que debe seguir; pero se indicarán los principales puntos que ha de visitar, dejando á la discrecion de V. S. la permanencia en cada uno, segun las condiciones de localidad, para la seguridad de esa fragata y salud de sus tripulantes, siempre que la mayor detencion no esceda de cinco dias.»

«Hecho efectivo el crédito..... y repuesto de víveres, aguada, combustibles, y demás provisiones, así como de los libros, derroteros y planos que estime útiles para su conocimiento, se dirigirá V. S. á Palermo, y desde este punto á la capital de Malta, encargando en uno y otro á los oficiales y guardias marinas, que visiten algo de lo mucho notable que en ambas capitales se encierra, principalmente los recuerdos que se relacionan con nuestra historia patria.»

«En Malta procurará V. S. embarcar á su bordo un piloto del Archipiélago de Grecia; si es posible, que lo sea á la vez del estrecho de los Dardanelos y Mar de Mármara, y si se encontrase, seria preferible el que además conociese las costas de Caramania y Siria, con especialidad esta última. De no encontrarle en aquel puerto, puede V. S. tomarlo en cualquiera de los subsiguientes que debe visitar.»

«Desde Malta se dirigirá V. S. al Pireo, tomando el surgidero más cómodo para la seguridad del buque, y para que V. S. y sus oficiales puedan visitar la famosa Atenas; poniéndose de acuerdo para verificarlo, así como para las visitas oficiales, con nuestro representante en aquella capital. Desde Atenas hará V. S. rumbo á embocar los Dardanelos, teniendo muy presente la prevencion de que los tratados prohíben su paso durante la noche (1). Si el tiempo y las circunstancias lo permiten, podrá V. S. fondear en Besika, ya pasando por el Canal de Tenedos, ya por fuera del promontorio, á fin de visitar las decantadas ruinas de Troya. Si no le fuese posible, continuará á Galípoli directamente; y recomiendo á V. S. que averigüe si de la tradicion, ó por acaso, de algun documento, marca ó nombre se infiere el sitio de aquella rada donde Rocafort, Ramon Montaner, Siscár, Caldés, Albaro y demás capitanes catalanes y aragoneses, resto de la expedicion de Roger de Flor, y Berenguer de Entenza, echaron á pique sus naves en 1304, para defenderse ó perecer en Galípoli con los mil doscientos infantes y doscientos caballos que les quedaban.»

«Desde Galípoli avisará V. S. su llegada y salida al Representante de España en Turquía y se dirigirá á Constantinopla, pudiendo detenerse en esta Capital algo más de los cinco dias marcados, si lo creyese oportuno, para ver la poblacion y sus arrabales, habida cuenta del tiempo que ha de invertir en visitas y cumplimientos oficia-

(1) Una nota diplomática inserta en un diario inglés, dió margen á suponer se habia permitido durante el dia, el paso de los Dardanelos á los buques de guerra.

les, de acuerdo siempre con nuestro representante; y si este funcionario considera conveniente que se presente el buque en algun otro punto del Bósforo y aun su desembarque en el Mar Negro, como atenta retribucion ó córtesia á extrangeros residentes en aquella capital, que en union de nuestro Ministro Plenipotenciario deesen verificar esta expedicion bajo la bandera Española, deferirá V. S. á sus indicaciones.»

«Trascurridos uno ó dos dias de su regreso á Constantinopla puede V. S. dirigirse á Mundaca ó Mundania para visitar á Brussa, centro fabril de las sederías del territorio turco, si de los informes que dé á V. S. en Constantinopla nuestro representante resultase oportuna esta escala; y fácil el camino que desde el primer puerto conduce á dicha poblacion. De no serlo, hará V. S. rumbo de vuelta á Galípoli y de aquí á Rodas, tocando, si lo juzga conveniente, en el puerto principal de la Isla de Metelin, en Chio, como atribuida patria de Homero, y en Samos por su significacion histórica.»

«Desde Rodas se dirigirá V. S. al punto que mas convenga de Chipre, de aquí á Beirut, caso que fuese fácil trasponer el camino á Damasco, á fin de que V. S. y los oficiales que puedan, visiten esta célebre ciudad: de Beirut á Jaffa para que visiten á Jerusalem, de Jaffa á Alejandria, y de Alejandria á Túnez y Argel, terminando la campaña en Cartagena.»

«No es preciso recomendar á V. S. la conveniencia de que V. S. y los oficiales á sus órdenes tomen detallados apuntes, además de lo que conceptúen necesario en la parte histórica y geográfica, sobre el estado actual, cultura, industria, progreso moral y material y relaciones comerciales de esos países con otros de Europa, á fin de poder deducir por la comparacion las ventajas que pudiera obtener el nuestro por medio de tratados especiales.»

... «No obstante la necesidad que tendrá V. S. de valerse de la máquina en el paso de *freus* y estrechos en casi todo el mar del archipiélago, y cuando la tenacidad de vientos contrarios le aconsejen emplearla, le recomiendo especialmente que en los demás casos la economía del Erario y la instruccion marinera de sus subordinados, objeto siempre de preferente atencion, exigen el empleo del aparejo exclusivamente, siempre que las circunstancias lo permitan.»

«Por lo mismo que hace muchos años que nuestros buques de guerra no recorren los puntos que en su expedicion visitará la fragata Arapiles, y ante la fundada consideracion de que la Marina militar cuando dista de la Patria es siempre su verdadera representacion, este Almirantazgo confia en que el porte decoroso y atento en todas las clases de ese buque ha de ser un modelo de cultura, y que durante su permanencia en los distintos puertos mencionados, no dará motivo alguno de queja ni duda respecto á su disciplina y buen proceder.»

«Nó obstante de indicarle á V. S. los puertos en que ha de detenerse, tanto á su ida como á su regreso de Constantinopla, si de las noticias, que procurará adquirir con particular empeño, llegára á saber que existe en alguno de ellos el menor síntoma de enfermedad contagiosa, variará la derrota, segun aquel conocimiento, dándole á este Ministerio así de esto como de todas sus escalas é incidentes de su navegacion, con la mayor frecuencia y por la via mas corta posible.»

Tales fueron las notables instrucciones, que se dieron para el acordado viaje al comandante de la fragata, instrucciones en las que, como en el pensamiento generador del viaje, se descubre la intervencion é ilustrado celo del secretario del Almirantazgo en aquella época, y del oficial que tenia á su cargo este negociado, cuya escesiva modestia á pesar de su verdadero mérito nos prohíbe consignar su nombre.

Remitidas á su destino las anteriores instrucciones, aprestábase la fragata á emprender su derrotero, cuando al tener noticia el que esto escribe del proyectado viaje, comprendió que podia ser de gran utilidad para las ciencias históricas y arqueológicas, y para estudios de observacion acerca de los usos, costumbres, tradiciones, y demás que caracterizan á los pueblos de remoto origen, el nombramiento de una comision que, llevada á bordo de la fragata, explorase todos los países que debia recorrer, se internase en los territorios, cuando le fuera posible, recogiese datos y noticias, formase y redactase juicios críticos y procurase á la vez acrecentar las colecciones del Museo Arqueológico nacional con cuantos objetos pudiera adquirir en aquellas antiguas comarcas, tan visitadas y explotadas por extranjeros, y apenas conocidas entre nosotros por exiguas narraciones, mas de sentimiento que de verdadera investigacion científica, tomadas de escritores extraños.

Comunicado el pensamiento con la fé que inspira un buen deseo, al Director de Instruccion Pública, el Excmo. Sr. D. Juan Valera, fué acogido con verdadero entusiasmo, y aunque el tiempo que faltaba para la salida del buque de la rada de Nápoles era limitadísimo, bien pronto puesto de acuerdo el Ministro de Fomento, que á la sazón lo era interinamente el Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, con el de Marina Excmo. Sr. D. José Beranger (1), diéronse las órdenes para que la comision fuese recibida á bordo, y que se le prestasen por el comandante cuantos auxilios necesitára á fin de llevar á efecto su cometido. Una dificultad, y no pequeña surgió bien pronto, por la escasez de recursos con que la comision podia contar; pero teniendo presente que más hace la voluntad á veces que los medios materiales, tan rica de fé en la importancia y trascendencia de su mision, como escasa de recursos

(1) No podemos, sin caer en ingratitud, omitir los nombres de D. Juan Uña y D. Felipe Picatoste, oficiales entonces del Ministerio de Fomento, que cooperaron eficazmente á la realizacion del proyecto, cerca del Director y del Ministro.

para realizarla, dispúsose á emprender el viaje, que afortunadamente dió los resultados que irán viendo nuestros lectores, si quieren discurrir tranquilamente por las páginas de este libro, haciendo el viaje más cómodamente á la verdad, que lo hicieron sobre todo por tierra, los que emprendian fatigosas expediciones bajo el sol de Asia y de Africa, en los *templados* dias del verano y del otoño, y con los malísimos medios de comunicacion que se encuentran en aquellos países.

Sin embargo de todo, procuramos aprovechar el escaso tiempo de que podíamos disponer en cada lugar donde la fragata tocaba, ó adonde desde el litoral nos dirigíamos para realizar nuestras investigaciones, sin tener para nada en cuenta las molestias ni los inconvenientes materiales; y como recompensa á nuestros esfuerzos, volvíamos casi siempre bien provistos de dibujos, apuntes, observaciones, estudios, y aun objetos antiguos, que nos compensaban sobradamente de nuestros afanes.

No es, sin embargo, este libro de investigacion especial y concreta sobre un solo punto, ó sobre determinada série de ideas. Siguiendo la marcha de la fragata, vamos narrando todo lo que vimos y estudiamos, así describiendo un monumento, como consignando una tradicion, emitiendo un juicio crítico, como delineando cuadros de costumbres y noticias de actualidad, para los fines que se proponia el viaje, y que quedan expresados en las instrucciones transcritas; con cuyo propósito, en esta última parte hemos tenido presente las observaciones hechas por el comandante y oficiales en cumplimiento de las mismas instrucciones, de tal modo que esta narracion, que á falta de otro mérito ha de tener el de ser verídica y hecha en los mismos lugares recorridos, resume los trabajos de unos y de otros.

Por la misma causa, para la parte marítima hemos tenido á la vista, y seguimos con su propia tecnología, el diario de navegacion, tanto como para los juicios críticos y estudios científicos, hemos procurado formar y exponer nuestro propio criterio, despues de estudiar, donde las habia, las narraciones de otros viajeros, que nos habian precedido en aquellas comarcas.

Tal será nuestro libro. Ligeró á veces; árido tal vez otras; inspirado por el sentimiento no pocas; por el insaciable impulso de la investigacion, la mayor parte; pero siempre verídico, y sin aspirar á *producir sensacion*, con relatos de peligros y aventuras, que tanto abundan en obras de este género, sino á que se conozcan los esfuerzos hechos por nuestra patria para empezar á tomar parte en la gran conquista que realiza la civilizacion del presente siglo; la conquista para la historia, para el arte, para las ciencias de observacion y análisis comparativo, del postrado Oriente, que abrumado bajo el peso de su historia y de sus grandezas perdidas, parece próximo á sucumbir, pero que aun siendo vencido en lo presente, dominará con su pasado á sus mismos vencedores.

II.

No es la primera vez que, con análogo propósito al que inspiró el presente viage, buques de guerra españoles se dirigieron á aquellas apartadas regiones, con fin político y diplomático, pero reducida la investigacion más á lo militar y mercantil, aunque algo de costumbres tratase, y muy poco de arte y monumentos, y limitada á más escaso territorio, puesto que solo fué el viage á Constantinopla. No por esto queremos aminorar en lo más mínimo la grande importancia y la verdadera y práctica utilidad del viage que hizo una escuadra á Constantinopla en el año de 1784; viage cuyas causas se encuentran expuestas, con tan noble llaneza como amor á la humanidad, en las primeras páginas de la relacion que de él escribió D. José Moreno, de orden del insigne Conde de Floridablanca, y que corre admirablemente impresa en rica edicion por la Imprenta Real.

Lícito nos era reproducir aquellas frases, hoy que vamos á narrar el viage que despues se ha llevado á cabo con afines propósitos, pero con mas estension de miras, por los nuevos horizontes que los modernos adelantos han abierto á la incansable actividad de la inteligencia; hoy que atravesamos el difícil período en que extraviada la opinion pública en alas de ambiciones personales, olvida los altos fines de la difícil ciencia de gobernar á los pueblos, que con tanto amor inspirara estas notables palabras: «Dias ha que la sana política se confiesa sin rubor desengañada de muy notables desacuerdos. Harto duró aquel furor de poseer, que paliaba con el nombre honroso de conquista lo que era en realidad una desolacion de vencedores y vencidos. Hoy con mas amor del hombre, cuando se ostenta el poder y la fuerza de las armas, solo es para mejorar ó defender el bienestar de una nacion y sus derechos. Así es que en todas las guerras de este tiempo las conquistas, si las hubo, se han mirado únicamente como medios que proporcionasen las condiciones, la facilidad, ó los aumentos del comercio.

«No podia España desconocer esta verdad. Aunque jamás cupo en ella emprender sus guerras sin justicia ni concluir las sin lucimiento, sin envidiar á otras Coronas la gloria de aterrorizar al mundo con ejércitos, se contenta (mientras no es contra su decoro) con grangear pacíficamente respeto con sus émulos, ventajas sobre sus enemigos, y utilidades para el Reino.

«Entre varias negociaciones mucho tiempo ha entabladas y ahora felizmente concluidas con algunas potencias de Levante, siempre ocupará el mas distinguido lugar la Paz que se ajustó entre las Cortes de Madrid y Constantinopla.

«.....Allanados todos los obstáculos en que la política lució menos en convencer á los enemigos que en superar á los rivales, quedó ajustada una paz mutuamente ventajosa que se firmó en Constantinopla á 14 de Setiembre de 1782, y fué publicada en Madrid á 14 de Noviembre del año siguiente.

«De este modo y con la mira de dar ensanches al comercio Español, se ha quitado el principal estorbo de los Turcos y de los piratas que, con el susto más que con el daño, retraian á nuestra marina mercantil de frecuentar las escalas de Levante. Se ha proporcionado abrir las de Turquía; adelantar el comercio con la Rusia y la Polonia; y proteger el de todo el Mediterráneo. Porque entablada amistad con la Puerta Otomana, y hecha paz con algunas Regencias Berberiscas, es de creer que las demás, contenidas con el influjo ó con el miedo, fien de nuestra amistad lo que no pudieran de sus armas.

«En las recíprocas pruebas de sinceridad entre las Cortes de España y de Turquía, tenia el asunto toda la posible consistencia; pero tampoco faltaron en él aquellas exterioridades que tiran á ganar los ojos, cuando solo por ellas se pueden grangear los corazones.....

«Para dar mas esplendor al mensaje se aprestó una escuadra, que sin afectada ostentacion significase el poder de quien la enviaba, y la importancia del asunto».....

Tales fueron los móviles de aquel viage, que con carácter oficial precedió al nuestro en varios de los lugares visitados; viage en que figuraron mandando los tres buques de que se componia la escuadra, el navío «Triunfante» de porte de ochenta cañones, el «San Pascual» de setenta, y el bergantin «Infante», de diez y ocho, marineros tan ilustres como D. Gabriel Aristizabal, su comandante general, D. Sebastian Ruiz de Apodaca, D. Francisco Javier de Winthuisen, y D. Juan María de Villavicencio, capitanes de navío á la sazón los dos segundos y teniente el tercero, todos los cuales en los puestos donde les colocó su deber, dieron dias de gloria á la Armada española.

Muy anterior á este viage, que tan aficionados dejó los ánimos de los turcos al nombre y amistad de los españoles, mas de tres siglos antes, en los principios del décimo quinto, habian recorrido ya los castellanos estensas regiones de levante en viajes dispuestos por un rey, tan digno de mejor fortuna como escaso de ella, y de tan generoso y levantado espíritu, como pequeñas y raquíticas eran las ambiciones, que ahogaban con su asfixiante atmósfera los buenos instintos del *doliente* monarca. Dos embajadas sucesivas envió Enrique III al célebre Tamurlan, Tamerlan y Tamborlan, propiamente Timur-beg (de *Timur*, hierro, y *beg*, bey ó beig, Señor ó so-

berano), ó Timur-leng, Timur el cojo, ó tullido, por estarlo de los dedos meñique y anular de la diestra y de la pierna derecha: hijo de Taragai, gefe de la horda de los Berlas y descendiente por línea femenina de Gengis-Kan, nacido el 9 de abril de 1336 en Sebz, arrabal de Kesch al S. O. de Samarcanda; muerto en la noche de 18 de febrero de 1405 en Otrar, sobre el rio Sihun (1); conquistador indomable, á pesar de su flaca naturaleza, fué el afortunado guerrero en quien tenia puestas sus esperanzas la cristiandad, como incansable debelador del Turco. Embajadas las que el monarca de Castilla le envió con fin esencialmente político, estuvo desempeñada la primera por Payo Gomez de Soto (ó Sotomayor) y Hernan Sanchez de Palazuelos (ó Palenzuelos), nobles palatinos, que llegaron en sazón oportuna de presenciar el choque decisivo de las hordas de Timur-leng con el ejército turco á 18 de Junio de 1402, en el cual quedó completamente derrotado el turco, junto á la ciudad de Anguri, ó Angora en Galacia, y de ofrecer por ello, siguiendo las instrucciones de su Rey, la mas cordial amistad al vencedor, felicitándole por su triunfo. Motivada la segunda por la cortesía y magnificencia con que el indomable scita contestó á las ofertas del Rey con su enviado Mahomed-Alcagi (2), fué desempeñada por fray Alonso Paez de Santa María, caracterizado maestro de Teología, el caballero madrileño Ruy Gonzalez de Clavijo, su Camarero, y Gomez de Salazar su guarda; embajada que provista de cartas y preciosos regalos y acompañada del mismo enviado de Timur-leng Mahomed-Alcagi, dejaba el puerto de Santa María á 22 de Mayo de 1403, navegaba á Constantinopla, de aquí hasta Trebisonda, atravesaba este imperio por el Norte de

(1) Seguimos en estas noticias, las que contienen las curiosas y eruditas que consignó en el segundo tomo de las *Andanças é viajes de Pero Tafur*, pág. 528, el docto naturalista é intrépido explorador de las tierras que baña el Pacífico, D. Miguel Gimenez de la Espada, publicadas por el mismo, con gran número de importantísimos apéndices, en Madrid, «colección de libros españoles raros ó curiosos,» año de 1874.

(2) Entre los regalos que trajo este enviado del *Gran Tamerlan*, merece especial mención por su originalidad, y porque descubre el concepto en que á la mujer se ha tenido en todas épocas en Oriente, el de dos doncellas, que aquí fueron conocidas con los nombres de D.^a María y D.^a Angelina, nietas las dos del rey de Hungría, esclavas de Bayaceto, y cautivadas por Tamerlan en la victoria de Anguri, acerca de las cuales escribe con tanta donosura como erudicion, el citado comentarista, lo siguiente: «Hermanas por su cuna y su destino, pero no en el suceso que obtuvo la novedad de su hermosura en Castilla. Que D.^a Angelina pasó de manos del emisario tártaro en los amantes brazos de su esposo el regidor Contreras, sin otro riesgo que la noble proteccion de un soberano enfermo, y los honestos requiebros del trovador micer Francisco Imperial; y D.^a María, ó porque fuese mas blanda ó mejor requerida, camino de las playas andaluzas á la Corte, perdió lo imposible de recobrar cabe la fuente de Jódar, cuyos frescos rumores sonaron desde entonces unidos á los ecos de esta copla:

*En la Fontana de Xodar
vi á la niña de ojos bellos
é finqué ferido de ellos
sin tener de vida un ora;*

ecos por extremo discretos, pues oyeron y callan, que el ferido Payo Gomez, antes de fenecer su corta vida, tuvo tiempo de ferir á su vez dulcemente en la honra á D.^a María. Y dicen que el Rey quiso prender al osado decentador de su presente, y que el decentador se huyó á Galicia, y de allí á Francia, hasta que, viudo y absuelto, por orden del príncipe D. Juan, compuso el desaguizado, apretando en la iglesia los lazos amorosos que de mala manera añadió en la *fontana de Xodar*.»

Armenia, y el de Persia por Táuris y S. del mar Caspio ó Colzum, perdía á Gomez de Salazar en Nixaor de la Media (Nichapur) el 26 de Julio de 1404, llegaba á Samarcanda en la Bukania (S. del Turquestan) el 8 de Setiembre, emprendía su regreso á 21 de Noviembre del mismo año, y casi por el mismo camino, y estaba de vuelta en Alcalá de Henares, residencia de D. Enrique, el 4 de Marzo de 1406, habiendo realizado una de los viages mas extraordinarios de que hay memoria (1), y del cual quedó curiosísimo relato, sin razon atribuido hasta el dia á Ruy Gonzalez de Clavijo, siendo así que en el se encuentra la mas cumplida declaracion de que fué escrito por diverso narrador, que habla de Rui Gonzalez en tercera persona, como uno de los que figuraron en aquella expedicion (2).

Del anterior viaje de Payo Gomez de Soto no se ha conservado, ó no existió crónica.

No sucede lo mismo afortunadamente con otro viaje emprendido años despues en el mismo siglo xv, y realizado desde 1435 á 1439 por un caballero andaluz, jóven, y de ilustracion superior á su siglo, amante decidido de la investigacion y de los adelantos, que «con la bolsa repleta y muy recomendado por su soberano D. Juan II á los demás soberanos amigos, viaja como le place, hallando distinguido acogimiento, aquí del Papa que le consulta en negocios políticos, ó del rey de Chipre, que le encomienda una embajada al Soldan de Babilonia; allí del emperador de Alemania, que le sienta á su mesa, y le concede tres órdenes militares, ó del de Grecia que le llama pariente, y en todas partes fácil el acceso con cualesquier personas y á cualesquier lugares, y pasando por cien diversos lances, que ni esquivaba ni busca, y se le ofrecen á menudo, como á quien trata de indagar y observar por sí mismo, cuanto presenta de curioso, de notable ó de extraño el país que visita y sus gentes, y se obliga á narrarlo á sabiendas y de manera que, aunque agrade, no engañe, é instruya; cuyo propósito cumplidamente desempeña, juzgando con discrecion y buena fé acerca de los hombres y las cosas, describiendo con entera verdad, amenizando

(1) Gimenez de la Espada, *loco citato*.

(2) Rui Gonzalez de Clavijo despues de su viaje mereció todavía mayor consideracion y afecto del hijo de D. Juan I, que la que antes le dispensaba, concediéndole su amistad, si antes le habia dispensado su proteccion; y cuando otorgaba su testamento poniale por testigo de su postrera voluntad, conservándole hasta su muerte entre sus mas cercanos servidores.

Aquel cumplido caballero, uno de los mas ilustres hijos de Madrid, vivió hasta 1412: en los últimos años de su vida hizo labrar en el convento de San Francisco de esta Corte una suntuosa capilla, y en ella un sepulcro de mármol ricamente decorado con su estatua yacente, leyéndose al rededor del lecho esta inscripcion:

AQUÍ YACE EL HONRADO CAVALLERO RUY GONZALEZ DE CLAVIJO QUE DIOS PERDONE, CAMARERO DE LOS REYES D. ENRIQUE DE BUENA MEMORIA Y DE D. JUAN, SU FIJO: AL QUAL EL DICHO SEÑOR REY OVO ENVIADO POR SU EMBAJADOR AL TAMORLAN, ET FINO DOS DE ABRIL AÑO DEL SEÑOR DE MCCCCXII AÑOS.

El sepulcro existió allí hasta que se quitó para poner el de D.^a Juana, mujer de Enrique iv: los mármoles que le componian se destinaron en tiempo de Gil Gonzalez Dávila á exornar la entrada de la portería del convento. (*Historia de la Villa y Corte de Madrid*, por D. José Amador de los Rios y D. Juan de Dios de la Rada y Delgado).

su relato con tradiciones legendarias ó históricas, y animándole con la accion de sus propias aventuras, para lo cual le dan la mano la llaneza, desembarazo y buen humor de su estilo, desaliñado muchas veces y á ratos franco y suelto en demasía»; segun las atinadas y elegantes frases con que acertadamente caracteriza al viajero y á la relacion por él escrita de su viaje, el ya citado publicista (1), al dar á luz las *andanzas é viajes* de Pero Tafur, que así se llamaba el intrépido sevillano, copiándolas del manuscrito que se conserva con otras muchas riquezas que le avaloran, en la riquísima biblioteca particular de S. M.—Más de una vez habremos de citar este importante viaje, realizado con fines verdaderamente científicos por un español, antes que en ningun otro país se pensase en recorrer las históricas regiones de Levante para estudiar su historia, sus monumentos y sus costumbres, formando así acertados juicios para lo entonces presente, y dejando útiles enseñanzas para lo porvenir.

Pero á pesar de la importancia de estas expediciones á Oriente, tan fructuosas para los estudios geográficos é históricos, apenas han alcanzado el renombre de que son dignas, no habiéndose conocido del publico la última de Pero Tafur sino desde hace poco mas de un año.

Toda la gloria de nuestros viajes á tan apartadas regiones quedó absorbida por la célebre expedicion de catalanes y aragoneses, que desde 1302 á 1313 en el siglo anterior á el en que se realizaron aquellas pacíficas exploraciones, consiguieron victorias y triunfos, hasta el extremo de poder con justicia decirse de ellas, como escribia un poeta

.....que su gloria
ahogó á la fama y fatigó á la historia.

Aquella expedicion, cuyos verdaderos héroes, á pesar de las violencias y desmanes, propios é inevitables de las grandes empresas guerreñas, fundan á su paso un trono en Sicilia, y llevan por noble propósito romper la opresion del Imperio bizantino y arrancar el Asia del poder de la media luna, realizando para ello tales hazañas, consumando tales proezas, consiguiendo tales conquistas y alcanzando tal renombre, que lo mismo, que cuantos con ellos luchaban, fueran genoveses, alanos, turcos, turcopolos, griegos ó bizantinos, quedaban desbaratados con igual empuje á los terribles gritos de «*¡via fora!*», «*¡desperta ferro!*», «*¡San Jorge y Aragon!*», cuantas naciones aparecieron entonces y despues en su presencia, vieron palidecer sus hazañas, oscurecidas por el indomable valor de aquel puñado de españoles, colosales figuras, ante cualquiera de las cuales queda empequeñecido Aquiles.

«Como si anduviesen en un jardin» segun la atrevida, pero exacta expresion de

(1) Gimenez de la Espada.

Muntaner, recorrieron las mas apartadas regiones de Asia, y señorearon toda la tierra cabalgando el imperio á su guisa.»

Cuatro mil infantes y quinientos ginetes fueron solo al mando de Roger en una flota de treinta y ocho velas, que saliendo del puerto de Mesina llegó á Constantinopla; y fieles á la promesa que habian hecho al emperador bizantino Andrónico, que sintiendo vacilar su trono al empuje de los turcos, les habia llamado en su auxilio, pronto dejaron sentir el vigor y esfuerzo de su brazo y las altas dotes del valeroso capitan que los guiaba, á las altivas lunas; haciendo en la Anatolia, en Frigia, en Filadelfia, en el monte Tauro tales proezas la pequeña hueste española contra los enemigos, que bien pronto lograron imponerles hasta el punto de que sus numerosos y aguerridos ejércitos no se atrevian á medir sus armas contra los invencibles catalanes y aragoneses.

Reforzados con trescientos caballos y mil almogavares á las órdenes de Berenguer de Entenza aquel puñado de valientes, impusieron respeto á todos los enemigos del emperador; que pérfido, despues de otorgarles mercedes, si altas para su imperio, no más que merecidas para las que habian conquistado sus valedores, celoso ya de tanta gloria, como sucede siempre á los débiles, cuando llaman en su auxilio á los poderosos, tan pronto como no les juzgó necesarios, quiso deshacerse de ellos.

Invernaban los dos caudillos en Galipoli, cuando llamado Roger por el hijo primogénito del emperador, Miguel Paleólogo, en medio de los encantos de un festin le hizo asesinar cobardemente; accion indigna é indigno refinamiento de la más pérfida ingratitud, para la que no ha tenido ni tendrá bastante execracion la historia, por más que haya arrojado sobre ella su baldon durante cuatro siglos y siga arrojándose mientras exista la humanidad.

Pero el inicuo designio no habia de realizarse por completo. Si olvidados los beneficios, y sin temor de las nuevas alianzas con los que antes eran enemigos, numeroso ejército de turcos, griegos y alanos se dirige á Galipoli con orden y propósito de no dejar un solo español con vida, temen su empuje al solo reto de Berenguer de Entenza, que llevando la guerra hasta las puertas de Constantinopla, deshace una fuerte flota griega, mandada en persona por otro hijo del emperador.

Si la traicion vuelve á tender sus infames lazos al digno sucesor de Roger, y fingiéndose amigos los envidiosos genoveses le llevan á sus naves, y despues de arrojarle sobre los desprevenidos catalanes y aragoneses que le acompañaban, se apoderan de él y le conducen prisionero á Génova, bien pronto la cortísima hueste que quedaba aislada en Galipoli al mando de Bernardo de Rocafort, teniendo contra sí dos grandes y poderosos imperios, el griego y el turco, cae con tal bravura contra sus enemigos, que al decir de Muntaner mataron hasta seis mil de á caballo y veinte mil peones, arrollando en seguida de igual manera otro poderoso ejército man-

dado por el mismo asesino de Roger, Miguel Paleólogo; haciéndose de tal modo temidos, que al solo nombre de catalanes huían despavoridos los falaces griegos, siendo la mayor maldicion, que podian lanzar contra los que mal querian, « *la venganza de catalanes te alcance* ».

Conquistadores de Radisco y de varios lugares de la Tracia y la Morea, Dios solo sabe á donde hubieran llegado sus armas victoriosas é invencibles, si las discordias intestinas, cáncer que corroee siempre en medio de las mayores prosperidades á los pueblos de las potentes razas españolas, no hubiesen detenido su triunfadora marcha.

Nuevo rasgo de indomable decision y atrevimiento caracteriza á Berenguer de Entenza, cuando recobrada su libertad por enérgicas reclamaciones del monarca aragonés, y desoido por el Papa y por el Rey de Francia á quienes pidió auxilio, vendió sus villas, equipó una nave y con quinientos soldados se volvió á Galipoli. Celos de gloria indisponen á Entenza y Rocafort, dando por maldito fruto la muerte del primero, y el miserable fin del segundo, que temeroso del enojo del rey aragonés pasóse á la escuadra francesa, y tanto le cegó su orgullo pretendiendo hacerse proclamar Rey de Salónica, que escitando el antagonismo de sus nuevos amigos, siempre envidiosos de nuestras glorias, vino á parar prisionero en una de sus galeras á disposicion del Rey Roberto, pereciendo en un castillo de hambre y de miseria el que habia impuesto con su valor á todo el Oriente.

Pero no por tantas pruebas de la fortuna decayó el indomable espíritu del puñado de héroes que parecia quedar abandonado en aquellas apartadas y enemigas regiones, imposibilitados de volver á la madre patria por haber quemado sus naves en Galipoli. Buscando nuevo gefe en el conde Gualtero de Brena, en quien acababa de recaer el ducado de Atenas, bien pronto dió nuevas pruebas de su invencible arrojo acometiendo las principales ciudades de Macedonia, apoderándose de Salónica, y estando á punto de enseñorearse de todo aquel reino. Faltos de bastimentos y sobrados de valor, abandonaron despues de conquistada aquella ciudad, y con resolucion que parecia increíble, á no haberla visto confirmada por los hechos, se dirigieron á las montañas de la Tesalia, hiciéronse fuertes en admirables posiciones, con gran pericia escogidas, entre los célebres montes de las antiguas tradiciones griegas Pelio, Ossa y Olimpo, y descendiendo á las fértiles llanuras de la Tesalia, solo á fuerza de ruegos, pues por la fuerza bien comprendió que era imposibles alcanzarlo, logró el príncipe que gobernaba aquel reino, persuadirles á que pasaran á las ricas comarcas de la Acaya y de la Beocia. Los escasos pero indomables españoles atravesaron las célebres Termópilas, llegaron á la Morea, vencieron tambien á la naturaleza atravesando la ásperas tierras de la Valaquia, y llegaron á los estados del Duque de Atenas, para quien, con la rapidez de su marcha triunfante, recobran más de treinta

lugares que le habian tomado sus enemigos, dejándole en breve pacífico poseedor de sus dominios.

Parecian, sin embargo, destinados los heróicos catalanes y aragoneses á sufrir siempre los indignos manejos de la aleve ingratitud. El soberano de Atenas, haciéndose digno representante de la tradicional perfidia griega, apenas se creyó seguro en su trono, trató de desprenderse de los que tan heroicamente se lo habian dado; pero en mal hora despertó el justo enojo de sus valedores, porque cuando lleva su audacia hasta reunir en contra de ellos poderoso ejército, que tiene el atrevimiento de mandar, deshecho y aniquilado en la refriega, perdió el trono y la vida; con lo que cansados los españoles de combatir por ingratos, se apoderaron de Atenas y de sus castillos, y haciéndose dueños de todo el ducado, ofrecieron su señorío, fieles al recuerdo de la patria, á D. Fadrique de Sicilia; por donde el ducado de Atenas y Neopatria vino á unirse á la corona de Aragon, siendo uno de sus más preciados florones, como término glorioso de aquella expedicion sin compañera en la historia, en que una escasa hueste de españoles contrariada lo mismo por la fuerza de las armas de dos grandes imperios, que por la perfidia y la traicion, vence todos los obstáculos, da y quita reinos al empuje de su invencible esfuerzo, y corona sus épicas hazañas ofreciendo á su patria nuevos y codiciados territorios, y asunto digno de la musa española que trasmitir con los encantos de la poesia, ya en la escena dramática, ya en levantados poemas, á las generaciones venideras (1).

Tales fueron las expediciones que antes de ahora hicieron los españoles al Oriente, las cuales hemos creido oportuno recordar al dar principio á nuestra narracion, como precedentes relacionados con la historia patria en aquellos apartadas países; y cuyo recuerdo evocamos con los de la clásica antigüedad, al dirigir nuestras miradas hácia las poéticas regiones donde la humanidad tuvo su cuna, y de donde se alzaron los radiantes destellos del sol de la inteligencia, como de allí tambien se elevan los rayos vivificadores del astro del dia.

Nuestro viage, sin embargo, habrá de ser menos grato, porque no despierta el entusiasmo de la gloria que alcanzan los héroes; por más que su narracion pueda ser más útil á la historia de la humanidad, que las sangrientas hazañas en que por último resultado, si se alcanza la vida de la llamada gloria, es á costa de las de innumerables víctimas sacrificadas en hecatombe inmensa al satánico orgullo del hombre. Hermanos son siempre vencedores y vencidos, aunque hayan formado por la providencial ley de las familias y de las razas, pueblos diversos, en las manifestaciones de su actividad; y si las guerras tienen que cortar necesariamente los lazos

(1) Nos referimos entre otros al célebre drama «Venganza catalana», de nuestro gran poeta, D. Antonio Garcia Gutierrez, y al poema «Roger de Flor», del inspirado vate D. Juan Justiniano.

que todas ellas van formando para que llegue un dia en que se realice el gran deseo de la unidad humana, formando una inmensa familia con un solo padre que es Dios, pensamiento que solo está llamado á realizar la Religion cristiana, los viajes que tienen un alto sentido previsor y humano, reuniendo esos lazos, dando á conocer á los pueblos entre sí, estableciendo las bases para ulteriores relaciones, destruyendo erróneas creencias acerca de países poco conocidos ó poco estudiados, y trayendo al gran concurso de las ciencias todas las nociones que el viajero haya ido recogiendo acerca de los orígenes, historia, monumentos, usos, costumbres, tradiciones, y estado actual de las comarcas visitadas, contribuyen mas al adelanto y perfeccionamiento de la humanidad y á la union de sus dispersas ramas, que todas las conquistas y que las mas grandes proezas que conmueven al mundo y que fatigan á la fama.

Cierto es que á veces las guerras parecen el providencial medio que abren á la investigacion y al estudio, países que pudieran creerse completamente refractarios á los adelantos y al natural progreso del hombre; pero tambien lo es que los adelantos que subsiguen á estas guerras, no son efecto de las guerras mismas, sino del amor á sus hermanos de hombres privilegiados, que marchan tras el conquistador, á restañar con el estudio las heridas que aquel abrió con su espada en el corazon de las naciones.

Es una manifestacion del sentimiento divino de la caridad, á que obedece, sin saberlo á veces, con determinado propósito otras, el hombre de la investigacion y del estudio. Es la ciencia, es el arte, es la industria, que cariñosas acuden á borrar con su mano creadora, las huellas de destruccion y de sangre que dejó á su paso, como estela maldita, la raza de Caín.

Y el poder de aquellas benditas hermanas, que Dios dejó en el mundo para que engrandecieren al hombre obedeciendo á la santa Ley del trabajo, es de tal fuerza, que aun vencidos en el campo de batalla las que le dieron acogida, son vencedores siempre en el sereno campo de la inteligencia. Grecia, sojuzgada por Roma, bien pronto generosa, ofrece al vencedor en cambio de su bárbara servidumbre la sávia vivificadora de su civilizacion y de su génio. La orgullosa Reina del Tiber se siente humillada y sujeta á los piés de su vencida maestra; y la ciencia del romano es griega, y griega su filosofia, y griego su arte, y griega hasta su industria, haciendo gala el orgulloso patricio de haber recibido la vida de su cultura intelectual en las escuelas de Atenas ó de Corinto. Las hordas del Norte que caen sobre la civilizada Roma, modifican sus feroces instintos, y son dominadas á su vez por la influencia de las artes y de las ciencias, de aquel pueblo á quien dominaba por las armas; y las razas del desierto que impulsadas por Mahoma se lanzan como impetuoso torrente sobre las caducas naciones del antiguo mundo, quedan á su vez sojuzgadas

ante el espectáculo de sus adelantos, y conviértense en discípulos los Señores, y forman con los restos que han podido salvarse de la destructora tea y del guerrero exterminio, nuevos centros de civilizacion y de cultura, en los que descubre la penetrante mirada de la crítica, la ciencia y el arte de los antiguos pueblos, permaneciendo guardadas por providencial destino, como arca santa que encierra y conserva á través de las miserias de los hombres, los altos destinos de la humanidad.

Que el cultivo de la ciencia y el arte la llevan á su perfeccionamiento, es para nosotros indudable. Que la ley del amor ha de llegar un dia en que sustituya á la ley de la fuerza, no lo es ménos; y por ello, todo lo que pueda contribuir á la realizacion de tan trascendentales fines, debe considerarse, al ménos como un buen propósito, y merecer las simpatías de los hombres amantes del bien y de ampararle en su continua lucha contra el mal.

Nada importa lo exíguo de los medios empleados para conseguirlo. Lo mismo contribuye á sostener el suntuoso monumento el grano de arena enterrado en sus cimientos, que la robusta y artística mole de su pedestal. No es ménos digno de estima á los ojos del hombre pensador, el modesto obrero, que realiza el pensamiento del artista, que éste al trazarle con la superioridad de su genio sobre el papel. Todos contribuyen á la grande obra de la perfectibilidad humana, aunque en la diversa escala en que á Dios en su sabiduría inmensa plugo colocarles; pues de otro modo necesitaria el hombre de génio realizar sus proyectos solo con el poder de su palabra ó de su voluntad; y entonces cada hombre seria un Dios; y siéndolo todos no lo seria ninguno; y el caos sucederia á la creacion; y universal paroxismo á la actividad del sér; y las tinieblas á la luz; y la muerte á la vida.

No deben por lo tanto ni vacilar, ni hallarse descontentos de su suerte los que solo alcanzan el carácter de modestos auxiliares de sus trabajos en la grande obra, ni retraerse en concurrir, dentro de la medida de sus fuerzas, al universal concurso de los adelantos humanos: tan meritorios son sus afanes en su modesta esfera, como los de los grandes descubridores y hombres de génio superior enviados por la Providencia para imprimir direccion á las fuerzas múltiples y varias de la actividad humana; como no es ménos bella y perfumada la violeta que presta al bosque el indefinible encanto de su aroma, por levantarse apenas de la tierra al pié del roble secular que la presta abrigo con sus robustas ramas; ni es menos meritorio el ocha-vo del pobre que contribuye con su pequeña ofrenda, tan pequeña como es grande su caridad, al levantamiento del benéfico asilo donde hallan alivio los desgraciados en las dolencias de su cuerpo, ó del artístico templo, oracion perpetuada en piedra por la piedad, para que hallen en él consuelo las dolencias del alma.

Animados por estos pensamientos, no hemos vacilado en publicar este libro; que sino es un viaje de los que en otras condiciones se han hecho con más tiempo y

más espacio, á regiones desconocidas y para investigar secretos completamente ocultos por el tupido velo del tiempo, puede ofrecer nociones y datos que sirvan á más afortunados viajeros, de mejor inteligencia y estudios, para ampliar nuestras exploraciones y contribuir cada vez más al completo conocimiento de las regiones orientales, acercando mejor de este modo los pueblos de Oriente y de Occidente, que por los medios terribles de las guerras y de las conquistas.

¡Cuándo llegará el día en que el más poderoso sea el que tenga más ciencia y más amor á sus hermanos, y no el que alcance mayor y más fuerte número de guerreros!

Nuestro viaje tiene una finalidad que á ello tiende; y es en verdad un espectáculo consolador, el de ver á un buque de guerra, armado de todo cuanto puede necesitar, con arreglo á los modernos adelantos, para guardar y defender las costas de la patria, en tanto llega el ansiado día de la fraternidad universal, recorrer los mares de levante, no en son de conquista, sino llevando á su bordo los benéficos propósitos de la paz.

Nosotros recorrimos las disputadas ciudades de la histórica *trinacria*, Mesina y Siracusa; la artística Atenas; la homérica Troya; los codiciados Dardanelos; la bizantina Constantinopla; las helénicas Mitilene, Scio, Samos y Rodas; las fenicias Chipre, Beirut y Malta; el legendario Líbano, la poética Damasco; la gigantesca Heliópolis; los Lugares santos; la bíblica Jaffa; el poético Belén; Jerusalén deicida; la portentosa Alejandría; el simbólico Cairo, y las colosales pirámides, y en todas sus ruinas, en todos sus monumentos, en todas sus tradiciones vimos y estudiamos las leyes de la humanidad y las razas que pasaron por todos aquellos pueblos, cumpliendo en el tiempo su providencial destino para la gran obra del perfeccionamiento humano, que ha de acercar cada vez más el hombre á su Dios.

Meditando en Egipto, admirando y analizando en Fenicia y Grecia, orando ante el sepulcro del Salvador, hemos visto á los tres grandes pueblos de la antigüedad, Egipto, Fenicia y Grecia, redimir al hombre de la ignorancia, como á Dios redimirle de la culpa con la divina sangre de su hijo.

Hemos visto al Egipto, con su arte esencialmente enigmático, que momificaba con el símbolo sus creaciones para mejor trasmitirlas á la posteridad, como embalsamaba sus cadáveres para que aguardasen incorruptibles su nueva regeneración terminado el juicio de Osiris, cumplir en las orillas del Nilo su misión providencial en el antiguo mundo. Cerrado en estrecho valle entre la cadena de montes arábigos y la cadena líbica que le separan la una al levante y la otra al poniente de la inmensidad del desierto, formaba, según la gráfica frase de un moderno escritor, una especie de claustro natural preparado para el estudio, cerrado por una muralla y sin más huéspedes que el silencio.

Cubierto por un cielo ardiente; que jamás entoldan nubes ni celages, debiéndolo todo á las periódicas inundaciones del Nilo protector, viviendo aislado gran parte del período anual por la benéfica y productora inundacion de aquel rio, que convierte la superficie en un inmenso lago, sobre el que se destacan aquí y allí las ciudades con sus jardines dispuestos en pirámide, y sus colosales edificios alzándose sobre los ondulantes penachos de sus palmeras, de sus plátanos y de sus papiros, vivia el egipcio durante la época de esta misteriosa fecundacion en el silencio y la soledad, que predisponen al alma á la contemplacion y al estudio.

Cumplido el misterio, fecundada Isis, retirado Osiris á su lecho de algas y de lotos, quedaba al egipcio terminar la obra de las benéficas aguas: esparcir el grano sobre el suelo aun húmedo cargado de elementos de vida, y esperar el segundo momento de su esperanza: la época de la produccion. Durante estos períodos, el sacerdote que trazaba el templo y el palacio, el edificio público, lo mismo que la casa del particular, acumulaba las fuerzas todas de aquel pueblo naturalmente obediente y sencillo, como lo son siempre los pueblos esencialmente religiosos, y levantaba esos monumentos colosales, en cuyas superficies escribia con el misterioso lenguaje de sus geroglíficos su propia historia, tanto la política, como la social, la de costumbres, como la del arte, y aun la de la industria.

Necesitando el sacerdote, inteligencia animada de aquella sociedad, descubrir á cada momento sobre la superficie del valle, los límites de las propiedades y de los pueblos, borrados á cada inundacion, perfeccionó la geometría; y abstraído en la contemplacion de los astros durante las serenas noches de aquel cielo siempre limpio y claro, que presentaba constantemente ostensibles sus caractéres de estrellas, se hizo astrónomo y llevó la precision de las ciencias exactas hasta los últimos detalles de la vida.

Así el pueblo egipcio vivia una existencia rítmica dispuesta de antemano en el santuario; y acostumbrado al misterio sin explicárselo, porque en la produccion de su suelo encuentra el de la generacion y la vida, acata y venera cuanto con aquel velo se le envuelve, y es un pueblo creyente, laborioso, que reparte su vida entre la adoracion y el trabajo, y que marcha sereno á la muerte, esperando tranquilo que nuevas transformaciones le tornen á su valle querido. De este modo la ciencia trocó allí la vida en una especie de liturgia inalterable, que se trasmitia de generacion en generacion, y que daba á las costumbres, como á la historia, un carácter de inmutabilidad y de permanencia, que nunca logró arrancarle la savia activa, poderosa y vivificante del genio helénico.

Fué el Egipto el gran laboratorio de la humanidad. Medido el tiempo con el calendario que inventaron sus sacerdotes; medida la superficie con la geometría; medido el espacio con la astronomía; medida la vida con la liturgia, ordenó el tiempo,

le unió á su existencia y le fijó en su marcha con la inmutabilidad de su carácter propio, viviendo, sin embargo, tanto en lo pasado, como en lo porvenir, por medio de las crónicas animadas que dejaba pintadas ó esculpidas en las paredes de sus monumentos.

Pueblo así constituido, pueblo así colocado por la mano de Dios en condiciones de estudio y de trabajo, de contemplacion y de adoracion, no podia ser conquistador ni mercader, por más que algunas veces le arrastrase, aunque rápidamente, el vértigo de la guerra, y sus pesadas naves llevasen en determinadas épocas el sobrante de sus productos á los cercanos puertos, donde otros pueblos podian trocarlos por los suyos.

De este modo el Egipto que *creaba la ciencia, la cubria de misterio*, y la guardaba, hasta que llegase en el cuadrante de los tiempos la hora en que, roto el velo, fuera á buscar á otra parte de la humanidad, mas allá del Mediterráneo, llevada por otros pueblos viajeros y atrevidos.

La Persia fué la primera que colocada sobre el límite de dos continentes, como para conducir á las opuestas fronteras la savia del pensamiento, llamó á las cerradas puertas del Egipto con la espada del conquistador; pero como la guerra no puede por sí abrir los fértiles caminos por donde han de estrechar sus lazos las familias todas de la humanidad, era preciso que otro pueblo, hijo del trabajo y de la industria, llevase por todos los ámbitos del mundo antiguo, los elementos de la ciencia que recogia en Egipto, los de las artes suntuarias que tomaba en Persia, y que fundiese la religion eminentemente mística de las orillas del Nilo, con la religion guerrera de las riberas del Eufrates, reduciéndolas á su nuevo mito, al Hércules Tirio, al Dios de la actividad y del trabajo.

En la estremidad del Asia, hácia la parte de Europa, habia un pueblo que, viviendo en la parte de costa que cierra hacia el Este el gran lago, que los antiguos llamaron *mar intérrno*, el risueño Mediterráneo, en una estrecha faja de tierra entre el Monte Líbano y el mar, viendo ante si el espacio ilimitado, ideó cruzar su líquida superficie; y derribando los seculares cedros para convertirlos en bajeles, y aprisionando el viento con el lienzo sujeto sobre ellos, lanzóse á lo desconocido triunfando del espacio, y llevando detrás de su buque con la estela que abria sobre las ondas, lazos de amistosas alianzas que debian unir las costas de Asia, de Europa y Africa, y acaso tambien en mas remotos tiempos de lo que nosotros creemos, las de otro continente perdido mas tarde para la historia y descubierta para gloria de España, por la tenaz insistencia de un sabio y la inspirada intuicion de una reina.

Aquel pueblo, representando la industria y el trabajo, apareció en la historia como una protesta solemne contra el brutal derecho de la guerra, que entonces se hallaba en todo su esplendor. Si alguna vez al empuje de destructoras armas caian

sus ciudades, su actividad y su trabajo siempre incesantes las levantaba de nuevo. Si Nabucodonosor arruina á Sidon, Tiro se levanta en seguida, y cuando Tiro perece, nace en medio del desierto Alejandría.

El comercio despierta la industria; y la gente fenicia elevando este nuevo titan de la produccion á la altura de su comercio, lanzándose de invento en invento, llegó á tener los mas afamados artífices del mundo, perfeccionando en sus talleres los productos de Egipto y de la Persia, é inventando otros nuevos con los que no pudiera temer la competencia y adquiriese un renombre que se convirtiera en riqueza.

El comercio y la industria dominaban con el fenicio al mundo. Uno y otro luchaban, sin embargo, con una rémora que limitaba sus aspiraciones; con la rémora del cambio, que hacia trocar á veces una mercancía precaria y destructible por otra transfigurada por el genio del hombre. Era necesario sintetizar la esencia del comercio; que el productor y el comerciante tuvieran siempre á mano objeto que trocar, de tal naturaleza que respondiera á todas las necesidades; era necesario en una palabra, un signo de cambio representativo del valor, y nació la moneda para vivificar el comercio; y con la moneda el hombre conoció el ahorro, y con el ahorro el capital; y con el capital la poderosa palanca de la actividad humana, en todas sus manifestaciones.

Pero este nuevo y prodigioso adelanto no bastaba á esa insaciable actividad, digna y providencialmente representada en el mundo antiguo por la gente fenicia. La industria impulsada por el nuevo elemento de riqueza necesitaba medios de fácil comunicacion, por los cuales se estableciera el comercio de las inteligencias como existía el comercio de los productos. Era yá indispensable reducir á formas gráficas y permanentes el sonido articulado que traduce la idea. Habia que retener la palabra continuamente perdida en el espacio, ó infielmente conservada por el canto de los rápsodas.

Ya el egipcio habia realizado el pensamiento de perpetuar su historia por medio de la escritura; pero su escritura ideográfica ó simbólica, participando tambien del misterio, no era apópsito para las nuevas necesidades de la nacion, siempre progresiva. El mismo sacerdote, el mismo pueblo egipcio impulsado por la necesidad habia procurado simplificar aquella escritura mística y de procedimiento lento y trabajoso, abreviando sus líneas, hasta reducirlas casi á trazos más caligráficos que artísticos, en la escritura *demótica*; pero faltaba todavía arrancar de aquellos trazos el verdadero elemento de actividad y vida; faltaba completar lo *fonético*, descartándolo de todo lo *simbólico é ideográfico*, y el fenicio en un momento de verdadera inspiracion estrajo de aquellos trazos el alfabeto, produciendo con él la gran revolucion del mundo; abriendo á la investigacion y al comercio de las ideas los mares

insondables del espíritu, como habian abierto al comercio de la tierra los mares que salpican sus islas y sus continentes.

La gran mision de la Fenicia en aquella gigante fase de la historia estaba realizada; la sávia vivificadora de los antiguos pueblos de Oriente habia sido arrastrada por aquel pueblo á las costas de Europa, como los vientos de la Providencia arrastran las semillas de las florestas á remotas regiones; y prendiendo en una de las más risueñas que la mano de Dios habia dispuesto para sus grandes designios brotó en la antigua Helenia con un florecimiento especial, nuevo, divino; por que divino era el soplo que le daba vida.

Dispuesta en admirable topografía por El que todo lo prevee, como digna morada de la inteligencia; protegida por estrechos valles; mecida por tranquilos mares; recamada por risueños golfos; sombreada por ondulantes y fértiles montañas; surcada por amenas florestas; envuelta en una atmósfera tibia y perfumada, Grecia despertó al vivífico beso que le trageron las auras del Oriente, y al esparcir la vista en torno suyo y hallar por todas partes tanta belleza, comprendió la idea típica de ella, encontrando sus inmejorables modelos humanos en la hermosa y privilegiada raza, con que á Dios plugo poblarla. De este modo el heleno aprovechando la madera de sus selvas, los ricos mármoles de sus canteras, sus minas de oro de Thasos y su plata del Laurium, hallóse con todos los elementos necesarios para ser el gran pueblo artista de la antigüedad.

La Grecia, segun la feliz espresion de un pensador, era «una voluptuosa sala de estudio al aire libre,» donde la inteligencia abrigada y sin trabas podia soñar en páz á la sombra del laurel délfico y preparar bajo el influjo de la naturaleza una nueva civilizacion.

Asi la Grecia aparece ante la historia, activa, dramática, inquieta, creando una cultura puramente humana, pero que diviniza por el arte en todas sus manifestaciones, arquitectura, escultura, pintura, música, poesía, á la misma humanidad.

Grecia es el nuevo mundo de los antiguos. Todo en ella toma nuevas formas, todo lo transfigura y enaltece. Lo mismo el arte que la filosofía; las Matemáticas que los cálculos astronómicos. Todo en ella adquiere un carácter de vida y de espontaneidad, rompiendo los velos del misterio, que á la vez que puebla el Cielo y la Tierra de bellísimas creaciones, desciende sobre las muchedumbres en sus Gimnásios, en sus Ateneos y en sus Academias.

La hora suprema de los adelantos humanos habia sonado. Grecia les pone digno complemento; y asi como los fenicios habian estendido su comercio, su industria y sus importantes descubrimientos por todo el mundo, asi Grecia tambien pasando de isla en isla y de frontera en frontera, elevó por todas partes, lo mismo en Euro-

pa, que en Asia y Africa, el himno de triunfo á la cultura helénica, dejando por donde quiera señaladas con destellos del genio las huellas de su paso.

Y la victoria de su inteligencia no muere con el tiempo. En vano la fuerza vuelve á imperar, y otro pueblo se levanta pretendiendo unir á todos los del antiguo mundo bajo sus águilas altivas. El pueblo dominador es siempre dominado por la superioridad moral del vencido, y el espíritu del griego flota sobre las ondas de lo pasado, sin que logren oscurecerle más tarde ni las hordas de Atila ni las falanges de Mahoma; avanzando siempre y reflejando en todos los pueblos sus resplandores, en medio del caos de la edad media, como el espíritu de Dios *en el principio* era llevado sobre las aguas.

Solo habia de sufrir una renovacion completa en sus manifestaciones, pero siempre reflejándose en ellas el gran sentimiento estético y filosófico de aquel pueblo artista por excelencia, cuando al fausto y al esplendor cesáreo sustituyó el humilde atavío de la virtud; cuando á las intrincadas y á veces laberínticas elucubraciones de las escuelas filosófico-teóricas, griegas y orientales, sucedió la divina palabra de la moral eterna; cuando á las antiguas sociedades de libres y esclavos, reemplazó la sociedad universal de hermanos, hijos de un mismo padre; cuando para iluminar al mundo, en una palabra, al imperio del hombre sucedió el Reino de Dios.

Cuando tan grande acontecimiento tiene lugar, cuando se alza sobre la cima del Gólgota la cruz divina que divide en dos el mundo de la historia, cuando se abre el sepulcro del Hombre-Dios, para que de él se eleve triunfante, y queden sumidos en la insondable sima del pasado los errores de la culpa, es cuando la sociedad cristiana, deista, contemplativa, mística, rica de ciencia humana, hasta entonces pobre de espiritualismo y de fé, levanta á ignoradas regiones el pensamiento, y puebla de héroes la tierra, de mártires el cielo, de sábios y de artistas y de poetas el mundo.

Todas estas ideas despiértanse al estudiar los monumentos, las tradiciones, y aun las costumbres de los países que hemos recorrido en nuestro viaje. Ofrecer el desarrollo de todas ellas, comparar la mision que en las pasadas edades fueron llenando los pueblos que allí vivieron y estudiar despues lo presente á fin de que puedan deducirse útiles consecuencias para lo porvenir de aquellas históricas regiones, hé aquí el objeto de nuestro libro. Para conseguirlo, segun ya dejamos indicado, habremos de seguir diversos caminos, aceptando unas veces el lenguaje sencillo y llano del cronista y del narrador, otras el severo de la crítica. Acaso por nuestras especiales aficiones habremos de detenernos más en la parte artística, arqueológica é histórica que en otra alguna, pero sin descuidar por eso estudios de actualidad tan importantes hoy, en que puede asegurarse vá á decidirse de la paz del mundo en las orillas del Bósforo.

La empresa que hemos tomado sobre nuestros débiles hombros, acaso sea supe-

rior á nuestras fuerzas. Supla, sin embargo, y escuse la buena intencion lo que de ciencia y acierto nos falte; y permítasenos repetir á propósito de ello y como poético remate de esta introduccion, que haga olvidar á nuestros lectores la aridez de su estilo, aquella notable octava que puso en la introduccion de su oriental poema el más popular trovador de nuestro siglo :

«Tal és, tan grave , tan inmensa y alta
la empresa nueva y colosal que intento.
Tal es la altura que atrevido asalta
descarriado tal vez mi pensamiento;
mas si del vuelo en la mitad me falta
fuerza al impulso ó á las alas viento,
siempre honrado será saber que, en suma,
no me faltó el valor, sinó la pluma.»

VIAJE A ORIENTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE MADRID Á NÁPOLES.

I.

En el tren correo del día 28 de Junio de 1871, salimos de Madrid para Bayona, con objeto de trasladarnos desde allí á Marsella y tomar pasaje en un vapor mercante, que nos condujera á Nápoles, donde nos esperaba la «Arapiles» lista de todo lo necesario para emprender el decretado viaje.

La detencion involuntaria de uno de nuestros compañeros de comision hizo que pasáramos un día en Bayona esperándole, durante el cual presenciábamos por tercera vez el movimiento exuberante, que ofrece aquella ciudad, sobre todo, en el puente de Saint-Esprit, donde todavía se encuentran á cada momento tantos recuerdos de España, desde el altivo vascongado hasta la sencilla pasiega; y desde las verdaderas colonias de refugiados, á causa de nuestras incesantes contiendas políticas, hasta los judíos, descendientes de los expulsados de nuestra patria; judíos que, á diferencia de lo que sucedia en los siglos xvi, xvii y aún el xviii, durante cuyas centurias se veian mal tratados, tanto por las disposicio-

nes oficiales que les obligaban á llevar un distintivo especial, y á no presentarse en las calles despues de puesto el sol, como por el público que los apedreaba, alternan hoy con toda clase de personas, sin quedar más resto de aquellas antiguas diferencias que la manera especial de llamar su atencion en las calles; pues mientras al dirigirse con tal objeto á un bayonés, se emplea ese sonido especial que solamente puede traducirse en la escritura por la reunion de estas consonantes, *sssst!*; al judío se le llamaba, y se le sigue llamando con el histórico, *hep!*, costumbre que no han podido desterrar del pueblo todos los adelantos modernos, y todas las ideas de tolerancia y de fraternidad que tanto ha proclamado y proclama nuestra vecina República.

Admiramos aquel espectáculo siempre nuevo, así como las agradables perspectivas que ofrece el Adour, que descendiendo de los valles de Bastán, de Baréges y de Bagnères, turbulento y enriquecido con multitud de corrientes que surcan el Bearn, llega á Bayona para encontrar pronto su muerte en las ondas del Océano, sin haber conseguido confundir completamente sus aguas con el dulce y susurrante Nive, que descende de las montañas vascas.

Atormentados por la impaciencia que nos devoraba de continuar nuestro suspendido viaje, apenas lograron calmarla los variados cuadros de costumbres que nos ofrecieron en aquel dia la diversidad de gentes que pululan en las calles y plazas de Bayona, centro de actividad industrial y mercantil, á donde acuden los productores de vinos del Mediodía de Francia, los dueños de los cercanos bosques con sus maderas de construccion, los armadores que encuentran excelentes condiciones en los buques que salen de aquellos astilleros, los comerciantes de kaolin, los molineros y fabricantes de Ustaritz, y tantos y tantos otros productores ó consumidores como diariamente prestan indescriptible movimiento á las calles afluentes de Saint-Esprit y de *Pont Mayou*, en la grande y en la *petit Bayonne*.

Recorrimos con la distraccion del que marcha absorbido por una idea que le preocupa, entre otros varios lugares y edificios, el *Castillo nuevo*, construccion que á pesar de su nombre se remonta al siglo xv, el puerto con su bosque de mástiles y vergas, la aduana, la plaza Gram-

mont y la de Armas, la calle de *Gouvernement* con sus vastos edificios, sus consulados, su templo protestante y sus oficinas públicas, el cercano teatro, el castillo viejo, construccion del siglo XII, la calle de Puente *Mayou*, que bien puede considerarse como la calle Vivienne de Bayona; y los *Cinco cantones*, paraje estrecho y concurrido donde confluyen la calle de Puente Mayou, la del *Orbe*, á la derecha, la de *Pont-de-Castets* á la izquierda, la *Salie* en frente, y la *Argenterie*, que conduce á la cercana iglesia, y que pudiéramos comparar á las *cuatro calles* de Madrid, donde, como en las cercanías de estas, delante del *Casino*, de la *Iberia* y de la *Cerveceria inglesa* en nuestra Corte, hay siempre un movimiento especial de personas acomodadas, pero que, á diferencia de las de Madrid, que por punto general solo se ocupan de política *al por menor* y de *cuentos de la villa*, discurren sobre sus asuntos mercantiles, siendo *los cinco cantones* una especie de bolsa al aire libre del alto comercio bayonés.

Pero de cuanto vimos en aquel dia de inesperado retardo, solo alcanzó á fijar nuestra atencion la magnífica catedral, vasto y hermoso monumento del ojival estilo, con sus pintadas vidrieras y su notable claustro, uno de los más espaciosos y más bellos de los de su clase en Francia, cubierto por ventanas treboladas, dignas de mayores cuidados de los que revelan sus carcomidas labores.

Por último, al siguiente dia, reunidos ya con nuestro compañero, continuamos el viaje por Tolosa á Marsella, adonde llegamos á las cuatro y media de la tarde del 1.º de Julio, tomando billetes en el vapor *Severino*, que debia conducirnos al siguiente dia á la poética y codiciada Italia.

A pesar del corto tiempo que permanecimos en Marsella, ante su grandeza y su importancia presente, no pudimos ménos de evocar su pasado; y acudió á nuestra memoria el recuerdo de la antigua colonia *Masilia* establecida en el año 600 ántes de J. C. por los griegos de la Focea en el Asia menor, allí donde mas de tres siglos antes los fenicios habian levantado una ciudad floreciente, y á quienes vencieron los griegos, que llegaron en su engrandecimiento marítimo hasta imponer mas adelante á los cartagineses venciéndoles en naval batalla, y entrando

despues en amistosas relaciones con los romanos. Taurentio, Hyères, Antibes, Niza y otros fueron pueblos nacidos de aquella colonia, con los que extendieron su dominacion por el litoral, y en los cuales, como en la metrópoli, se conservó el idioma, las costumbres y la civilizacion griegas, hasta despues de la conquista romana por Julio César en el año 49 ántes de J. C., mereciendo por sus adelantos y su cultura ser tratada *Massilia* con verdadero respeto por el vencedor. Romano es el historiador Tácito que nos ha transmitido la noticia, de que todavía su suegro Agrícola, nacido en la colonia cercana de Forum Jullii, encontró en tiempo del emperador Claudio, en Massilia, centros de instruccion donde hacer los mismos estudios y recibir la misma enseñanza que iban á buscar los romanos en Atenas.

Como en todos los territorios donde el gran pueblo artista de la antigüedad fijaba su planta civilizadora, suntuosos templos enriquecieron la aristocrática colonia focense, elevados, así á Diana, en el sitio que más tarde habia de ocupar la catedral, como á Neptuno, cerca de la orilla del mar, á Apolo y otras divinidades; templos de los cuales apenas queda más que el recuerdo, hundidos en el polvo de la destruccion que fueron levantando á su paso por aquellas comarcas, despues de la caida del imperio romano de Occidente, los visigodos, los francos, y por último los sarracenos que destruyeron casi completamente la antigua Ciudad, siendo reconstruida en el décimo siglo de nuestra era y sometida á sus propios *vizcondes de Marsella*. Ciudad libre en 1218, al fin fué conquistada, corriendo el mismo siglo XIII por Carlos d'Anjou, y reunida á la Francia en 1481, aun que sin renunciar á sus antiguas franquicias, como demostró, entre otras ocasiones, en las guerras de la Liga contra Enrique IV. No pudieron sin embargo conservarlas ante la decidida resolucion de Luis XIV de unificar á la Francia, que la despojó de sus privilegios, quedando desde entónces reducido su papel en la historia al de una simple plaza mercantil, cruelmente azotada por la peste en 1720 y 1721, y más todavía por la furia de los hombres durante los terribles dias de la revolucion francesa, á causa del monarquismo de sus vecinos. De su puerto salieron, sin embargo, aquellas hordas de galeotes que cubrieron á Paris de horrible duelo con sus actos de ferocidad, al eco de la triste-

mente célebre *Marsellesa*, compuesta por *Rouget de l'Isle*, y cuyas notas parecían y parecen llamadas como infernal conjuro, á empujar con la fiebre revolucionaria á las masas populares, llevándolas hasta el paroxismo de la locura en grandes hazañas, y en inauditas crueldades.

Los recuerdos históricos dejaron en breve espacio, en nuestra mente agitada por el vertiginoso movimiento de aquella gran ciudad mercantil, que á pesar de haber cuadruplicado en superficie desde 1850, apenas puede desenvolverse en sus calles y plazas, á la característica curiosidad del viajero; y recorrimos sus principales monumentos, el antiguo puente, con sus dos fuertes de San Juan y San Nicolás, que defienden su entrada, donde se halla también el edificio de la sanidad, con elocuentes cuadros de Horacio Vernet, de David, Puget, Gérard, Tanneurs y Guérin, recordando terribles ó religiosos y caritativos episodios de las pasadas epidemias, azote cruel que Dios quiera apartar de los caminos de la humanidad, y la humanidad consiga prevenir con los adelantos de la ciencia y de la cultura; la moderna catedral de estilo románico, construida hace pocos años por dibujos y planos de Vaudo-
yer; la iglesia de San Víctor con su cripta del siglo xi, su parte inferior del xiii, y sus torres del xiv, erigidas por el Papa Urbano V, su antiguo abad; la moderna *residencia imperial*, en que nunca residió el emperador; y recorriendo la larga calle de la *Cannebière*, tuvimos también ocasión de contemplar la *Bolsa* con su peristilo de columnas corintias y las estatuas de los célebres viajeros marseleses del siglo iv antes de J. C. Euthymènes y Pythéas, autor el último de las primeras observaciones sobre la longitud de los días en diversas latitudes septentrionales, y sobre el flujo y el reflujo del mar; recorrimos después la *Plaza real*, y el hermoso y animado paseo de *Belsunce*, deteniéndonos con respeto ante la estatua del obispo que le da nombre, verdadero apóstol de la caridad y ángel de consuelo en la terrible peste de 1720; y conmovidos todavía por el inefable sentimiento que había despertado en nuestro corazón la venerable figura de aquel prelado, empujados por la premura del tiempo, subimos por la calle de Aix para contemplar con mal disimulado disgusto el arco de triunfo erigido en memoria de la expedición del duque de Angulema á nuestra patria en 1823, arco

adornado con apreciables esculturas representando episodios de las batallas ganadas por el primer Napoleon.

Más agradable efecto nos produjo el Museo de *Longchamp*, situado á la extremidad del *boulevard* del mismo nombre, donde entre cuadros de Salvator Rosa, de Langlois, de Holbein, de Snyders, del Guercino, de Rubens, el Perugino, Van-Dyk, y otros no ménos importantes artistas de escuela flamenca y de la moderna francesa, nos detuvimos con inexplicable deleite ante el San Pedro del Spagnoletto y los Capuchinos, de Murillo, pintor este último, que absorbe por completo mi contemplacion y mi entusiasmo donde quiera que tengo la fortuna de encontrarme delante de sus obras, trazadas en la tierra, pero inspiradas en el cielo.

Las horas avanzaron con rapidez, y el *Severino* debia partir en breve. Todavía, sin embargo, al pasar á bordo, y desde su pequeña cubierta pudimos admirar el célebre puerto que tanta importancia da á Marsella, engrandecido con el fondeadero de la *Joliette*, los del Lazareto y de Arène, y por último, el que en 1856 recibió el nombre de Napoleon, y las últimas obras, que han hecho y harán de la antigua Massilia uno de los mayores puertos del mundo.

Pero de todas estas ideas mé alejó bien pronto la vista de un monumento religioso, que dominando la ciudad y el puerto, parece colocado como faro de esperanza para las almas, no léjos del faro que la ciencia ha elevado para la seguridad de los navegantes. Aquel edificio es *Nuestra Señora de la Guarda*, poético nombre de una antigua capilla que se elevaba sobre una colina al Sur del puerto, y que ha sido sustituida por otra moderna construccion, afortunadamente para el sentimiento artístico-cristiano, del mismo estilo que la catedral. Venérase en ella una milagrosa imágen de la Virgen, rodeada siempre de innumerables ofrendas ó ex-votos, que recuerdan el agradecimiento y la piedad de los que las ofrecieron, en esos momentos supremos de angustia, en que toda la ciencia humana no es capaz de prestar el consuelo que un átomo impalpable de fe divina.

Aquel elevado santuario, lo confieso sin rubor, atrajo preferentemente mi atencion en el momento solemne en que iba á dejar el puerto,

para lanzarme en medio de los mares y de lejanas comarcas, impulsado por el amor á la investigacion y el estudio, pero dejando más allá de los abruptos montes del Pirineo pedazos de mi corazón. Recordando, sin embargo, que la madre de Dios es la *Estrella de los mares*, renació mi esperanza, y la tuve firmísima de volverlos á hallar, y de que Dios me concedería poder otra vez beber la vida de mi alma en las tranquilas miradas de la compañera de mi existencia y de mis hijos; y elevando á la santa patrona la oracion que me enseñó mi madre en la cuna, esperé tranquilo y con fe ciega los dias por venir.

El ruido del cabrestante, al levar el ancla, sacóme de mi profunda abstraccion volviéndome al mundo de la realidad, y en breve lanzando al aire *el Severino* su blanco penacho de vapor, á manera de corcel que sacudé su encrespada melena al arrojarse á la carrera, vi desaparecer lentamente la costa entre las brumas del horizonte, como se van alejando entre las brumas del tiempo las ilusiones de la vida, pero borrándose la última entre las azuladas tinieblas del espacio, la accidentada silueta del santuario de la *Virgen de la Guarda*, como son las últimas que se borran en los mares de la vida, las creencias que depositaron nuestras madres en el santuario bendito del corazón.

Distrájome en breve de mis melancolias, que confieso no eran pocas en aquellos momentos, la vista del grupo severo de islas que domina el castillo de If, no más célebre por la prision de Mirabeau, que por la popular novela de Dumas, el Conde de Montecristo; y continué después admirando á Dios en la vasta extension de los mares, recordando con tal motivo, aquellos versos que comienzan:

*tranquilas están las olas
y es el mar inmenso espejo,
donde del sol al reflejo
ve el cielo su inmensidad.*

El vapor en tanto seguia su rápida y majestuosa marcha; y bien pronto, al doblar el Cabo de la Croisette, perdimos de vista hasta las últimas líneas que nos dejaban adivinar entre la bruma á Marsella, y con el rumbo al Este, atravesando entre la isla *Calseraine*, cerca de la bahía

de Casis, con su pequeña poblacion del mismo nombre dejando á la izquierda despues las rocas de *Cassidaine*, con su faro, y detrás la bahía de *Lecques*, con la pequeña poblacion de la *Ciotat*, doblado el cabo de Nuestra Señora, nos encontramos en frente de Tolon, el célebre puerto de guerra de la Francia en el Mediterráneo, con su doble fondeadero y sus formidables fortalezas de la *Malgue*, *Aiguillette*, *Ba-llaguiet* y el fuerte Napoleon, plaza llamada por su situacion y por los castillos que la guardan «el pequeño Gibraltar.» Contemplando sus muros desde la toldilla, recordamos el célebre sitio de 1793 que dió por resultado la rendicion de la plaza á las armas francesas, cuya artillería mandaba, como teniente del arma, el que pocos años despues habia de llenar con su fama los ámbitos del mundo, Napoleon Bonaparte.

Poco despues Tolon desaparecia á su vez entre la bruma, atravesando el vapor por entre las islas Hyères y el continente, destacándose sobre la de Forquerólles, el fuerte del Gran Llangustier, pareciendo surgir tambien de las olas la isla de Port Cros, luego la angosta y larga del Titan ó de Levante, con sus dos fuertes; despues á la izquierda el cabo Benat; más á lo léjos el cabo Camaret, desde cuyo punto, alejándose directamente al Este el vapor se separaba cada vez más de la costa, cuya azulada línea sin embargo no se perdía completamente de vista.

Durante esta pintoresca travesía, agradable y cortés invitacion de nuestro compañero en aquel viaje D. Jorge Zammit, individuo del Cuerpo diplomático y muy versado en el griego moderno, me sacó de la contemplacion de todos aquellos lugares que iban desfilando ante nuestra vista como los paisajes de un gigantesco diorama, para distraerme agradablemente oyéndole leer en purísimo italiano varios pasajes de la *Divina Comedia*, que inmortalizó á Dante, mientras nuestro queridísimo amigo y compañero tambien, D. Ricardo Velazquez, activo siempre y laborioso, ya copiaba en su album de artista las caprichosas siluetas de las islas ó del Continente, ya los variados celajes de la tarde ó las típicas fisonomías de algunos pasajeros, entre los cuales sobresalía la del capitan del vapor, corso de naturaleza, silencioso por costumbre, inteligente y previsor marino, por lo que pude observar durante la marcha, y sobre todo en la noche que siguió á tan hermoso dia.

Cerró aquella tranquila y apacible en un principio, si bien al mediar y á la madrugada, los violentos movimientos del vapor nos hicieron conocer que teníamos mar de fondo, y que nos hallábamos en el inquieto golfo de Génova, á cuya hermosa ciudad llegamos á las doce y media del día tres.

La idea de encontrarme en la clásica tierra de Italia, aquella primera escala de la Europa Oriental, me produjo una emocion inesplicable, y más viéndome en la patria del incomparable navegante, que auxiliado por la Reina de Castilla, abrió para la civilizacion cristiana las desconocidas ú olvidadas playas de un nuevo mundo. Años de mi vida y los mejores de ella, habia pasado, absorbida mi mente en la contemplacion de aquel grande hombre, no sin razon considerado por muchos como Santo, y al que tuve el atrevimiento al fin de presentar al público en una produccion dramática, procurando hasta donde era posible identificarme con aquel genio superior, todo fe, todo pensamiento, y que marchaba por el mundo sosteniendo con su poderosa inteligencia la pesadumbre de otro, que adivinaba y al que no podia arribar por carecer de un puñado de oro.

Con religioso respeto besé la tierra donde se habia mecido la cuna de Cristóbal Colon, y mi primer deseo, que realicé en seguida, fué visitar el monumento que su patria le ha erigido, como tardía ofrenda de su gratitud y de su amor hácia el hombre que no supo comprender en vida y al que ha tardado tanto en honrar despues de su muerte.

Para mí en Génova no podia existir nada antes que el recuerdo del grande hombre; y sin necesidad de guia, pues parece que me llevaba el impulso de mi corazon, bien pronto me encontré en la plaza *Acqua-verde* delante del marmóreo monumento, que si es digno de estima y encomio como obra artistica, y aun como pensamiento, no podia satisfacerme, despues de haber admirado el magnífico proyecto, el gran poema arquitectónico que la rica imaginacion de nuestro compatriota D. José Marin Baldo, ha concebido, proyecto que presentado recientemente en la esposicion de Filadelfia, ha causado verdadera y profunda admiracion á los artistas y hombres pensadores de todas las naciones, que lo han contemplado.

El monumento genovés, como pueden juzgar nuestros lectores por la bien dibujada lámina que acompaña á estas líneas, se presenta rodeado en su basamento de cuatro estatuas alegóricas perfectamente escogidas, por que corresponden á las altas cualidades que distinguieron á Colon y que le condujeron hasta el supremo instante de su vida, en que desde el alcázar de su carabela, señaló con su índice tenaz sobre la superficie de las olas y entre los primeros albores de la mañana, las costas del Nuevo Mundo, surgiendo de los mares para cantar su gloria. Aquellas cuatro estatuas simbolizan á *la Religion* que le prestaba fuerzas y que mantenía viva en su pensamiento la Fé que traslada las montañas; la *Ciencia* que confirmó con sus cálculos la inspiracion de su inteligencia; *la Fuerza* inquebrantable que le hizo no desmayar jamás; la *Sabiduria*, que como divina recompensa de su constancia y de su fé, le abrió los cerrados horizontes del Atlántico, para que tras ellos contemplase con la poderosa mirada de su génio los vírgenes bosques y las gigantescas montañas del Nuevo Continente.

Relieves, representando escenas de la historia de Colon, cubren los netos del pedestal, adornado tambien á la usanza romana de proas de naves ó *rostras*, en los cuales se leen las siguientes inscripciones :

« A CRISTÓFORO COLOMBO LA PATRIA. »

« DIVINATO UN MONDO LO AVVINSE DI PERENNI BENEFIZI ALL' ANTICO. »

La estatua del célebre navegante se levanta por último sobre el pedestal apoyada en un áncla, simbolo de su firme esperanza, teniendo á sus piés á la América de rodillas, que agradecida le contempla.

Este monumento, esculpido todo él en riquísimo mármol estatuario de Génova, fué erigido el año de 1862, é inaugurado el 12 de Octubre, inmortal aniversario de la vuelta de América, del gran navegante. Enfrente del monumento está el *palacio de Colon* en que se ven escritas estas palabras :

« *Cristóforo Colombo Genovese scopre l'America.* »

Y un nicho practicado en una casa cercana al puerto, la quinta de



J. Nicolson. del.

Lit. Deane. Madrid.

MONUMENTO ELEVADO Á CRISTOBAL COLON,
en Génova.



la calle de este nombre, hácia el N., conserva tambien otra pequeña estatua de Colon con el siguiente poético epigrafe :

« *Dissi, volli, credi, ecco un secondo
sorgere nuovo dall'onde ignoto mondo.* »

Despues que pagué el tributo de mi admiracion al hombre mas grande quizá de las edades pasadas, ya pude darme cuenta de la hermosa ciudad que me rodeaba, y que muellemente reclinada en vasto anfiteatro á la orilla del mar, en la pendiente de pintorescas montañas, bien justifica con sus magníficos y numerosos palacios de mármol, el título de *sorberbia* que se le ha dado. Al contemplar su situacion en el fondo de un golfo con su puerto natural, aunqueno de una bondad indiscutible, acudieron á mi memoria los recuerdos de alta antigüedad con que se enorgullece Génova, que ya por los años 221, antes de Jesucristo, escitó los celos de los cartagineses, los cuales envidiosos de su prosperidad la destruyeron. El previsor senado romano conociendo la importancia de aquel puerto para el comercio marítimo, envió á Lucrecio Espureo para que la levantase de sus ruinas, quedando por lo tanto sujeta al pueblo romano, y testimonio de ello á la posteridad en una inscripcion de bronce, descubierta en Polcevera en los primeros años del siglo XVI. Unida al Imperio, sigue su suerte próspera ó adversa, hasta que en la invasion de los bárbaros que vinieron del Norte á inundar la Italia, fué presa de sus victoriosas armas pasando á poder de los lombardos, que ocuparon en seguida la Galia Cisalpina.

Entre las brumas de lo pasado sobre que se elevan estos recuerdos, destácanse bien pronto las marciales figuras de *Pipino el Breve* y de *Carlo Magno*, que venciendo á los lombardos establecen el Imperio de Occidente, quedando Génova y todos los territorios cercanos, sometidos á su poder y gobernados por condes á voz y nombre de aquellos monarcas.

Despues de haber pasado de la dominacion de los francos á la de los emperadores de Alemania, aparece Génova aprovechando las turbulencias que agitaron á Italia durante la novena centuria, para hacerse independiente y constituirse en República (888) ejerciendo el poder supremo, cónsules, cuya autoridad duraba cuatro años.

Próspera y engrandecida con su independencia, siguiendo la marcha de todos los pueblos en la historia, aspira á mayores medros por medio de la guerra, y se hace conquistadora; siendo su primera conquista la Córcega, y sometiendo despues, unida con la república de Pisa, la Cerdeña; gloriosas aventuras cuyos regocijos turbaron bien pronto los invasores sarracenos, que aprovechando el alejamiento de los ejércitos genoveses, saquearon la ciudad y llevaron cautivas á sus mugeres.

El mismo fruto de la conquista fué la causa de las discordias entre ambas repúblicas, y de que su interesada alianza no durase mucho tiempo. La Cerdeña, su comun conquista, segun la acertada frase de un escritor, fué la manzana de la discordia; discordia, cuyos fatales resultados no podian sentirse tan pronto en la ciudad, por que las cruzadas por aquel entonces hacian afluir á ella gran movimiento y grandes riquezas.

Como sucede siempre que las ambiciones personales no encuentran dique, una série no interrumpida de luchas sangrientas, provocadas por las familias poderosas, de donde salian siempre los que ejercian el supremo mando en la República, forman y escriben su sangrienta historia, transmitiendo á la posteridad los nombres de los Doria y de los Spinola, de los Grimaldi y de los Fieschi, gibelinos los unos, güelfos los otros, como encarnacion viva del orgullo y la soberbia.

En vano para refrenar estas ambiciones personales acuérdase abolir el Consulado y entregar el supremo poder á manos extranjeras, y á un dictador, que con el título de Podestad asistido por un consejo de ocho ciudadanos, gobiernen la República; las luchas continuaron del mismo modo, declarándose los gibelinos partidarios del imperio, los güelfos del poder pontificio, hasta que por ventura dos hombres de energía y de valor, dos Oberti, un Doria y un Spinola, lograron apoderarse del poder supremo y dieron veinte y un años de gobierno duradero á la República, período en el cual se elevó á su mayor grado de prosperidad.

Pero el gérmen de las civiles discordias no estaba extinguido, como no se extingue nunca en las naciones, en que perdido el verdadero sentimiento de amor patrio, se ve sustituido por el mezquino é infecundo de las ambiciones personales, que engendran la envidia, la corrupcion y la inmoralidad en todas las esferas sociales. Las antiguas contiendas de

güelfos y gibelinos vuelven á encenderse con mayor empeño, y aunque una y otra vez, hasta cinco, parecen terminadas con los benéficos lazos de la paz, bien pronto se ven rotos por los mismos que los anudaron, viviendo de tal modo, si puede llamarse vida para un pueblo la série continuada de trastornos políticos, durante medio siglo. Al fin el verdadero pueblo, el pueblo trabajador que sufre, calla y produce, para que unos cuantos ambiciosos medren á su costa, fatigado de tantas guerras se sublevó, decidido á elegir libremente quien habia de gobernarle; y era tanto su cansancio, que cuando el elegido Bocanegra, preguntó de qué modo habia de ejercer el poder supremo para que se le designaba, si como jefe de la República ó como Señor, gritó el pueblo por unanimidad «¡Viva el Dux!», desde cuya época Génova fué gobernada casi constantemente por estos magistrados, con la asistencia de un senado.

Ambiciones de otros Pueblos, más poderosos en ejércitos que la mercantil Génova, la obligaron en mal hora á pedir la proteccion de la Francia, temerosa de caer bajo el cetro del altivo Duque de Milan; protectorado que, como siempre sucede, aspiró á verdadera dominacion, enviando Cárlos VI un procurador general que gobernó con la misma autoridad que el Dux, dando con ello nuevo pábulo á las discordias civiles, que otra vez habian levantado su bandera de desolacion y de ruina en aquel privilegiado suelo.

En vano los altos dignatarios que enviaba Francia, querian restablecer el orden y oponerse á la verdadera anarquía que en la República reinaba, porque siendo su presencia en ella nuevo incentivo á la hoguera que sin cesar alimentaban ambiciosos y trastornadores de oficio, las facciones seguian, las luchas arreciaban, y fué necesario que el general Boucicaut al frente de un poderoso ejercito pusiera coto á tales desmanes, alcanzando fácil triunfo sobre los sediciosos; triunfo que sin embargo fué de fatales consecuencias para los franceses, pues lanzándose las masas populares empujadas por los que aspiraban á rechazar la influencia extranjera, ó por verdadero amor de patria ó mejor porque se oponian á sus mismos manejos, cayeron de improviso sobre los franceses haciendo en ellos tal mortandad, que el general se vió obligado á retirarse á Piémont.

El Duque de Mantua acude para amparar á los genoveses y es elegi-

do jefe superior militar de la República, pero tampoco dura largo tiempo su autoridad; y tras nuevos períodos de turbulencias y de anarquía vuelven á ser restablecidos los antiguos Dux, sin que por ello cese aquella terrible situacion de luchas continuas y de disturbios que dieron al fin, como resultado preciso y fatal en las naciones que olvidándose de sus verdaderos intereses, consumen sus fuerzas en estériles contiendas civiles, la completa sumision de Génova á los franceses en tiempo de Luis XII (1502), que penetró triunfalmente en la ciudad, recibiendo el juramento de obediencia de las nuevos súbditos, si bien ofreciéndoles guardar sus antiguas franquicias y derechos, de que tan mal uso sabian hacer los inquietos genoveses.

Pero ni aun así habia de ser muy duradera la aparente tranquilidad. No se borran en un dia las tradiciones de los pueblos, ni son por punto general dominaciones extranjeras las llamadas á variar por completo su espíritu y las condiciones de su carácter. La poca prudencia (acaso intencional) de los gobernadores franceses, despertando el mal dormido espíritu de revueltas, fué causa de nuevos trastornos, y de que Luis XII tomando pretexto de ellos se apoderase de la Ciudad por la fuerza, condenándola al pago de una fuerte contribucion, y privándola de todos sus fueros y privilegios.

La fortuna sin embargo mostróse enemiga en Italia de los ejércitos franceses, que no pudieron resistir el empuje de los de Carlos V, cuyo nervio principal lo constituian los españoles. Despues de la batalla de Pavía, Génova cayó en poder de los vencedores, que no llevando al tomarla propósitos de verdadera conquista, la dejaron bien pronto, apoderándose de ella el ejército francés de Trivulce, continuando de tal suerte hasta que el célebre Andrea Doria, terminado el tiempo de su compromiso con Francisco I, se apoderó de su ciudad natal; y estableciendo con la voluntad poderosa de su genio superior un gobierno propio, logró para su patria dias de paz, y con la paz la prosperidad de sus artes, su industria y su comercio; patriótica empresa en que le ayudó hasta su misma larga vida, y que dió á Génova existencia independiente y próspera, hasta los turbulentos dias de la edad que alcanzamos, en que Napoleón se hizo dueño de ella en la primera campaña de Italia.

No fué, sin embargo, completamente pacífico todo el período comprendido entre Andrea Doria y Napoleon. En tiempo de Luis XIV, surgieron complicaciones con Francia, que hicieron á este Rey enviar sus escuadras á bombardear á Génova, conflicto que al fin terminó por tratos ajustados en Versalles por el mismo Dux, acompañado de cuatro senadores de la inquieta República; y durante la guerra de sucesion de España, el Marqués de Botta se apoderó de ella, aunque por corto tiempo, exigiéndole una fuerte contribucion.

Reunida al vasto imperio francés, fundado por la voluntad de un solo hombre, dividióse todo su territorio en tres departamentos (1805) que más tarde el congreso de Viena adjudicaba con el título de Ducado al Rey de Cerdeña, formando despues por tal motivo, parte del moderno reino de Italia.

A pesar de tantas complicaciones, Génova ocupa lugar distinguido en la historia de la Edad Media y Moderna, por la decidida proteccion que dió á las artes, y por sus adelantos en el comercio marítimo; y aunque sus hijos se hicieron merecedores más de una vez de aquel antiguo calificativo de la frase popular con que los toscanos les ofenden (1) *uomini senza fede*, de que dejaron indelebles pruebas en Oriente á los catalanes y aragoneses, no puede borrarse de la historia la gran jornada de Lepanto, en que tanta gloria alcanzaron sus galeras al mando de Andrea Doria, ni el haber sido patria del gran descubridor del nuevo mundo, aunque no en verdad su patrocinadora.

Su activa disposicion y las condiciones especiales de sus hijos para el comercio, se justifica con el rápido aumento que ha tenido en los últimos veinte y tres años, durante los cuales ha duplicado sus productos; siendo las principales naciones industriales y comerciales que alcanzan alta representacion en aquella plaza, la primera ciudad mercantil de Italia, los ingleses ante todo y despues los anglo-americanos, y los franceses; sin que podamos tener la satisfaccion de mencionar entre ellos á los españoles, sentimiento que tambien se experimenta al recorrer todos los puertos de las escalas de Levante.

Poco tiempo pudimos admirar la *soberbia* ciudad de los palacios;

(1) Génova dicen tiene *mare senza pesce, montagne senza alberi, uomini senza fede é donne senza vergogna*.

pero fué lo bastante para que con la rapidez que la corta estancia del vapor en aquel punto nos lo permitia, gozáramos del admirable panorama que ofrece desde el mar con su doble línea de fortificaciones, terminadas en 1632, sus magníficos edificios colocados en anfiteatro, sus espléndidos jardines y árboles de vigorosa vegetacion, que desmienten la apasionada frase *senza alberi*, y el púdico aspecto de sus hermosas mujeres, en contradiccion tambien con la última parte de los violentos calificativos toscanos; espectáculo que despues gozamos más espléndidamente desde la cúpula de *Santa Maria de Garignano*, situada en uno de los puntos más elevados de la extremidad S. E. de Génova y desde el cual se abarca en un inmenso golpe de vista, la ciudad, el puerto, las fortificaciones, las populosas costas de *Poniente* y de *Levante*, los hermosos contornos del promontorio San Martino, y la extensa y apacible extension del meditarreno, á través de cuyos claros horizontes en dias serenos pueden hasta distinguirse las azuladas masas de las montañas de Córcega.

Llevados de nuestras aficiones artístico-arqueológicas, apenas pudimos detenernos en la contemplacion del magnífico puerto (*porto*), cuyo hemicycle separado del mar por dos hermosos muelles, el *viejo* con su pequeño faro, y el nuevo con su magnífica *lanterna* de esplendente luz, que alcanza hasta 159 metros sobre el mar, mide una extension de cerca de una legua, y en cuya parte N. E. se encuentra la *darsenareal* ó Departamento de marina de guerra, célebre por la fracasada conspiracion de Fieschi, que allí encontró la muerte, ni en la antigua Aduana, con sus estátuas de hombres célebres genoveses; ni al E. en el *puerto franco*, con su verdadero bosque de arboladuras y aparejos de los numerosos buques que á él atrae el comercio de importacion, mas aun que el de exportacion, sus grandes almacenes, y la cercana y monumental muralla con arcadas que separa el puerto de las modernas casas, algunas con seis pisos de altura, de la larga *via* de *Cárlos Alberto* y de la plaza de *Caricamento*, donde se encuentran la mayor parte de las fondas de Génova; muralla desde la cual puede apreciarse el vertiginoso movimiento que ofrece aquella incansable poblacion del puerto, compuesta de marineros, comerciantes, comisionistas, corrodo-



M. Teruel, lit^o

Lit de J. M^e Mateu. Calle de Recoletos 4.

CATEDRAL DE GÉNOVA.



res, intérpretes, y tantas otras gentes que sin poder determinarse con un nombre especial, forman la masa viviente de tan animados parages durante todo el dia y aun parte de la noche.

Recorrimos, en lo que era necesario para el plan que nos habíamos formado, la gran via de circunvalación que rodea la ciudad, recordando los boulevares de París, y que principiando por la estacion del *camino de hierro* comprende la estensa *via Balbi*, la *via Nuova*, la plaza *delle Fontane Morose (ò della Posta)*, la *via Carlo Felice*, la plaza de *San Domenico*, la *Nuova*, y se dirige desde allí al puerto, pasando cerca de la catedral (*strada Carlo Alberto*); vasta série de hermosas calles y plazas en que se encuentran las mejores iglesias y los mas notables palacios de la ciudad de los mármoles.

El primer edificio que llamó mas poderosamente nuestra atencion de cuantos visitamos, por su gran importancia para la historia del arte, fué la catedral (San Lorenzo) que construida en 1,100, en el mismo sitio que ocupaba otra antigua iglesia, de la cual apenas queda mas que la memoria, ha sufrido diferentes restauraciones y adiciones, pudiéndose por lo tanto estudiar en ella los caractéres propios de los estilos, románico, ogival, y del Renacimiento, pero los dos primeros con el especial aspecto que ofrece en Italia el arte cristiano, donde cerca los artistas de los monumentos clásicos, nunca acertaron á emanciparse por completo de sus respetables tradiciones. El mármol negro y blanco alternativamente empleado en su fachada, del siglo XIII, recuerda esta manera especial de construir que caracteriza las construcciones mudéjares sicilianas; y en los relieves de la portada principal representando pasages de la historia de la Virgen, así como en las esculturas del tímpano que tienen por motivo artístico, el Salvador, los emblemas de los cuatro evangelistas y el martirio de San Lorenzo, vimos tambien los caractéres del mismo siglo, que en Italia por la razon indicada se encuentran mucho mas cerca de la perfeccion técnica del antiguo que en los demás países de Occidente; condiciones que tambien se hallan en las esculturas de las portadas laterales, á pesar de pertenecer á la XII centuria.

El interior, reconstruido en parte á principios del siglo XIV, apro-

vechando antiguas columnas, consta de tres naves y una cúpula levantada en 1567 por el célebre discípulo de Miguel Angel, Galeas Alessi, (que tantas muestras de su génio nos dejó en los palacios genoveses), sostenida sobre columnas coríntias de ricos mármoles de colores y cuatro pilares encima de los cuales se eleva otra segunda galería del mismo género; y guarda en suntuosa capilla y en admirable caja de plata, que demuestra el gran adelanto de la orfebrería genovesa en el siglo xv, las reliquias de San Juan Bautista llevadas á aquel lugar desde Mirra en 1097 durante las cruzadas, así como notables esculturas de *Franca-villa, Cambario, della Porta, Matteo Civitali*, y de *Andrea Sansovino*, obras en las cuales se observa el carácter peculiar de la escultura en Italia sobre todo en el período del Renacimiento, durante el cual los artistas, sin presentar apenas solución de continuidad con el antiguo, aunque desarrollando su inspiración en una atmósfera esencialmente cristiana, traducían siempre sus pensamientos procurando seguir las máximas del arte clásico. Pinturas dignas de la mayor estima, de *Cambario* llamaron también nuestra atención, en la capilla de la izquierda del coro; así como las notables incrustaciones de la sillería de este, obra de Francisco Zabello; y en la sacristía entre muchos objetos preciosos de los hábiles orfebres genoveses, el célebre *vaso catino*, que se pretende fuera el que santificó Jesucristo sirviéndose de él durante la cena, lo cual nos recuerda igual tradición del que tenemos en Valencia; añadiéndose que el genovés sirvió además para que en él recogiese la preciosa sangre de Nuestro Salvador, José de Arimatea. Este vaso, encontrado en Cesarea de Palestina, durante las cruzadas, y llevado á Génova en el primer año del siglo xii se creyó por mucho tiempo que estaba formado de una gran esmeralda; y tal era la fe que en esta creencia se tenía, que sobre él dieron repetidas veces grandes cantidades los judíos en las necesidades apremiantes de la República, hasta que por la varia suerte de la guerra fué llevado á Paris, donde un estudio mas científico demostró que el *sacro catino* era solo de cristal, por lo cual sin duda fué devuelto á la catedral genovesa en 1815.

También logramos visitar la iglesia de los jesuitas llamada San Ambrosio, con los caracteres especiales de todos los templos de esta re-

ligiosa compañía, y en donde son verdaderamente notables sus mosaicos de mármoles, sus techos pintados, sus ricas capillas fundadas por antiguas y nobles familias de Génova, y sus cuadros del *Guido*, *Rubens* y *Semino* el mayor; la de San Mateo, gótica en su origen y con numerosos recuerdos de la familia Doria, con la fachada cubierta de inscripciones en honor de sus principales individuos, á los que debió su restauracion en 1530, hecha por el florentino Montorsoli y la mayor parte de las obras artísticas que la enriquecen, con la espada del célebre almirante conservada en el altar mayor, y el bellissimo claustro del siglo xiv, lleno tambien de inscripciones referentes á aquella ilustre familia, y los restos de dos estátuas del célebre Dux y de Gianantonio Doria, mutiladas por el ciego furor revolucionario en 1797; la iglesia ogival de San Stefano, que conserva algunas partes arquitectónicas del siglo xii, y en la que con razon se admira el notable cuadro de Julio Romano representando el martirio de San Estéban; y la de los capuchinos conocida por la Annunziata, en la plaza del mismo nombre, obra del siglo xvi, en la que el arte del Renacimiento desplegó todo el lujo de sus magestuosas composiciones, así en las columnas de la portada, como en las dimensiones colosales de sus columnas de mármol blanco con incrustaciones de mármol rojo, que dividen en tres grandiosas naves el interior de la iglesia y sostienen la elegante cúpula enriquecida con pinturas y adornos dorados, en los que sin embargo empiezan á notarse síntomas de decadencia en el buen gusto artístico de la época en que se labraron (1587.)

Los grandes y suntuosos palacios de Génova llamaron tambien poderosamente nuestra atencion, deteniéndonos en la plaza nueva ante el *ducal* ó del *Gobierno*, todo de mármol blanco, y que aunque restaurado despues del gran incendio de 1777, conserva una hermosa escalera del xvi obra de Rocco Pennone, y en la fachada trofeos guerreros y bustos de varios de sus antiguos Dux; y ante el del antiguo Senado en la plaza de San Domenico ó de Carlo Felice, revestido de mármol negro y con la breve y elegante inscripcion latina:

SENAT. CONS,

ANDREÆ DE ORIA, PATRIÆ LEBERATORI NUMUS PUBLICUM.

El palacio *Doria Tursi*, hoy del *Municipio*, construido por Rocco Lurago en el siglo xvi con su magnífica escalera hábilmente dispuesta aprovechando las desigualdades del terreno; los frescos de su amplio vestíbulo; la gran sala del Consejo; los retratos de Marco Polo y de Cristóbal Colon hechos de mosaico; los cuadros de escuela flamenca y holandesa; la notable inscripcion del año 117 antes de J. C. en que aparecen datos importantes para la antigua historia de Génova en la época romana, y sobre todo dos cartas del gran descubridor del nuevo mundo, nos detuvieron con los grandes recuerdos históricos que todos estos restos de pasadas grandezas despertaban en nuestro espíritu; así como con sus impresiones artísticas el *palacio Brignole* ó palacio *Rosso* á causa del color de su magnífica fachada, en el cual se encuentra la colección más rica y variada de pinturas que puede admirar el viajero en Génova. En sus salas *della Gioventu Grande*, *della Primavera*, *dell'Estate*, *dell'Autunno*, *dell'Inverno*, *della Vita humana* y *delle arti liberali*, encierra tantos y tan notables cuadros de Guercino, Rubens, Morette Bordone, Van Dyk, el Tintoreto, Lucas Jordan, Lucas de Leyde, Guido, Lanfranc, el Bassano, Andrea del Sarto, Bellini, Pablo Verones, Pelegrin Piola y Carlo Dolce, autores, que hemos mencionado siguiendo el mismo desorden en que están colocados, atendiendo más á la fácil exposicion en el museo que á críticas distinciones de escuelas, que seria necesario para poder no ya estudiar, pero comprender al ménos tantas bellezas, dedicar al exámen de aquella riquísima pinacoteca largos dias de verdadera contemplacion.

No menor pena por la rapidéz forzada de nuestra marcha, nos produjo el palacio *Balbi* con sus seis salas llenas de excelentes cuadros, de Van Dyk, Strozzi, Rubens, el Ticiano, Bernardino Licinio, Ferrari, Miguel Angel, el Caravaggio, el Tintoreto, Lucas de Leyde, Perino del Vaga, Schiavone, Guido, y Fra Filippo Lippi; el palacio *Durazzo*, adornado por hermosos balcones y escaleras y cuadros no ménos interesantes, aunque en menor número, de autores flamencos é italianos; y el Doria (*palazzo dei principi Doria*), construido por aquel renombrado Dux, alabado en sus inmortales versos por Ariosto y que revela la grandeza de hombre tan superior, verdadero padre de su patria, á quien

concedió providencialmente el cielo la edad de 95 años, y que bien merece la inscripcion que campea en la fachada del suntuoso edificio.

DIVINO MUNERE ANDREA D'ORIA CEVAE F., PAPAESS. R. ECCLES., CAROLI IMP. CATH. MAXIMI ET INVICTISSIMI, FRANCISCI I, FRANCORUM REGIS, ET PATRIAE CLASSIS, TRIREMIUM PRÆFECTUS, UT MAXIMO LABORE JAM FESSUS HONESTA VITA QUIESCERET, AEDES SIBI ET SUCCESSORIBUS INSTAURAVIT, ANNO 1529.

Inscripcion que demuestra el espíritu religioso de la época y el justo aprecio que sus contemporáneos hicieron del gran restaurador de su país natal, al declarar que *con el favor y la proteccion de Dios, Andrea Doria, hijo de Cèva, almirante de las escuadras del Papa, del Emperador Càrlos V, el catòlico, el grande, el invencible, de Francisco I Rey de Francia, hizo construir aquel edificio en 1529 para si y sus sucesores, à fin de que fatigado por sus grandes trabajos pudiera gozar en él de glorioso descanso.*

Frescos del discípulo de Rafael, Perino del Vaga enriquecen la suntuosa morada, cuyo magnífico vestibulo conduce á un corredor adornado con retratos de la familia Doria, deteniéndonos con verdadera admiracion en una sala cercana, ante otro del anciano almirante, representado en el acto de estar jugando con su gato favorito. Magníficos jardines en anfiteatro, pertenecientes al palacio, se extienden hasta las cercanías del puerto, sobresaliendo entre las desiguales y ondulantes masas de verdura la estatua colosal de Neptuno, cuyo rostro reproduce las características lineas del mismo Almirante, y el sepulcro del célebre perro Rocdan, regalado por Càrlos V al ilustre genovés.

Con verdadero pesar abandonamos aquellas magníficas galerías, que evocaban en nuestra memoria el recuerdo de sus célebres dueños y de sus ilustres huéspedes, Càrlos V, Maximiliano de Bohemia, Margarita de Austria, mujer de nuestro Rey Felipe III, y el Emperador Napoleon que le escogió para residencia imperial cuando se coronó como Rey de Italia.

Otros muchos palacios y monumentos dignos de ser visitados excitaban vivamente nuestra curiosidad histórica y artística, entre ellos el

de la *Universidad*, el de *Adorno*, el de *Cataldi*, y muchos mas que seria enojoso ir enumerando, asi como la célebre *Villa Palavicini* y el *Campo Santo*, sin olvidar tampoco los célebres teatros genoveses, sobre todo el de *Cárlo Felice*, uno de los mas grandes de Italia; pero las horas transcurrian con terrible rapidez y se acercaba la designada por el *Severino* para emprender de nuevo su marcha, por lo que, sin tener tiempo apenas mas que para tomar un corto refrigerio y un vaso de *pánera*, en uno de los cafés cercanos al puerto, bien pronto instalados otra vez á bordo, fuimos viendo desaparecer lentamente el encantador panorama que desplegaba á nuestra vista en el fondo de su golfo la hermosa ciudad que ávidamente habíamos recorrido en breve espacio, y que aparecia á nuestros ojos tanto mas bella cuanto la iban velando, á la vez que las nieblas del mar, las de lo pasado, como ama siempre el corazon con mas ternura los tiempos que no han de volver, que las hermosas auroras del porvenir llenas de risueñas esperanzas.

El vapor continuó siempre á la vista de la costa llamada *Rivera de Levante*, hasta la Spezzia, al Sur, y pasando ante las ciudades de *Nervi*, *Récco*, *Rapallo*, puerto de mar con su célebre iglesia tan visitada de los peregrinos, conocida por *la Madona de Montallegro*; *Chiabasi*, y *Sestri, di Levante*, nos encontramos frente de *Porto Vènere* y de la isla de *Palmaria*, á la entrada del golfo de Spezzia, formando los últimos horizontes las onduladas y casi perdidas líneas de los Apeninos.

Más breve que la estancia en Génova fué la que nos permitió hacer el capitan del vapor, en Liorna. Bien es verdad que ni su historia, apenas conocida más allá del siglo xvi, excitaba nuestra atencion, recordando solo que debia su principal engrandecimiento á los Medicis, que dieron en ella asilo á los descontentos de todos los paises, asi católicos de Inglaterra, como judíos y moros de España y Portugal, y mercaderes de Marsella, que huian de las guerras civiles de su patria, ni sus modernos edificios, podian despertar en nuestra alma mas sentimiento que el de la vulgar curiosidad, despues de haber tenido la fortuna de contemplar los admirables monumentos de Génova. Asi fué que despues de recorrer el puerto *vecchio* y el *nuovo*, protegidos al Oeste por un

notable muelle en semicírculo, y de detenernos con verdadera complacencia delante de la estatua del Gran Duque Fernando I, obra de Giovanni dell'Opera, con cuatro esclavos turcos en bronce de Pietro Tacca, y de haber recorrido el *corso Vittorio Emmanuele* y la *via Ferdinanda* que empieza en el puente y termina en la gran plaza *d'Armi*, donde se halla la Catedral, la Casa municipal y el pequeño palacio del Rey, así como la plaza de Carlos Alberto, viendo las estatuas colosales de los grandes Duques Fernando III y Leopoldo II adornadas en los pedestales con relieves é inscripciones, abandonamos aquella ciudad esencialmente mercantil y nos volvimos á bordo, deseosos de que llegase el momento en que despues de detenernos en Civita Vecchia el corto tiempo que el vapor hace en ella escala, nos condujese á Nápoles, donde sabíamos desde nuestra salida de Madrid, que se nos esperaba con impaciencia por el comandante de la fragata.

La travesía de Liorna á Civita Vecchia es una de las más agradables que pueden ofrecerse al viajero. Al hacerse á la mar disfrútase de la hermosa perspectiva que presenta la ciudad y el puerto, con su poblacion en movimiento apenas interrumpido cubriendo el muelle y las calles cercanas, semejando con la distancia, humano hormiguero. Bien pronto se percibe al Oeste la isla de *Gorgona* y despues hácia el Sur la de *Capraja*, divisándose más á lo léjos al O. la vaga silueta de cabo Corso. Al Este continúa siempre á la vista la costa y más á lo léjos al Noreste los Apeninos, pasando despues el vapor entre la isla de Elba, con sus recuerdos de Napoleon, las de Palmajola y Cerboli y la punta de Piombino, en cuyo lugar se goza de un sorprendente golpe de vista, producido por las roquizas superficies de las costas é islas que le rodean en aquel archipiélago, y los numerosos faros que por todas partes se elevan lo mismo en aquella que en estas, con previsora solicitud, para evitar tristes siniestros marítimos en tan difíciles pasos. La isla de Pianosa ofrécese despues á la atenta observacion del viajero, así como las de Giglio y Argentaro, con el soberbio monte del mismo nombre, que se eleva casi sin ondulaciones sobre el mar; y más léjos la pequeña isla de Giannutri, desde cuyo punto la costa empieza á descender, viéndose á lo léjos Civita Vecchia reclinada sobre la pendiente de una colina.

Poco ofrece de notable este antiguo y triste puerto fortificado, de los antiguos Estados Pontificios. *Centum cellae*, acaso por el número de sus primeras habitaciones, fué llamado por los romanos desde que Trajano le fundó, y también *Portus Trajani* por esta causa; sin que registre la historia acontecimientos importantes en aquella población, más mercantil que artística, hasta su destrucción por los sarracenos en el año 828, y su reedificación por sus mismos hijos en 854, que á la ciudad, así restituida la llamaron por tal motivo *la vieja*. Clemente XII la declaró puerto franco para favorecer su comercio y estimularle; y empezáronse sus fortificaciones en tiempo de Julio II por planos y dibujos de Miguel Angel, fortificaciones que continuaron los sucesores de aquel Pontífice, y que recientemente, sobre todo las de la entrada del puerto, fueron restauradas por los franceses. El arqueólogo y el epigrafista encuentran sin embargo motivo de estudio en las antigüedades que en sus alrededores se encuentran y en las que se conservan en las oficinas de la Policía, así como en la pequeña pero apreciable colección de antigüedades de Bucci.

Tentación y casi irresistible era la de visitar á Roma hallándonos tan cerca de ella, pues por el ferro-carril en tren *express*, apenas se tardan dos horas; pero el compromiso contraído y avisado telegráficamente de estar en determinado día á bordo de la fragata, contuvo nuestros impulsos, y dejamos para ocasión más oportuna (que plegue á Dios llegue pronto), la visita á la ciudad de la historia y de la arqueología, de los cristianos y de los artistas; teniendo que contentarnos con ver desde la toldilla del vapor, al ir desapareciendo ante nuestros ojos la costa, por aquella parte monótona y poco accidentada, de vastas llanuras y ligeras colinas, la gigante cúpula de la Iglesia de San Pedro, iluminada entre la bruma por los rayos del sol poniente.

Pasando por delante del cabo Circello, á poca distancia del punto en que terminaban los territorios pontificios, la costa casi recta apenas forma una ligera inflexión que deja extensa bahía, á uno de cuyos extremos se halla el puerto de *Anzo* y al otro el *Antico*, y delante de cabo Circello distrae también la curiosidad del observador un archipiélago de islotes rodeados de escollos, siendo los principales de aquellos los de Ponza y Palmarola.

Pasado cabo Circello la costa se eleva rápidamente hácia el O. formando el Golfo de Terracina, que era la última ciudad de los Estados del Papa, y al otro extremo se estiende el cabo sobre el que se encuentra edificada Gaeta, tan célebre en los anales contemporáneos. Desde allí empieza el golfo del mismo nombre que termina en el cabo Miseno enfrente de las islas de Ischia, Procida y Caprea, y despues la bahía de Puzzolo, y la roca de Possilipo donde principia Nápoles.

Pero antes de que penetremos en el puerto de la ciudad que vive tranquila á la falda del Vesubio, como el imprudente que se aduerme á la orilla de un precipicio, la vista de aquellas islas cubiertas de verdura y de tan encantadora apariencia despertaron en nuestra memoria recuerdos históricos que difícilmente podian quedar olvidados. Vimos á Ischia, la isla mayor del golfo de Napoles con su territorio completamente volcánico, que presta á los campos admirable fertilidad, y al aire los benéficos efluvios de una vegetacion vigorosa y lozana, poblada primeramente por Eritreos, que tuvieron que abandonarla á causa de las repetidas erupciones del *Époméo*, entonces en incansable actividad. Desierta la contemplábamos con sus espesas corrientes de lava hasta el año 450 antes de Jesucristo en que la repoblaron los romanos, que la cedieron bien pronto á los habitantes de Neapolis ó Nápoles, á cambio de la isla de Caprea, siguiendo desde entonces las vicisitudes de su cercana metrópoli, y sufriendo las tristes consecuencias de sus desgracias, sus guerras y sus revoluciones. Pasan los siglos; y el rumor de las olas al romperse contra las rocas de sus orillas parece repetir los tristes gemidos de sus infelices mujeres, que quedaron privadas de sus padres y de sus esposos por el cruel decreto de Alfonso de Aragon, que hizo salir de la isla á todos los varones que la habitaban, sustituyéndolos con soldados elegidos por la suerte entre los catalanes y aragoneses que componian su ejército.—El volcan no estinguido volvió á levantar su cabellera de fuego sobre la isla en el año segundo del siglo xiv, y aquella erupcion, que duró cerca de dos meses, destruyó su capital, dejando apenas vestigios de ella. Hoy los baños termales son los únicos que atraen alguna, aunque pasajera poblacion á aquellas comarcas siempre amenazadas por el *Époméo*, que mantiene subterráneas afinidades con el no lejano Vesubio.

Prócida, la mas pequeña de las três islas, y la mas cercana á la costa, á poca distancia del cabo Miseno, confunde su historia con la de Ischia, á escepcion de algunos acontecimientos aislados en que figura tristemente su nombre, como el de las *visperas sicilianas*, cuyo principal instigador fué *Juan de Prócida*, señor á la sazón de aquella isla tan célebre por su fertilidad, como por el valor de sus marinos reputados como los mejores de Italia.

Capri, situada á la otra extremidad del golfo de Nápoles, de formación tambien volcánica y como tal de fértil suelo, habitada primero por los Oscos, despues por los Tirrenos, apenas guarda vestigios de aquellas primeras dominaciones, en dos parages en que se cree existieron dos antiguas ciudades de tan remota epoca; la una á la orilla del mar, en el sitio llamado *la Marina*, la otra sobre una abrupta eminencia, á la que se llega por una verdadera escalera tallada en la roca, de 536 escalones, recibiendo la primera de aquellas ciudades el nombre de Capri y la segunda el de Anacapri.

Deba el primer nombre y el de toda la isla á que, como pretenden algunos, vista desde léjos afecta esta la forma de una cabra, ó á su riscosa superficie, á propósito para servir de agradable morada á aquellos treparadores animales, origen á que tambien se atribuye el nombre de nuestra isla de Cabrera, en el archipiélago de las Baleares, es lo cierto que con el fué siempre conocida, hasta donde alcanzan las investigaciones de la historia; y por la misma causa que sus compañeras, Ischia y Prócida, su volcánica superficie cubierta de lozana y exhuberante vegetacion y su hermoso clima, atrajo despues de sus primeros pobladores á los sensuales hijos del Tíber, elevando en ella Augusto un templo dedicado á Júpiter y una deliciosa *villa*, donde pudiera descansar tranquilamente de los constantes afanes de su vasto imperio, despues de haber cerrado el templo de Jano.

El nombre de esta isla poco despues fué repetido con verdadero terror por los romanos, y andando el tiempo con justa execracion por la historia. Capri, con sus hermosas florestas, con sus deliciosos valles, sus pintorescas montañas y sus marinas y perfumadas brisas, atrajo tambien á Tiberio, que rompiendo en ella el dique á sus maldades, se entregó

á cuantos excesos puede idear la locura y la crueldad humanas. Allí, aquel misántropo que nunca se habia sonreído ni nunca habia llorado, encarnacion viva de la venganza, prematuramente viejo, y devorado por los vicios, segun la admirable descripcion de un gran orador de nuestro siglo, fué donde «con los ojos medio apagados, la voz extinta, la cara comida y devorada por un cáncer, el aliento fétido, los miembros todos temblones, sediento de sangre y de venganza, cimentando el imperio sobre millares de cabezas caidas á una señal suya, y mandando al Senado por senadores, para abrirles las entrañas y calentarse en ellas las plantas, que eran la raíz del imperio, muriendo él tambien de muerte violenta, ahogado entre unas almohadas, y al espirar, rugiendo sin duda por que aun le quedaban víctimas que devorar, se presentó á los ojos del mundo y de la posteridad, como la personificacion tremenda y horrible, pero grande é inmensa, del terror que acompaña el nacimiento de todas las revoluciones, que acompañó la cuna del imperio (1)».

Aquella isla que guarda, casi sin explorarlas, bajo sus flores y sus árboles, las ruínas de las doce *villas*, que el tirano mandó construir bajo la advocacion de los doce mayores dioses del Olimpo; donde en medio de asquerosas orgías se formaban las listas de proscripcion y de muerte, que diariamente diezmaban al altivo Senado romano, convertido entonces en cobarde agrupacion de mujerzuelas; á donde, llevando hasta el extremo el refinamiento de la crueldad, hacia conducir á sus víctimas, y despues de mostrarles los encantos mil que por todas partes les rodeaban llamándoles á la vida, los precipitaba impiamente en la muerte; de donde salian, para escarnio de las púdicas matronas y de las inocentes doncellas romanas, monedas que habian de servir para los usos precisos de la vida, y en cuyos reversos grababa dócil y adulator artista, bajo las órdenes de Tiberio, asuntos que causarian vergüenza á la misma lujuria, si la lujuria pudiera avergonzarse, conserva en lo alto de la parte oriental llamada, *lo capo*, las huellas y colosales construcciones subterráneas del palacio de aquel mónstruo purpurado. Ruinas, llamadas por los habitantes del país, Palazzo ó *villa de Timberio*, si hacen que la vista se separe de ellas con horror, al recuerdo de tantas crueldades, la

(1) Castelar.

Religion sublime del perdon y de la misericordia, la hace volver de nuevo con amor hácia la ermita que en las mismas colocó la caridad. Sobre el lugar de duelo, allí donde tantos decretos de proscripcion y de muerte lanzáronse contra los cristianos, los cristianos han levantado su cruz purificadora; y quien sabe cuantos habrán sido los que llevados de la más tierna de las virtudes, habrán levantado al cielo en siglos posteriores más de una plegaria, por el verdugo de los mártires, que les marcaron al cruzar por la breve vida humana, con estela de sangre, el camino del cielo.

Necesaria es toda la sublime abnegacion de nuestra santa creencia, para no maldecir á cada momento la memoria de aquel tirano, viendo, despues de la ruinas de su *villa*, la terrible roca de 425 metros de altura, desde la cual se gozaba en ver precipitar á sus víctimas, despues de haberlas hecho sufrir los más crueles tormentos; ó los restos de un antiguo anfiteatro, tallado en la misma roca, obra anterior á la época romana, pero en la cual Tiberio se gozó en ver morir luchando á tantos desgraciados; ó las célebres *camerelle*, como llaman en el país los restos de aquellos doce palacios, donde se abandonaba Tiberio á sus vergonzosas ó inauditas orgías.

Recuerdos más gratos para el arqueólogo ofrece la gruta *Mitra-moni*, donde se encuentran indudables señales é indicios del culto que allí recibió *Mitra*; y para el artista amante de pintorescas y estrañas perspectivas, el grupo de rocas que como desprendidas de la punta *Tragara* se levantan en forma de altas pirámides, conocidas con el nombre de *faraglioni*, horadada la del centro por las convulsiones de la naturaleza, hasta el punto de poder atravesarse en barca, si el viajero quiere gozar de tan agradable expedicion, despues de haber recorrido las ruinas de antiguos y grandiosos edificios, que por aquella parte ofrece tambien la costa.

No menos interesantes y estrañas emociones produce la célebre gruta azul (*grotta azura*), verdadera gruta de hadas en que por la reverberacion del sol sobre las olas, aguas, ambiente y rocas, aparecen envueltas de aquella hermosa tinta; gruta, cuyo descubrimiento se cree de moderna época, pero que ya debió ser conocida en tiempo de Tibe-



H. Maura grab.

Calcog. de Perzagua

LA GRUTA AZUL, (GROTTA AZURRA) EN CAPRI.
NAPOLIS.



rio (1); ó la gruta verde (*grotta verte*) teñida por análogas causas de este color; ó la blanca (*grotte bianche*), á causa de sus brillantes estalactitas; ó *la del Arco*, con sus emanaciones azoadas y de ácido carbónico.

Pero, si volviendo la vista á la punta *di Vitareto*, la *Niglio* y la *Capochia*, nos fijamos en aquellas rocas talladas á pico y que parecen innaccesibles, salvando con la rapidez de la imaginacion los pasados siglos, memorias de heroicas hazañas, escitarán nuestra admiracion y nuestro entusiasmo, al recordar la toma de la isla por los franceses en Octubre de 1808, que despreciando el fuego de las fortificaciones con que los ingleses la habian hecho inexpugnable, despues que la tomaron por sorpresa, haciendo de ella *un pequeño Gibraltar*, como le llamaban, asaltaron las rocas con fuerzas muy inferiores á las inglesas, y luchando en ellas cuerpo á cuerpo arrancaron su presa á la altiva Albion.

Pasando despues por las mismas vicisitudes que Nápoles, pertenece hoy la isla al reino de Italia, y es grata esperanza por su clima y su fecundidad para los enfermos que á ella acuden ansiosos de recuperar la salud perdida; fuente inagotable de inspiracion para artistas y poetas; delicioso retiro para los amantes; y lugar de meditacion y estudio para el arqueólogo y el naturalista, para el historiador y para el filósofo.

Pero antes de abandonarla, detengámonos un momento contemplando el bellissimo panorama, que desde ella se descubre, y que á no dudarlo ha de ser uno de los más admirables que podrá contemplar el viajero en su comenzada expedicion á Oriente. A la izquierda la bahía de *Puzzoles*, hundiéndose entre el cabo Misseno donde encontró cobarde

(1) En la gruta azul, cuyas aguas tienen una profundidad de 21 metros, y su bóveda natural una elevacion de 13, y en la que, como se indica en el texto, las aguas ofrecen un brillante color azul, y la luz se esparce por todas partes con el mismo color, se ha observado, que un hombre sumergido en el agua y nadando, tiene el cuerpo iluminado por la luz que atraviesa la masa de agua, de una deslumbradora blancura, y la cabeza, que naturalmente conserva fuera de la superficie, completamente negra.

Tambien es observacion importante para la indicacion que hemos apuntado, de haber ya sido conocida aquella gruta en tiempo de Tiberio, la que han hecho otros viajeros, y que consiste en que próximamente hácia el centro del lado derecho de la gruta, se ve una especie de desembarcadero, que da entrada á un subterráneo situado encima del nivel del mar, y que se estiende, elevándose insensiblemente hasta un sitio donde termina ensanchándose, en el cual la temperatura es bastante alta, y donde se ha observado una piedra de forma rectangular, colocada como de propósito en la parte superior de la bóveda, demostrando una comunicacion oculta por aquella parte de la gruta con las villas de la superficie.—Estas observaciones destruyen completamente la creencia de que su descubrimiento fuese debido á unos ingleses, ó un pescador en el presente siglo, aseveracion que aun sin esto tampoco podia sostenerse, pues ya Capaccio en su historia de Nápoles, publicada en 1605, habla de la célebre gruta.

muerte Tiberio, y la poética colina de *Possilipo*; á la derecha el cabo *Campanella*, con sus rocas cubiertas de árboles, entre las cuales parece que se oculta juguetona la pintoresca *Sorrento*, más léjos *Castellamare* con sus blancas murallas; despues la *torre de la Anunciata*, del *Greco*, y *Portici*, ostentando sus frescas y encantadoras *villas*, sin cuidarse, con fatal abandono del cercano gigante de fuego, que las amenaza con hacerlas sufrir la misma suerte que tuvieron Pompeya y Herculano; encima la doble y levantada cima del coloso, coronado siempre por su altivo penacho de humo, como eterna amenaza suspendida constantemente sobre aquellas hermosas comarcas, tan sonrientes, tan espléndidas y tan desoladas á veces; y por último Nápoles, la espléndida reina del mar tirreno, muellemente reclinada en la vertiente de la colina que le sirve de asiento, bañando sus piés en las tranquilas ondas de su rada, que, parece sostener victoriosa competencia con el umbroso ramaje de las florestas que rodean la ciudad, cubriendo el cielo con el confuso y entremezclado bosque de los palos y vergas que se levantan sobre los numerosos buques que la pueblan.

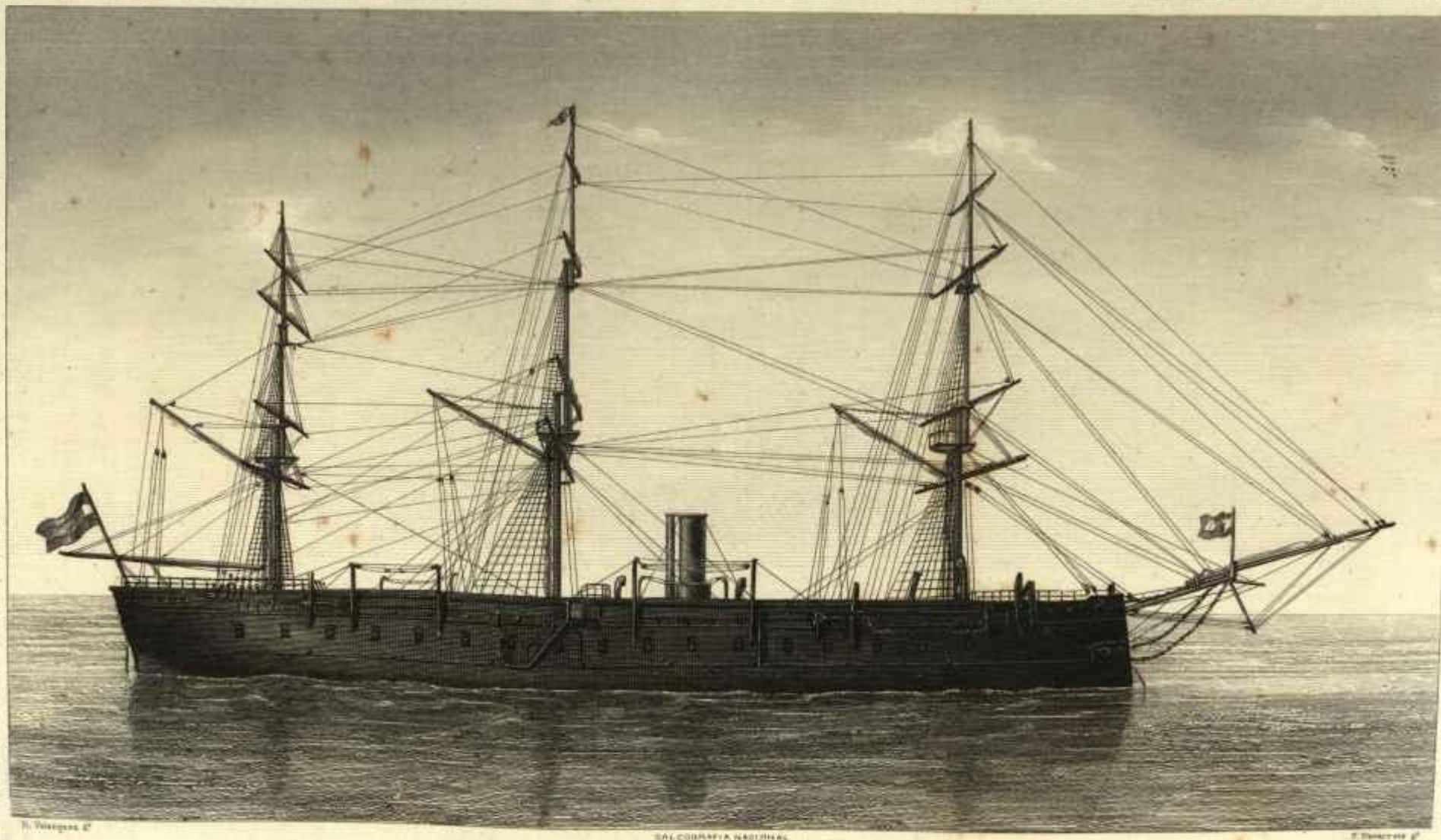
Entre ellos, fija sin embargo nuestra atencion al llegar ante aquel encantado panorama, uno solo: su oscura y severa mole se destaca entre tódos, y sobre su popa flota al aire una bandera amarilla y roja.

Para nosotros, léjos ya de la patria amada, aquella bandera y aquel buque nos hacen olvidarnos de todo cuanto nos rodea.

Aquel buque es la fragata «Arapiles», que nos aguarda impaciente.

Aquella bandera, es la patria.





LA FRAGATA DE GUERRA "ARAÚCA"

CAPÍTULO II.

LA ARAPILES.

Al escribir la relacion del viaje á Oriente de la Fragata de guerra que lleva aquel glorioso nombre, recuerdo de una de las mas grandes victorias conseguidas sobre las armas francesas en la gran epopeya de nuestra guerra de la Independencia, creemos de la mayor importancia para lo porvenir, dar una noticia exacta y tan detallada como alcancemos de dicho buque, puesto que en el se realizó el viaje; y cuantos datos aquí consignemos acerca del mismo, podrán servir para estudios comparativos y de aplicacion práctica, útiles así en los presentes como en los venideros tiempos.

Innecesario creemos repetir, que en este capítulo, así como en todo lo que se refiere á la marina, incompetentes en la materia, á pesar de nuestra grande y decidida aficion á las cosas de la mar, hemos seguido fielmente los datos que se nos han suministrado, con una cortesania y finura propias de nuestros distinguidos Marinos, en el Ministerio del Ramo, y por el digno comandante de la fragata, durante el viaje á Oriente.

Dispuesta la construccion en Inglaterra, de una fragata de hélice de 21 cañones y 800 caballos nominales con arreglo á los planos formados en la Direccion de Ingenieros navales y aprobados para las fragatas Villa de Madrid y Zaragoza, se aceptó por Real Orden de 10 de Abril de 1861 la proposicion de los Señores R. y H. Green para construir en su

astillero de Blackwall la fragata Arapiles con sujecion á los mencionados planos, y se puso la quilla en 1.º de Junio de dicho año.

Posteriormente, y de conformidad con lo acordado por la Junta Directiva del Ministerio de Marina en 13 de Abril de 1862, se dispuso que se suspendieran las obras de las fragatas Zaragoza y Arapiles con objeto de transformarlas en buques blindados, con arreglo á los planos que de nuevo habian de hacerse por la Direccion de Ingenieros.

Aprobados, con la nota de condiciones para la transformacion de la fragata Arapiles, se dispuso por Real órden de 31 de Diciembre de 1862, que se consideráran como una adiccion al contrato celebrado con los señores Green en 15 de Abril de 1861.

Entorpecimientos ocurridos en el suministro de las planchas de blindaje, cuya colocacion duró desde 17 de Octubre de 1864 en que se botó el buque al agua hasta 31 de Mayo de 1867, y algunas otras causas que no son del momento, ocasionaron retraso en las obras; y cuestiones suscitadas por los impacientes contratistas, fueron causa de que solo se pensara en aprovechar la primera oportunidad de sacar la fragata de Inglaterra, y de que no se le construyera reducto blindado sobre la cubierta alta, ni se pusieran en esta planchas de hierro, como se habia proyectado y lleva la Zaragoza.

A pesar de ello no se logró sacar el buque tan pronto como se deseaba, á causa de haber sido detenido por el Gobierno inglés con motivo de las cuestiones pendientes entre España y la República de Chile y el Perú, tardando el permiso para traerla á la Península hasta Febrero de 1868, despues de lo cual todavía promovieron nuevos entorpecimientos los contratistas, de tal modo que retrasaron la salida de la fragata para el Ferrol hasta fines del año 1868.

Construida de madera con blindaje de hierro, tiene la quilla, roda, codaste, ligazones y aparaduras de roble inglés; los baos de las cubiertas alta y principal de caoba; y el forro exterior desde la altura de la hilada mas alta de palmejares se compone de dos superpuestos, el interior que se aplica sobre la cara exterior de las cuadernas, de pino, y el otro en contacto con las planchas de blindaje, de teca.

El blindaje se compone de 315 planchas divididas en siete hiladas,

las tres inferiores con 120 ^m/_m de grueso y 101 las cuatro superiores. El largo de los pernos que las sugetan varia, segun el espesor del costado, entre 1^m067 y 1^m25, con un diámetro de 38 ^m/_m, y en la cabeza 55 ^m/_m teniendo cada plancha de las hiladas inferior y superior diez y seis pérnos y doce las intermedias (1).

Mide este hermoso buque de manga de fuera á fuera 16,34, de eslora 85,17, y de puntal 5,93. Su calado de popa es de 7,70 y el de proa de 7,20, dando una diferencia de 0,50. La batería al medio tiene 2,46; su desplazamiento en toneladas métricas es de 5,443, y la capacidad de sus carboneras de 631.

Para los víveres, aguada y comestible tiene espacio para 20,000 raciones ordinarias de armada; 22 algibes, capaces de 61,420 litros; y carboneras para los kilogramos necesarios de este combustible, que generalmente son 616,200.

Las máquinas son dos, de hélice, de fuerza colectiva de 800 caballos y piston anular, y sus calderas, tubulares, con 24 hornos; llevando como piezas de respeto, una paleta de la hélice, una escéntrica y un émbolo.

La artillería, municiones, artificios de fuego y armas de chispa y blancas con que estaba dotado el buque en la época del viaje que escribimos, eran los siguientes:

2 cañones de á 300, ó sea de 25 ^c/_m, sistema Armstrong.

5 del mismo sistema, de á 180 ó sea 20 ^c/_m con 2 ^m/_m.

10 cañones lisos, recamarados de 20 ^c/_m, sistema Rivera, de hierro fundido, de la fábrica española de Trubia.

Para desembarcos y botes, 2 cañones rayados de bronce, de 12 ^c/_m.

2 id. id. de 8, y

2 obuses lisos de á 15 ^c/_m, los 6 de la fábrica de Sevilla.

Los montajes, de madera unos, y de hierro forjado otros, ya de cuñeñas en corredera, metal y de botes, estaban contruidos en Barcelona y en Inglaterra. Completaban este armamento las armas portátiles y los artificios y cargas siguientes:

(1) En el citado archivo, y unido al *historial* de esta fragata, están los planos de sus secciones, velámen, cubiertas, falso sollado, bodega y secciones trasversales.

- 242 carabinas, sistema Berdan.
- 200 rewolvers.
- 90 sables de abordage, fábrica de Toledo.
- 80 cuchillos de id., id. id.
- 30 hachuelas de id., lo mismo que los anteriores, de la fábrica toledana.
- 1 disparador de cohetes.
- 21 llaves de percusion.
- 790 balas sólidas, de 20°/m.
- 100 saquillos de metralla, de id.
- 30 balas granadas, de á 300.
- 72 granadas ordinarias, de id.
- 18 id. de segmentos, de id.
- 75 balas granadas, de 180.
- 72 granadas ordinarias, de id.
- 18 id. de segmentos, de id.
- 110 granadas de á 20°/m.
- 70 id. de á 12°/m.
- 70 de á 8°/m.
- 70 de á 15°/m.
- 20 botes de metralla, de á 12°/m.
- 20 id. id. de á 8°/m.
- 20 id. id. de á 15°/m.
- 11,310 kilogramos de pólvora encartuchada.
- 67,560 cartuchos de fusil, con bala.
- 6.100 id. sin bala.
- 34 cohetes de señales.
- 44 luces de Bengala.
- 12 id. de guindola.
- 2 camisas de fuego.
- 50 granadas de mano.
- 200 estopines de hebra, 2.108 de percusion, y 460 de friccion.

Componian la dotacion del buque, el comandante, capitan de navío

de 2.^a clase, señor D. Ignacio García Tudela, el 2.^o capitán de fragata, D. Arsenio Solloso; el oficial de derrota, comandante de la batería principal y encargado de guardias marinas y máquina, teniente de navío de 2.^a clase D. Miguel Malpica Lobaton (interino); el comandante de la 2.^a brigada y 2.^a guardia, teniente de navío de 2.^a clase, D. Joaquin Cerquero; el comandante de la 3.^a brigada y 3.^a guardia, teniente de navío de 2.^a clase, D. Manuel Aleman, y el comandante de la 4.^a brigada y 4.^a guardia, teniente de navío, D. Ignacio Gutierrez; el comandante (interino) de la 1.^a brigada y 1.^a guardia, alférez de navío, D. Ramon Villalonga; los de la misma clase segundos de guardia y brigada, á las órdenes del comandante de la batería en combate y para la instruccion de guardias marinas, D. Francisco Javier Delgado, D. Eduardo Gonzalez y D. Juan San Juan; el teniente de artillería de marina, D. Eladio Santos; el de igual clase de infantería de marina capitán de ejército, comandante de la guarnicion, D. José Manresa; el contador, oficial 1.^o del Cuerpo administrativo de la Armada, D. Alfredo Roca; el 1.^{er} médico, D. Rafael Cañete; el 2.^o D. Vicente Moreno de la Tejera; el capellán, D. Ceferino García y Lopez; los guardias marinas de 1.^a clase, D. Luis Morphi y Murphin, D. Francisco Perez y Machado, D. Luis Perez de Vargas, D. Pedro de Giles y Lopez de Carsizosa, D. Luis de la Puente y García de Hoyuelos, D. Ramon Estrada y Castoira, D. Juan Faustino Sanchez y Segundo y D. Juan Bautista y Aguilar y Armesto; los oficiales terceros, alumnos de la Administracion de la Armada, don Eduardo Caamaño y Marquina y D. Hermenegildo Francisco y Vielti; llevando además ocho contramaestres, 4 aprendices navales, 2 carpinteros, 2 marineros carpinteros, un calafate, dos marineros calafates, dos armeros, un herrero, un escribiente, seis maquinistas, cuatro ayudantes de máquinas, 15 fogoneros de 1.^a, 38 de 2.^a, 2 practicantes, un maestro de víveres, un mozo de despensa, un panadero, un cocinero de equipaje, seis condestables, cinco cabos de cañon de 1.^a clase, dos sargentos, cinco cabos primeros, un corneta, un tambor, y 45 soldados de infantería de marina, 31 cabos de mar, 37 marineros preferentes, 100 marineros ordinarios de 1.^a clase y 139 marineros ordinarios de 2.^a clase, 7 jóvenes aprendices de marinería y un práctico de costas, haciendo

en todos desde comandante á práctico, 498 tripulantes, que con los tres individuos de la comision, formaban un total de 501.

El hermoso buque cuya detallada descripcion y noticia de sus tripulantes acabamos de hacer, manifestó siempre en sus viajes una marcha aventajada á la máquina y muy superior á las de otras de nuestras fragatas de guerra tales como la Villa de Madrid y la Mendez Nuñez, segun resulta comprobado en el historial de su citado comandante, documento que se conserva con los demás de su clase pertenecientes á nuestra escuadra en el citado, rico y bien ordenado archivo del Ministerio de Marina. Nótase, sin embargo, que el buque gana mucho cuando tiene levantada la proa, siendo muy dulces su cabezada y sus balances.

En el viaje á Oriente demostró sus buenas condiciones marineras, pues habiendo hecho casi totalmente á la vela los de Mesina hasta el Pireo, desde Rodas á Chipre, y desde esta isla á Beyrút, con vientos largos, se sostuvo bien con los buques de vela que encontraba, tomando dos veces á la vela el puerto, confiando el comandante en su gobierno, que es inmejorable.

Cuando el viento se recibe abierto, manifiesta una gran tendencia á orzár, especialmente sobre babor, necesitando hasta vuelta y media de rueda para mantenerlo á rumbo, con una brisa fresquita.

El no haber ocurrido hasta el regreso de su viaje de Oriente tener que virar, hace que no pudiera juzgarse entonces de un modo indudable la manera con que ejecutará este movimiento; pero es seguro que tomará por avante con suma facilidad, porque cuando se ceñía el viento era necesario tener mucho cuidado para evitarlo. La virada en redondo debe creerse por tanto que ha de ser difícil, en vista de su tendencia á la orzada.

La hélice no puede menos de contribuir á facilitar ó entorpecer dichos movimientos, segun del costado que se reciba el viento, de donde se deduce, que por ejemplo, virará bien por avante, y mal por redondo, cuando se ciña por babor, y viceversa cuando se ciña por estribor. Puede asegurarse, que cuando el buque cie con la máquina, caerá siempre la popa sobre estribor, aunque el timon se ponga todo á babor, segun ha acreditado la experiencia; circunstancia que debe tenerse muy presente

á las salidas de puerto, para preferir efectuarlas, siempre que se pueda, cayendo con la proa sobre babor.

En la campaña de verano de 1871, en que realizó el viaje que nos ocupa, encontráronse tiempos tan buenos, que no pueden apreciarse completamente sus propiedades con relacion á la mar, si bien el casco parece que trabaja más de lo natural cuando hay algun movimiento, efecto indudablemente del peso del blindaje.

Su máquina funciona con perfecta regularidad y se maneja fácilmente y con rapidéz para ponerla en accion y para pararla, si bien se nota en ella, como es natural, la diferencia de calidades del carbon, pues mientras que el superior permite sostener bien la presion en las calderas, y que el resbalamiento del propulsor sea muy moderado, los carbones de peor calidad solo han permitido sostener una tension en las calderas de 12 á 14 libras, á fuerza de mucha fatiga para los fogoneros.

Tambien necesita este buque tener bien limpios sus fondos, y bien pintada la parte de ellos que no esté forrada en cobre, para evitar los resultados, poco favorables del resbalamiento, que ha llegado á notarse cuando los fondos han estado súcios de un 32 p.º/.

El hermoso aparejo de tan gallardo barco, apenas presentaba algun defecto, fácil de reparar, en el bauprés, respondiendo perfectamente á la maniobra.

Las embarcaciones menores que llevaba á su bordo, eran en general demasiado grandes, pues el 7.º y 8.º bote bogaban doce remos, echándose de menos dos embarcaciones más manejables, para todo servicio. El bote de vapor, no respondia de ninguna manera é las necesidades de un buque de guerra, por sus grandes dimensiones, por su extraordinario peso, y por que la operacion de montarle y desmontarle su enorme máquina, requiere mucho tiempo y hasta expone á sérias averías cuando la mar no esté completamente llana, y despues de todo anda poco (si bien una vez listo, presenta muy bien en el agua), por que su pesadísima caldera produce tan poco vapor, que apenas se pueden sostener 30 libras de presion. Así es, que no se hizo uso de él, por el temor de una avería, y por las horas que habia necesidad de invertir en alistarlo.

El segundo bote era bueno: de construccion inglesa, de doble forro

diagonal; pero algo pesado al remo, y algo pesado tambien para meterlo á bordo y echarlo fuera con los pescantes, lo cual ha solido producir alguna ligera averia en este bote, que por lo demás á la vela lo hacia perfectamente, siendo una embarcacion de desempeño.

Los botes 3.º y 4.º, de la misma construccion, andaban poco por que tenian mucha manga y armaban solo doce remos, cuando debieran armar diez y seis; haciéndolo, como el anterior, muy bien á la vela.

Los botes 5.º y 6.º, tambien ingleses, y de tingladillo, de buen corte y buena marcha al remo y á la vela, ofrecian sin embargo ser de poca duracion por estar contruidos muy á la ligera, y bogaban doce remos.

El 7.º y 8.º, contruidos en el Ferrol, ligeros y elegantes, armaban tambien 12 remos, aunque siempre llevaban diez; y de la misma construccion el 9.º, que era el Chinchorro grande, podia calificarse de fuerte y muy bueno para el uso á que estaba destinado.

El décimo, inglés y de tingladillo, servia de segundo Chinchorro, y aunque de bonitas formas era demasiado pequeño y demasiado débil de construccion para dicho empleo.

Las canoas, inglesas y de tingladillo, estaban contruidas con la mayor sencillez; y aunque no eran bonitas ni andaban gran cosa al remo, con viento fresco llevaban bien una vela y eran valientes á la mar.

Los seis botes mayores estaban artillados con cañones de 12 $\frac{c}{m}$ el 1.º y 2.º, el 4.º y 5.º con obuses de á 15 $\frac{c}{m}$, cuyo peso hace que estos botes sean pocos marineros, y el 5.º y 6.º cañones rayados de 8 $\frac{c}{m}$, resistiendo todos perfectamente los naturales efectos de los disparos en los ejercicios de fuego que han sufrido.

Con tales condiciones figuraba y figura afortunadamente como uno de los primeros buques de nuestra escuadra la fragata Arapiles, en cuyo *historial* puede consignarse con legítimo orgullo el VIAJE Á ORIENTE, con grande fortuna y acierto llevado á término por la inteligente direccion de su comandante, secundada con el mayor celo por sus oficiales, y con la más escrupulosa exactitud cumplida por sus tripulantes.

Tres meses vivimos á bordo de aquel hermoso buque; y, lo conseguimos con gran placer; á pesar de estar muy recientes escenas lamentables de insubordinacion y de indisciplina en los ejércitos de mar y

tierra, no vimos el menor síntoma de una ni de otra, pudiendo presentarse como verdaderos modelos de orden, de compostura y de exactitud en el cumplimiento de sus deberes, cuantos en él iban.

Afable y severo el comandante, jefe acostumbrado al servicio de mar, tan entendido como celoso, y comprendiendo toda la grave responsabilidad de su cargo y lo importante de su misión, le veíamos siempre sobre la carta ó en el puente, investigando y observando, y sin entregarse apenas al descanso, á pesar de la reconocida inteligencia de su segundo y de sus oficiales.

Activo, y sin descuidar en lo más pequeño cuanto á la buena administración de aquella fortaleza flotante se refiriese, á la vez que ayudando siempre que era necesario á su jefe, el segundo, contribuía poderosamente al buen éxito de la expedición, velando con previsora solicitud por todo lo que al buque ó á sus tripulantes fuera necesario.

Los oficiales todos, cumpliendo con el más riguroso celo sus respectivos deberes, así las del Cuerpo general, como los de los otros Cuerpos auxiliares; y los subordinados, obedeciendo las órdenes, con el respeto de quien tiene fé ciega en la superioridad acreditada de sus jefes, ofrecían un cuadro de orden y de armonía indescriptible, haciendo innecesarios los severos castigos que la falta de instrucción y de sólidas bases de ideas de moralidad y de deber, hace imprescindibles en otras ocasiones.

Bien es cierto, que aquellos marineros y aquellos soldados, recibían constantemente la enseñanza ó la práctica de sus diversas obligaciones, no habiendo tenido nunca entrada á bordo la fatal holganza, ocasionada á todos los vicios y hasta á los crímenes, sino el fecundo tiempo del reposo, reparador de las perdidas fuerzas en la maniobra ó en la instrucción.

Había también á bordo un elemento esencialmente civilizador y humano. Nuestra santa Religión iba dignamente representada por el *pádre*, que así se llama en el lenguaje de los marinos al capellán; y eran tales sus virtudes, que á pesar de su juventud, sabía enseñarlas con el ejemplo y la doctrina, imponiendo tal respeto su sagrado carácter, y la alta idea, que en medio de los mares representaba, que ni por descuido

dejaban todos de saludarle, cuando cerca de un marinero pasaba, ni delante de él se atrevían á usar los oficiales esas epigramáticas frases, ó á referir esas alegres anécdotas que forman siempre en momentos de expansión y de confianza, la chispeante conversacion de jóvenes alegres y de imaginacion meridional.

Más de una vez, si en grupos de oficiales ó guardias marinas se contaban galantes aventuras ó picarescos cuentos, sazonados con la gracia propia del suelo andaluz, donde habian nacido muchos de ellos, ó habian recibido su educacion científica, les ví enmudecer, repitiendo:

—¡Callad, que se acerca el *Padre*!

Espresion de respeto, que habla muy alto en favor de la cultura de aquellos, del Cuerpo á que pertenecen, y de la verdadera influencia que cuando está dignamente representada ejerce la Religion del Crucificado, en los que se dedican á exponer su vida por la tranquilidad de sus compatriotas, ó á perfeccionar y adelantar en tiempo de paz las ciencias de la investigacion, de la observacion y del análisis.

Cuatro años han transcurrido desde que terminé mi viaje en Cartagena, y no puedo olvidar todos los ordenados detalles de la vida de á bordo, tan metódica, tan reglada, tan moralizadora, cuando está bien encaminada y dirigida.

Todavía no puedo borrar de mi memoria, al entrar en el templo, aquella misa dicha *todos* los dias de fiesta sobre cubierta, en improvisado altar á que servia de fondo una bandera española, teniendo por templo la vasta extension de los mares, por bóveda la inmensidad del cielo, y por fieles, hombres avezados al peligro y que han aprendido á comprender á Dios, leyendo la cifra de su nombre en los inmensos mundos, que bordan el espacio, y el sentimiento de su amor en la modesta casa, donde balbucearon con sus madres la primera plegaria, que nunca se olvida.

Todo cuanto percibian mis sentidos era sublime y conmovedor. Las palabras del sacerdote, repetidas en el hermoso idioma del pueblo, donde con la sangre de los mártires creció poderosa é incontrastable la inmensa idea cristiana; el silencio, turbado solo por el murmullo de las olas, apartándose sometidas al genio del hombre, bajo la quilla domina-

dora del barco, pero murmurando siempre entre aquel plácido murmullo una amenaza; el toque de la corneta para llamar la atención en los más solemnes momentos de la sagrada ceremonia; la *marcha real*, repetida por los marinos ecos, mientras la hostia santa, pura é inmaculada se eleva sobre el ara en manos del sacerdote, apareciendo en el espacio como purísimo faro de eterna esperanza; aquel silencioso recogimiento de tantos desterrados por el deber, que recuerdan en tan sublimes instantes, para rogar por ellos, á los seres más queridos de su corazón; aquel mar de plegarias, sin orillas pero con cielo, y el barco entretanto, adelantando indiferente como impulsado por el viento de la Providencia, en medio de la majestuosa soledad del mar.

Tantas y tan diversas impresiones, sumian mi alma en tan profundo arrobamiento, la levantaban de tal modo sobre cuanto me rodeaba, que permanecía absorto en profunda meditación, aunque sin poder determinar su preferente objeto, mucho tiempo después de habernos dado su bendición el sacerdote; sacándome de ella con no poco trabajo la fresca voz del guardia marina, que acabada la misa y *formada* toda la *gente* leía en alta voz las leyes penales.

¡Admirable prevision! Leerle el severo relato de sus obligaciones cuando el espíritu del marino está purificado por la plegaria; abiertos los misteriosos senos del alma al sentimiento por la Religión y los recuerdos, para recibir la fructífera semilla del deber, como recibe la tierra preparada por el labrador, la pródiga simiente.

La Religión y el deber son las dos grandes ideas sobre que gira la felicidad individual ó colectiva del hombre. Asociarlas y unir las en los días santificados por la iglesia, no puede ser pensamiento más fecundo, ni más acertado consorcio.

Otras veces el cuadro conmovedor de la misa á bordo, variaba por completo.

En lugar de la bóveda inmensa del cielo, el techo del improvisado templo eran los *baos* de la formidable batería, por impedir el mal tiempo celebrarla sobre cubierta.

Lo que no variaba era el fondo sobre el que se destacaba el altar. Era la bandera española estendida, ocupando el lugar del retablo de las

catedrales cristianas, como representacion verídica del fondo de religiosidad, que por fortuna caracterizó y caracteriza al creyente y honrado pueblo español.

Por lo demás, el contraste de la sagrada ceremonia con todo lo que nos rodeaba, no podia ser más antitético. A un lado y otro, las capillas y las imájenes de aquella improvisada Iglesia, eran las *portas* y los cañones que por ellas asomaban sus bocas amenazadoras. Las flores y las yerbas olorosas, con que la devocion cubre el suelo en las religiosas solemnidades, grupos de bombas y granadas, cartuchos y utensilios para el servicio de las piezas...

Los instrumentos todos de la muerte rodeando á la fuente de la Vida.

El rudo exterminio ante el bendito pendon.

La fecunda esperanza levantándose sobre la desolacion estéril.

La obra de Dios y la obra del hombre...

Muy léjos me llevarian estas reflexiones sugeridas por el recuerdo de mi estancia á bordo, durante aquel inolvidable viaje, cuyos más pequeños detalles no pueden borrarse de mi existencia.

La ARAPILES, y cuantos la poblaban en aquella época van asociados á mi vida, envueltos en el indefinible encanto que les presta la santa religion de los recuerdos.

¡Cómo olvidar aquellos solemnes momentos de la salida del sol y de su ocaso! En el uno, levantándose hermoso y esplendente sobre los cristales de Anfítrite, como galan esposo que abandona radiante de ventura el lecho de su amada. En el otro, hundiéndose lentamente entre las ondas, como se hunde el sol de la vida en los mares de la muerte, para levantarse coronado de luz tras la aurora de la inmortalidad...

¡Qué sentimiento tan profundamente espiritualista y religioso despertó el augusto momento de la *oracion*!

El sol va á ocultarse. La tripulacion toda formada sobre cubierta, los jefes y oficiales en sus puestos esperan el momento solemne.

El buque avanza majestuosamente sobre la superficie de las olas, que producen al ser heridas por la quilla, una especie de dulce lamento el cual va quedando suspendido en el espacio, como estela de melodía estendida sobre la blanca estela de espuma.

El viento ceñido por las amplias velas impulsa dulcemente la nave, ó cogidas estas en rizos, las líneas de los palos, de las vergas y de la járcia, traen á la memoria los bosques de nuestro pátrio suelo, evocando el recuerdo de los seres que amamos, y que quedaron allá, léjos, muy léjos.

El rojo disco del sol empieza á ocultarse en el horizonte. La recta línea de éste va cubriéndole con rapidez, dejando cada vez más menguada su aparente superficie.

Las miradas fijas en él, le siguen con atraccion irresistible.

Un momento más.

Retumba en el espacio y despierta los marinos ecos del crepúsculo, una detonacion.

Las cornetas baten marcha.

El sol acaba de hundirse trás las olas.

¡La Oracion!!!...

Los marineros llevan la mano á la frente en actitud de profundo respeto. Los jefes y oficiales descubren sus cabezas.

Aquellos son los mismos instantes en que la campana de la iglesia en la ciudad ó en la aldea donde viven las madres, las esposas ó las amantes de los marinos, invita á los fieles á elevar sus plegarias por los que fueron, y por los que esponen sus vidas á la inestabilidad de los vientos y de las olas.

Aquella es la hora de la contemplacion y del recogimiento. De apartarse del mundo trás de los afanes del dia, para acercarse á Dios.

Pero si en las grandes ciudades, sobre todo, el torbellino de la vida ficticia nos hace pasar inadvertidos ante esa hora de los grandes recuerdos, en el mar, sin ver en torno nuestro más que la inmensidad del cielo reflejada en la inmensidad de las aguas, es imposible dejar de concentrarnos en nuestro pensamiento, y más imposible todavía que no acuda una muda frase de plegaria á nuestra inmóvil lengua, empujada por el misterioso y bendito movimiento del corazon.

Aquellos solemnes instantes son sin embargo rápidos.

La nota del sentimiento muere bien pronto.

Apenas ha llenado de armonía y de ternura nuestra existencia, desaparece.

La oracion ha terminado.

La noche descoge sobre la ilimitada superficie su manto de estrellas.

Los marineros conducen alegres sus *coís*, desde la batallola donde simétricamente los colocaron al amanecer, á colgarlos en la batería ó en los sollados; los oficiales bajan al rededor de la mesa de la cámara á entregarse al fecundo descanso del estudio; el comandante mide y calcula sobre sus mapas, ó vela con el oficial de guardia en el puente; el timonel sigue con ojo siempre vigilante las indicaciones de su jefe y la imantada aguja de la vitácora; el silencio y la calma de la noche reinan bien pronto á bordo; y contemplando los últimos resplandores del ocaso, no puedo menos de repetir con mi querida amiga de la infancia, Enriqueta Lozano:

Un dia menos en la corta vida:

hácia la eternidad un paso más.

.....

Pero no adelantemos los sucesos ni la narracion de mis impresiones y de mis pensamientos.

En el órden cronológico de este viaje, apenas he llegado á bordo de mi querida fragata.

La *loca de la casa*, como llamaba con gran acierto un filósofo á la imaginacion, al terminar de describirla, ha reflejado sobre el espejo de mi memoria sus más queridos recuerdos.

Todavía no estamos instalados para emprender la marcha.

Todavía, á pesar de la impaciencia que tiene el capitan por levar áncoras con rumbo á Levante, su amabilidad ha de permitirnos que recorramos la antigua Partenope.

¿Cómo estar viendo la hermosa reina del mar Tirreno, y pasar ante ella inadvertidos?

¿Cómo no evocar sus recuerdos, y visitar sus principales monumentos, y meditar ante la muerte en Pompeya, y embriagarse de vida y de poesía en la punta de Posilipo, y enmudecer de sublime terror en el Vesubio?

Vamos á Nápoles.

CAPÍTULO III.

NÁPOLES.

«¡*Nàpoles! ¡Nàpoles!*—Hé aquí toda la ciudad, levantada en anfiteatro sobre el trasparente golfo, retratándose en él, coronada de torres, por detrás de las cuales asoman nuevas colinas cubiertas de laureles, de vides, de naranjos y limoneros: hé ahí la gran colmena reclinada en escalonados montes, llenos de jardines que festonean de flores y verdura los palacios y las iglesias. Aquí, en el mar, millares de barcos de todas las naciones, el histórico *Castillo dell'Ovo*, las alamedas del muelle de *Chiaja*, los bosques de *Villa Reale*, las encantadas alturas que esconden la *tumba de Virgilio*, el muelle de *Santa Lucia*, el *Puerto militar*, el *Castillo nuevo*: allá arriba el formidable y célebre *Castillo de San Telmo*: más allá aun *la Cartuja*, que domina toda la ciudad...—¡Esa es Nápoles! la sirena *Parténope*; la cortesana griega; la antigua esclava de Aragon y de Castilla.»

«La capital, propiamente dicha, tiene una legua de extension de Norte á Sur y media de Este á Oeste; pero comprendiendo los barrios, que de ella dependen, mide veinte leguas de circunferencia. En este espacio pululan medio millon de habitantes; pero es tal la animacion, el ruido, el movimiento que se nota al entrar en el puerto, que se creeria uno trasportado á una capital de tres millones de almas.»

«Un sol ardiente, un aire tibio y perfumado, una mar azul y reluciente como un espejo; árboles sin cuento, verdes ó floridos, brotando

por todas partes, desde la orilla del mar hasta la cima de los montes, entre las casas, sobre los templos; una alegría, una hermosura, una transparencia infinita en el cielo; una diafanidad sin igual en el ambiente; un océano de luz; una riqueza prodigiosa de colores intensos, brillantes, espléndidamente combinados, dán á Nápoles un aspecto riente, jubiloso, mágico, seductor, irresistible. Al verlo, diríase que se asiste á una fiesta pagana en que los hombres y la naturaleza han confundido su regocijo, se han dado un beso de supremo deleite; se han entregado desahogadamente al goce de la vida, y se han jurado eterna juventud, perdurable primavera...»

«No sé si es que el volcan centuplica la vitalidad de esta comarca con sus eflúvios ardientes; no sé si es que la estructura del golfo, resguardado de todos los vientos, lo ha convertido en un refugio encantado, en el cual han establecido su imperio las brisas de Abril portadoras de la fecundidad: no sé si es que las divinidades de la antigua Grecia, los dioses protectores del amor, de la abundancia y de la hermosura, siguen considerando esta parte del mundo como su mansion favorita:—lo que puedo decir es, que el aspecto de Nápoles y su influencia en el que lo mira, hacen comprender los paroxismos de felicidad, los éxtasis y los deliquios de todos los paraísos imaginados por los poetas.»

«... Yo no conozco ciudad más alegre, más animada, más bulliciosa, más pintoresca. En ella todo es música, luz, colores y movimiento. La poblacion bulle, corre, grita, gesticula, canta, reza y se mofa de todo incesantemente y á un mismo tiempo. El napolitano tiene mucho de griego, mucho de berberisco, mucho de andaluz. Es levantino por excelencia.»

«Los muelles y las playas son unos campamentos de invierno y de verano (pues aquí no hace nunca frio) donde cien mil hombres, mujeres, viejos y niños, viven al aire libre, pescan, guisan, comen, bailan, roban, duermen y se reproducen.»

Así describe con magistral pincel el aspecto de Nápoles, mi amigo de siempre, el gran poeta Pedro Antonio de Alarcon, y aunque al leer tan animados cuadros diez años antes de haber tenido la fortuna de contemplar aquel paraíso, sospechaba si pudiera encontrarse en ellos la exa-

geracion propia de la rica fantasía del escritor granadino, cuando los comparé con la realidad, pude convencerme de la gráfica exactitud con que está hecha.

Vedi Napoli é poi muori,

dice un antiguo refran italiano, y despues de haber contemplado su hermosura, se comprende el arranque de entusiasmo que inspiró aquella frase, en que de tal modo se extrema el sentimiento inspirado por su belleza.

Y sin embargo sucede en Nápoles lo mismo que en Constantinopla, y que en otras hermosas ciudádes del Oriente. Su belleza es mayor vista en conjunto, á cierta distancia, que descendiendo á gozar de sus detalles y de sus encantos.

La naturaleza en aquella hermosa tierra, como en todas partes donde se ostenta con su expontánea hermosura, no engaña. Sus galas son, como siempre, verdaderas; pero la parte que en el animado cuadro toma el hombre, engaña casi siempre. El movimiento que se nota en Nápoles, mas que la animacion propia de los grandes centros industriales y mercantiles, es la agitacion febril de los pueblos que respiran un exceso de vida en la atmósfera que les rodea, y que necesitan consumir. Las continuas disputas de la gente del pueblo; el incesante ruido de los infinitos *carricoli* ó *carrocele*, que van siempre á escape, cargados con cuantas personas pueden conducir, y poniendo en constante peligro la seguridad del transeunte á pié; el chasquido de los látigos; los gritos de los vendedores; las animadas conversaciones de los transeuntes, rara vez sostenidas en voz baja; todos aquellos diferentes sonidos, mantienen constantemente una atmósfera, que aturde, que produce en el que no se encuentra acostumbrado á ella verdadero vértigo en ciertos momentos, y vivísimo deseo de huir de los parajes concurridos en busca de silencio y de sosiego.

La excesiva afabilidad de cuantos os ofrecen sus servicios, llega á producir una repulsion inexplicable. Antes de tomar un coche, sobre todo en los muelles, hay que sostener una verdadera lucha con todos aquellos automedontes, que gritando, gesticulando, haciendo restallar el

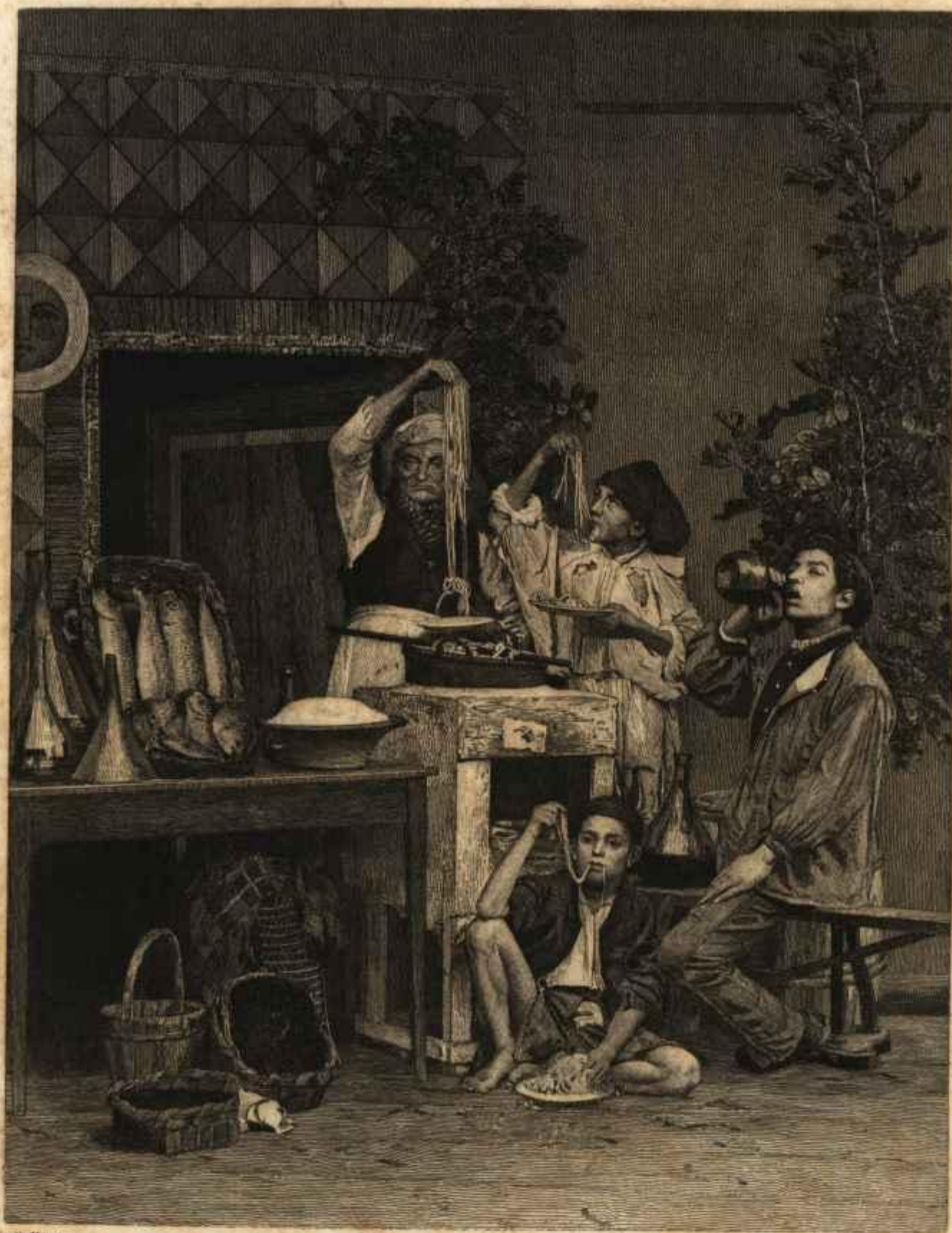
látigo, os cercan y os fatigan. Guías, intérpretes, mercaderes indignos de innobles y asquerosas grangerías, os asedian por todas partes repitiendo á cada momento sus desechadas ofertas. Algunos de éstos hay tan obstinados, que siguen detrás de la *caróssa*, y conociendo el punto á donde os dirigís, por haberlo oído cuando lo digisteis al cochero, aprovechando los conocimientos topográficos que tienen de todas las calles de la ciudad, se os presentan de nuevo á la puerta de la fonda, cuando deseosos de descansar, llegais á ella creyéndooos ya libres de importunos. Pero no creais que con despedirle bruscamente y tomar más que de paso la escalera, os veis libres de él. Todavía habreis de volverle á encontrar tenáz y porfiado, cuando salgais del comedor: ó cuando os dirijais á la calle, sin que logren ofenderle vuestras repulsas, por violentas que sean, y teniendo siempre para contestaros, una afabilísima sonrisa, y un *perdonate, ecclenza*, que os hacen creer si será un mito entre aquellas gentes la dignidad humana.

Los célebre *lazzaroni*, que vemos antes de llegar á aquel hermoso suelo, á través de poéticas leyendas y romancescas aventuras, os producen un desencanto horrible, pues no son más que vagabundos vulgares, súcios y repugnantes.

Las hermosas napolitanas, con escasas excepciones, tienen poco de hermosas, aunque suplen lo que de belleza artística les falta, con la gracia inimitable que las distingue, sobre todo manejando el flexible y hermoso lenguaje napolitano.

Las calles, mientras más antiguas y más populosas, presentan un aspecto más repugnante, por la escasa policía y limpieza que en ellas se advierte. Lugar vimos en el célebre barrio de Santa Lucía, donde hasta los muchachos iban completamente desnudos, sin que cubriera sus carnes más que una asquerosa costra, producida por no haberlos lavado en muchos dias, y quizá en meses.

Es cierto que en la poblacion nueva, en toda la *riviera di Chiaja* y en *Villa reale*, el aspecto de Nápoles varía por completo, pues por aquella parte puede competir en pulcritud con las más cuidadosas y limpias ciudades de nuestras costas cantábricas; pero tambien lo es, que aquellos parages de la poblacion, en que vive la moderna aristocracia de



H. Maura

Calcutta de Porcelaine

VENDEDORA DE MACARRONES EN NÁPOLES.



la banca y del comercio, de la manera que han aprendido en otros países, principalmente en Inglaterra, no es la que forma la nota característica de la ciudad en este punto.

También se encuentra no menor desengaño, cuando el viajero, que trae todavía vivamente impresionada su imaginación, con los ricos palacios de la soberbia Génova, quiere buscarlos en la hermosa ciudad que da nombre al Golfo napolitano; pues si bien hay algunos de importancia, están muy lejos de competir, ni por su riqueza, ni por su gusto artístico, ni por las obras que encierran, con los de la ciudad de los mármoles.

Cierto es, que su célebre Museo, sin rival, en ciertos grupos de antigüedades, bastaría por sí solo para dar á un pueblo entero imperecedera nombradía; pero en las esferas puramente del arte, y sobre todo del arte pictórico, las colecciones de Nápoles dejan mucho que desear, en comparación con otras ciudades de Italia.

Y sin embargo el sentimiento estético domina allí hasta en las muchedumbres. En los trajes, en los adornos, en la apostura de las napolitanas, hasta en la manera de colocarse y de agruparse en sus conversaciones las gentes del pueblo, se revela el gusto tradicional de aquel país, artista por excelencia. Grupos se encuentran á cada paso en calles y plazas, que nada dejarían que desear al más exigente en materia de composición. Lazzaroni, pescadores ó vendedoras, que pudieran servir de modelo por sus artistas aposturas, en una academia.

Y si de esta manifestación primaria, y casi pudiéramos decir instintiva del sentimiento artístico, pasamos á otras ya determinadas en las diversas fases que el arte ofrece, hallaremos á cada instante, sobre todo en la música, bellísimas cantatas populares, de esas cuyo autor vive ignorado y muere desconocido, pero dejando trás sí rico tesoro de poesía que á veces forma la base de las mejores composiciones de los grandes maestros; y modestísimos escultores, que tallan por unas pocas liras, delante de vosotros en las capas de las *caquille*, admirables camafeos con una facilidad, una gracia y hasta una severidad en el dibujo, que no puede menos de producir en quien los contempla, una verdadera admiración.

Recordamos á este propósito haber visto á bordo de la fragata á uno

de aquellos escultores ambulantes, pobre y mal vestido, que sin más utensilio que un mal buril hacia sobre la superficie de conchas y otros mariscos, *fruti di mare*, bellisimos relieves á voluntad del que se los encargaba. Algunos le pidieron su retrato, y al poco tiempo de haber expresado su deseo, se encontraba cumplido; trabajando el desconocido artista la calcárea superficie del marisco, con una libertad y una maestría, que hubiera causado admiracion á muchos reputados escultores.

Y es que el genio artistico flota en los pueblos, sobre todos los acontecimientos que cambian ó alteran su faz politica y hasta social. El genio está en la region del espíritu, y vive de todo cuanto bello encuentra. Por eso, allí donde la naturaleza hermosa y sonriente parece haber hecho propósito deliberado de ostentarse con todo el esplendente lujo de su hermosura, no puede menos de sentirse el arte, y de sentirse en cuanto nos rodea; en el suelo que pisamos; en la montaña que nos dá sombra; en el árbol que cimbrea; en la flor que perfuma; en el ave que canta; en la brisa que suspira; en el mar que ondula; en el volcan que ruge; en el sol que alumbrá; en la nube que cruza; en el barco que avanza; en la luna que ríela; en la mujer que ama; en el hombre que contempla y admira.

Por eso en toda Italia, y especialmente en Nápoles vivieron siempre pintores y músicos que legaron nombre imperecedero á la posteridad, siendo el naturalismo, pero un naturalismo idealista, la nota que caracteriza su escuela. Por eso llega á tal perfeccion el arte griego bajo su hermoso cielo, dejándonos como dignos testimonios de su grandeza, las ruinas de Poestum y los restos de Herculano y de Pompeya. Por eso en la Edad Media, en la época normanda, bajo la influencia de los bizantinos y de los árabes, toman en Nápoles y en en su hermana Sicilia, edificios y esculturas, una bellisima originalidad; por eso la pintura cultivada en Nápoles en los siglos xiii y xiv bajo la influencia del Giotto, afecta en el siglo xv cierto carácter de realismo, pero de realismo espiritualista que hace recordar la escuela neerlandesa, bajo los pinceles de Colantonio del Fiore, de Antonio Solaro, (el Zingaro) y de Silvestro de Buoni. Por eso en el siglo xvi la influencia de Rafael encuentra digno adepto en Andrés Sabbatini, y en el xvii, la escuela napolitana opone su

naturalismo al género académico de los Caraccio, Guido y Domini-
quino, y produce á Belisario, á Caraccinolo, y á nuestro español Rivera,
que acrecienta y vigoriza en aquellas encantadoras playas el sentimien-
to de belleza que le inspiraran las meridionales de nuestra patria, y que
forma en su escuela, al célebre Aniello Falcone, que lleva la energía de su
maestro á el asunto pictórico en que puede tener más digno empleo,
á la representacion de batallas, y que enseña las transparentes tintas de
nuestra escuela sevillana al espiritual paisagista Salvator Rosa.

Por eso en aquel pais donde se aspira melodía y concierto en cuanto
nos rodea, vivió Alejandro Scarlatti, fundador de la ópera moderna, de-
jando por sucesores á Niccolo Porpora y á Leonardo Leo, institutor del
contrapunto, base de toda composicion musical, y cuya escuela formó
á Francisco Durante, á Leonardo de Vinci, á Juan Bautista Pergolése,
inmortal autor del célebre Stabat-Mater que lleva su nombre, á Niccolo
Piccini, á Sacchini, y tantos otros como elevaron la escuela de música
napolitana, á la merecida categoría de la primera del mundo, y cuya
legítima fama determinaron maestros como Dominico Amarosa y Juan
Paesiello, Tritta, Guglielmi, Fioravanti, y Zingarelli, en el pasado siglo,
y en el nuestro, los génius colosales, de Rossini, Bellini y Mercadante.

¿Qué importa que pueblo de tan grandes artistas pueda dejar por un
momento desencantado al viajero, cuando descende á vulgares detalles
de la vida, si tiene otra vida inmortal, que es la del arte? ¿Qué importa,
que influencias de otras naciones en sus costumbres y en su manera de
ser, pretendan quitarle su carácter propio, si aquel pueblo tan frívolo,
tan ligero, ávido de placeres y alegrías, se apoderará del elemento ex-
traño por antitético que parezca, y lo asimilará al armonioso conjunto
que forma su vida, bajo la influencia de la naturaleza sin igual que le
rodea? Con razon dijo á este propósito un viagero de nuestros dias:
«La revolucion y el decaimiento moral de estos últimos años, no han
hecho ninguna impresion en Nápoles. Las dulzuras de la vida diaria
han gastado hasta sus últimas huellas. No se encuentra alli ninguna
disonancia: aquella naturaleza es siempre armónica. No se vé ningun
rostro sombrío ni pensativo: aquel cielo sonriente respira una dicha
eterna. Millares de barcas surcan como siempre el puerto. Millares

de *carossas* vuelan á lo largo de la Chiaja; Santa Lucia hormiguea con el insaciable tropel de comedores de ostras y de macarrones. El muelle resuena sin cesar con los acentos del violin y del arpa; todos los teatros funcionan; ninguna bomba ha podido llevarse el polichinela de los teatros populares; la Villareale está llena de extranjeros que derraman su dinero á manos llenas. Aquel pueblo no vive mas que por el momento; no tiene nada de político, nada de trágico, nada de patético, y de aqui que en su historia no haya ni grandes sufrimientos ni grandes hechos políticos, habiendo sido sus soberanos, desde que Nápoles existe, siempre extranjeros. »

Y sin embargo la historia de aquel pueblo despierta gran interés para el amante del arte, por que habiendo encontrado digna morada en aquellas deliciosas regiones, allí vivió complacido, y ostentándose en toda la grandeza que le prestaron los creadores elementos del arte griego.

Los volsco, los samnitas, los oscos y los campanios, los apulios, los lucanios, los calabrios, los brutios, los siculos y otras pequeñas tribus de cercano parentesco, se estendian por todo el territorio del que mas tarde se llamó antiguo reino de Nápoles; pueblos que teniendo comunidad de orígenes, recibieron fácilmente la civilizadora colonizacion griega, que estableciéndose en aquel hermoso pais por las costas del Sud y del sudoeste, se extendió tanto, que bien pronto por esta causa fué llamada la Italia meridional, Gran Grecia, bajo cuyo nombre comprendieron las cuatro provincias de Brutium, Messapia, Lucania y la Apulia, floreciendo entre ellas los estados de Tarento, de Crotona, de Sibaris, y de Regium, y otros no menos importantes, que contaron entre sus legisladores al célebre Pitágoras.

Tanta prosperidad, tanta belleza, no podian pasar inadvertidas ante la ambicion, nunca saciada, de los hijos del Tiber. La guerra llevó su asoladora tea á aquellas apacibles regiones, y vencedores los romanos de Pirro, rey de Epiro, en el siglo tercero antes de Jesucristo, bien pronto fueron señores de tan codiciado territorio.

A la caída del Imperio de occidente los lombardos y los ostrogodos se apoderan de él, si bien fué muy corto su triunfo; pues ya en el año 554, Justiniano lo sometió al cetro del imperio de Bizancio, como toda

la Italia meridional y la Sicilia. Desde entonces los emperadores griegos continuaron dominando en todo aquel país, si bien teniendo que sostener casi constantes luchas con los árabes, cuyas invasiones por mar, haciéndose cada vez mas frecuentes, desde el siglo ix al xi, obligaron á los bizantinos á ceder aquellas disputadas comarcas á los normandos, que viniendo del norte de Francia, lograron establecer una dinastía, cuyo principio puede fijarse en Guillermo *brazo de hierro*, hijo de Tancredo de Hauteville, primer conde de la Pullia, condado que en los principios del siglo xii se convierte en el reino de Nápoles y de Sicilia, y cuya dinastía fué sin embargo breve, pues habiendo muerto Guillermo ii, el último de ellos, sin descendientes varones, sus estados tocaron por derecho de sucesion en 1194 á Enrique vi, Emperador de Alemania.

Así continuaron aquellos estados en la casa de Hohenstaufen, hasta que en 1265 el Papa Clemente iv, que veía con disgusto el reino de Nápoles bajo el dominio de los emperadores de Alemania, aprovechándose de la menor edad de Conradino, dió sus estados á Carlos de Anjou, hermano de San Luis; cesion con la que lejos de aquietarse el desposeído monarca, inspirándole decision y brios superiores á su corta edad de diez y seis años, le obligó á ponerse al frente de animoso ejército, para reivindicar su patrimonio. La ciega suerte de las armas que no siempre dá el triunfo á la justicia, se mostró contraria al jóven príncipe; y en la batalla de Tagliacozzo, perdió, no solo el trono sino la libertad, y lo que fué peor todavía, la existencia, que le fué cruel y barbaramente arrebatada por Carlos de Anjou, el cual lejos de mostrarse generoso con su jóven prisionero, y sin que fuesen parte á detenerle en su bárbara decision, la corta edad y nobles cualidades del desgraciado jóven, le hizo decapitar.

Figuró en aquella breve campaña el nombre de los españoles, con tanta fama como desgracia, pues el alma del gran partido que sostenía al jóven Conradino, fué un ilustre y régio aventurero español, que se habia distinguido antes en la corte musulmana del rey de Tunez, adquiriendo allí grandes riquezas y que pasó despues á Italia, donde obtuvo la dignidad senatorial de Roma. Este personaje era el infante D. Enrique de Castilla, hermano de D. Alfonso X, aquel inquieto príncipe, que mal

avenido con el sábio Rey, dió su auxilio al de Aragon, despues de haber conquistado á los moros las plazas de Lebrija, Arcos y otras poblaciones de Andalucía, y á quien seguian su hermano D. Fadrique y otros muchos descontentos del gran monarca, que no acertaban á comprender sus contemporáneos. El inquieto príncipe, que amigo un tiempo de Cárlos de Anjou, trocó despues su mal cimentado afecto, á causa de aspirar ambos al trono de Cerdeña vacante á la sazón, en abierta hostilidad, uniéndose decididamente á Conradino y excitando á los gibelinos; alianza tanto más natural, cuanto que Conradino y Enrique, pertenecian á la casa de Suabia, por la madre del de Castilla D.^a Beatriz, esposa de San Fernando.

Si desastrosa y desgraciada fué aquella guerra para los confederados, con el legítimo aunque vencido rey, ganaron en ella merecido renombre las armas y soldados de Castilla, por los verdaderos prodigios de valor que en ella hicieron, D. Enrique y los españoles que le seguian.

Orgulloso el francés de su victoria y arrebatado por un verdadero vértigo de crueldad, no solo mandó decapitar á Conradino en la plaza del mercado de Nápoles, con varios duques y condes que habian tambien caido prisioneros en poder del iracundo y cruel Cárlos, sino que hizo sufrir á los demás prisioneros padecimientos horribles, dando á unos tormento de hierro ó de fuego, ahorcando á otros, á unos ahogando, y á otros sacando los ojos ó mutilándoles, conducta execrable, que continuó mucho tiempo despues de la victoria, y cuya descripcion horroriza, lo mismo en los escritores italianos que en los franceses.

Pero Conradino al subir al cadalso habia arrojado un guante en medio del pueblo, como quien buscara un vengador, y aquel guante fué recogido por un caballero aragonés y llevado al Rey D. Jaime de Aragon, suegro de la hija de Manfredo, tío de Conradino, que habia sido muerto tambien anteriormente por los soldados de Cárlos de Anjou, en la famosa batalla de Benevento. Aquella princesa era ya la única que quedaba con derecho al trono de Nápoles y de Sicilia, muerto Conradino, por que Manfredino y su madre, la segunda esposa de Manfredo, fueron tambien llevados al patíbulo, el cual segun la exacta frase de un historiador contemporáneo, no se veía un solo momento vacante de víctimas ilustres.

Recogido el guante por el monarca aragonés, decidió vengar la injusta muerte de Conradino, aprovechando aquella ocasion que se le presentaba para dilatar los límites de su reino; empresa, que muerto D. Jaime acometió con tanta perseverancia como acertada política su hijo D. Pedro, poderosamente auxiliado por el caballero salernés Juan de Prócida, que alimentaba odio inextinguible contra Cárlos de Anjou por las persecuciones de que habia sido objeto y las afrentas que del mismo Rey habia recibido en las personas de su esposa y de su hija. No es este el lugar oportuno de indicar las luchas que para realizar sus propósitos tuvo que sostener el aragonés monarca, más que contra el mismo Cárlos, para librarse de la enemistad del pontífice Martin IV, francés de origen, y como tal, decidido protector de el de Anjou; pero triunfando de todo, y ayudado poderosamente por la horrible tiranía que los franceses hacian pesar sobre los sicilianos y los napolitanos, bien pronto la indigna y lasciva conducta de un soldado provenzal fué la chispa que prendió la cargada hoguera del popular enojo, y las *visperas sicilianas*, en Palermo, sangrienta pero disculpable revancha tomada por un pueblo que habia llegado al último extremo de la bárbara servidumbre, facilitaron al Rey de Aragon el camino de Sicilia, donde fué proclamado Rey, teniendo que huir el altivo y orgulloso francés con la numerosa escuadra y poderoso ejército que sitiaba á Mesina, al solo anuncio de la proximidad de la flota aragonesa y de los invencibles almogávares.

En vano el francés promueve insurrecciones, desde su retiro de la Calabria, y reconcentra sus escuadras en Nápoles y Sorrento: en vano pretende con astuta falsía atraer al de Aragon á duelo aleve, para apoderarse de él en Burdeos por un indigno golpe de mano; la actividad de D. Pedro y de sus buenos servidores conjura las primeras; el valor de sus marinos, dirigidos por el valeroso catalan Pedro de Queralt, triunfa, luchando contra cuadruplicado número de galeras, de la escuadra napolitana; y la sagacidad del monarca, deshace las inícuas tramas del concertado desafio, quedando en tan digno lugar, como relegado á eterna vergüenza ante sus contemporáneos y ante la historia, el iracundo y destronado Rey de Sicilia.

En vano apresta de nuevo escuadras, ayudado por su hijo el Prínci-

pe de Salerno, en Marsella el uno, en Nicotera el otro, á intento de recobrar la Sicilia; en las aguas de Malta, quedaron de nuevo derrotadas por los aragoneses y catalanes á las órdenes del célebre almirante Roger de Lauria; y cuando un año despues de esta victoria vuelve el mismo príncipe de Salerno, llamado Cárlos *el Cojo*, á aprestar otra escuadra en Nápoles, de nuevo quedó vergonzosamente vencido por aquel intrépido almirante, y prisionero con los principales personajes franceses é italianos que iban á bordo de la capitana, echada á pique, hábil y atrevidamente por un marino siciliano.

Sabida en Nápoles esta nueva derrota, el pueblo que llevaba impaciente el yugo francés, alborotóse pidiendo la muerte de Cárlos y aclamando al vencedor, entregándose á escenas parecidas á las de las célebres vísperas; pero no habiendo sido secundado por la nobleza, quedó sofocado el movimiento popular, con lo que el viejo Cárlos, arribando furioso á Nápoles, quiso reducirla á cenizas, y hubiera realizado su propósito á no haber intervenido el legado del Papa y los nobles que se habian opuesto á los excesos populares, lo cual no evitó, que aun concedido edicto de perdon, ahorcase despiadadamente á más de ciento cincuenta napolitanos.

El incansable almirante del Rey español dueño de aquellos mares; las poblaciones de ambas Calabrias levantadas tambien, sacudiendo el yugo francés y enarbolando la bandera aragonesa, pusieron tal desesperacion en el ánimo del iracundo Cárlos, que combatiendo su enérgica naturaleza le condujeron al sepulcro (1285), y habiéndole seguido poco tiempo despues, en el mismo año, su decidido patrono el Papa Martin IV, quedaron separados el reino de Sicilia, que desde entonces formó parte del de Aragon, y el de Nápoles.

Mal sometido este á la casa de Anjou, despues del inquieto reinado del antiguo príncipe de Salerno, generosamente perdonado por la esposa del rey de Aragon, fué gobernado por el hermano del anterior, Roberto, no sin motivo llamado el bueno, y por la nieta de este Juana primera, proclamada reina cuando apenas tendria 16 años, y que casada en primeras nupcias con Andrés, hijo primogénito del rey de Hungria, mató á su marido, casándose dos años despues con Luis, príncipe de Tarento, hijo

de Felipe, hermano del rey Roberto. El que lo era del desgraciado Andrés, Luis de Hungría, deseoso de vengar á su hermano, y aprovechando á la vez la ocasion que se le presentaba de poder alcanzar la corona de Nápoles, pasó á Italia, al frente de poderoso ejército, entrando en aquella ciudad (1348), y siendo aclamado soberano. La peste, sin embargo, que diezmaba su ejército, le obligó á volverse apresuradamente cuatro meses despues de su llegada á Italia; y Juana, que habia conseguido disculparse ante el Papa en Aviñon, del asesinato de su primer esposo, volvióse á Nápoles, donde el inconstante pueblo la aclamó al ser coronada de nuevo con su esposo. A los diez años quedó otra vez viuda (1362), por la muerte de Luis de Tarento, de quien tampoco tuvo posteridad; y en Diciembre del mismo año, casaba por poderes con Jaime de Aragon, hijo segundo de D. Jaime II, que murió doce años despues, dejando todavía á su consorte con aspiraciones á un tercer matrimonio, el cual realizó en 1376, con Othon de Brunswick. Sus escesos y liviandades fueron causa de que el Papa Urbano VI la declarase en 1380 depuesta de la corona de Nápoles, llamando de Hungría para ceñirla á un sobrino de la criminal é impúdica reina, Cárlos de Duras ó Durazzo, á quien Juana I habia anteriormente nombrado su heredero; por donde este vino á ser á la vez sucesor de Luis de Hungria y de Juana de Nápoles. Irritada la veleidosa reina se arrojó en brazos de la Francia, nombrando por su sucesor al Duque de Anjou; pero Cárlos Durazzo entró en Nápoles y apoderándose de Othon y de la reina, hizo ahogar á esta en su mismo lecho; y aunque teniendo que sostener frecuentes luchas con el Duque de Anjou, continuó ejerciendo el poder soberano, hasta que la muerte de este le dejó en pacífica posesion de sus estados.

Ladislao, de apenas once años de edad, sucede á su padre, Cárlos Durazzo, asesinado á la de 42, por orden de Isabel de Hungría, y ciñendo la corona, bajo la tutela de su madre Margarita, despues solo, murió á los 39 años, sin haber logrado sucesion, de sus tres esposas, Constanza, hija de Manfredo de Claramonte, María, que lo fué de Jaime I rey de Chipre, y María Enghien, Princesa de Tarento, dejando sus estados á su hermana Juana II, entonces de edad de 43 años, y viuda de Guillermo Duque de Austria, reina que hizo olvidar con sus liviandades, las de Jua-

na I; pues apenas se sentó en el Trono entregóse á los caprichos de Pandolfo Alope, mancebo de baja esfera, y cuya insolencia con los grandes del Reino llegó á tal punto, que les obligó á rogar á la reina se casese; súplica á que esta accedió, tomando por marido á Jaime de Borbon, Conde de la Marca, el cual inauguró sus derechos maritales mandando decapitar á Pandolfo Alope, y encerrar en su palacio con guardias de vista á su veleidosa compañera. Fácil insurreccion promovida por esta, estalla dos años mas tarde, y Jaime de Borbon vióse á su vez encarcelado por orden de su esposa, hasta que en 15 de Febrero de 1419, á instancias del Papa Martin V, obtuvo su libertad, despues de lo cual se alejó de Nápoles, retirándose á un monasterio de franciscanos de Besanzon, donde murió, en 1438.

Los herederos del Duque de Anjou, á quien, como ya vimos, habia declarado su sucesor Juana I, conservaban pretensiones á la corona de Nápoles, é hicieron diferentes tentativas para alcanzarla; pero Juana II, deseando oponerles un rival poderoso, adoptó al Rey de Aragon Alfonso V, á quien concedió el Ducado de Calabria; eleccion acertadísima, pues recayó en un príncipe, que esforzado, enérgico, y de una actividad incansable en las guerras; prudente, magnánimo y justo gobernando, con clemencia más que con severidad, en la paz, y siempre espléndido y benéfico, se hizo digno del merecido elogio que un cronista aragonés le tributó, diciendo que fué el más esclarecido príncipe y más excelente que hubo en Italia desde los tiempos de Cárlo-Magno. A pesar de tan acertada eleccion, la veleidosa reina de Nápoles anula esta adopcion, y nombra heredero suyo á Luis III de Anjou; pero poco tiempo despues vuelve á reconciliarse con Alfonso V, le nombra de nuevo sucesor, y muere á los 64 años de su edad, no sin dar la última prueba de la ligereza de su carácter, dejando por otro testamento sus estados á Renato de Anjou, hermano de Luis III.

Renato, llamado el Bueno, prisionero á la sazón del Duque de Borgoña, envió á Italia como lugartenientes suyos, á su mujer Isabel y á su hijo Luis; y apenas recobra su libertad en 1438, se dirige con una pequeña escuadra á Nápoles, donde hizo su entrada en la hermosa primavera de aquel mismo año. Durante cuatro, lucha con vário éxito contra Alfon-

so V; pero las victoriosas armas de éste le vencen; con lo que Renato marchóse á Florencia, donde el Papa Eugenio para consolarle le dió una solemne investidura de la corona que acababa de perder, sin embargo de lo cual no consiguió recuperarla.

A la muerte de Alfonso V, algunos magnates napolitanos ofrecen el trono de su reino á Juan de Lorena, primogénito de Renato, el cual triunfó al principio, del hijo del aragonés monarca, Fernando I, en la batalla de Sarno (1460); pero vencido en Troya, en la Pulla, y abandonado de los mismos grandes que le invitaron á ceñirse la corona, tuvo que volverse á Provenza, perdiendo para siempre la casa de Anjou, el reino de Nápoles.

Las coronas de Nápoles y Sicilia, que se habian visto reunidas de nuevo, por la poderosa voluntad de Alfonso V, separáronse otra vez á la muerte de este, pues dejó la de Nápoles á su hijo legitimado Fernando I, el cual la transmitió á su hijo Alfonso II, príncipe mas animoso que su padre, pero menos político que él, y no menos odiado por su crueldad. Aprovechándose de estas circunstancias, Cárlos VIII de Francia, no olvidadas nunca las pretensiones sobre aquel reino de la familia á que pertenecía, es citado por el Regente de Milan Luis Sforza, y alentado con ilusiones de gloria militar por aduladores cortesanos, que le hacian creer estaba llamado á realizar grandes empresas, decide la conquista del Reino de Nápoles; y auxiliado por algunos estados italianos, contradicho por otros, favorecido por el Papa, no enteramente rechazado por Venecia, dirigióse contra los estados napolitanos, con tanta presuncion de vencer, como probabilidades de haberlo conseguido, á no ocupar el trono de España Fernando de Aragon, que no podia mirar con indiferencia y sin inquietud, que se quisiera despojar á una rama de su familia, de un trono que poseia por legítimos títulos, confirmados por siete pontífices, ni consentir tan cerca de sus estados de Sicilia á tan inquieto y ambicioso vecino. Así fué, que procediendo con la astucia y diplomacia que le era tan característica, aparentando en un principio seguir buena armonía y concordia con el francés, preparaba cautelosamente los planes, que habian de darle por resultado destruir los ambiciosos proyectos de Cárlos. Antes de lo que acaso deseara, tuvo sin embargo que declarársele

francamente contrario, pues aquel, sin sospechar los designios de Fernando llegó hasta á pedirle auxilios para la guerra que decía iba á emprender contra los turcos, pretexto con que procuraba ocultar sus verdaderos propósitos para con el Papa, del que era feudo el Reino de Nápoles; añadiendo en su embajada al aragonés, como si se tratase asunto de poca monta, que de paso queria tomar aquel reino; imprudente embajada que dió plausible pretexto al de Aragon para negarle su apoyo, por no poder prestar auxilio á empresa alguna que fuese directa ó indirectamente contra los intereses del Pontífice.

No es esta ocasion oportuna para seguir paso á paso los varios sucesos de aquella campaña, que si en un principio fué favorable á Cárlos, pues vió rápidamente sujetos á sus armas casi todos los estados del Rey de Nápoles, aprovechando el descontento en que tenia al pueblo su mala administracion y gobierno, acabó por serle en un todo adversa, dando ocasion á que adquiriese el renombre de Gran Capitan, el ilustre guerrero español Gonzalo Fernandez de Córdoba, que, enviado para tan importante empresa por el aragonés monarca, reconquistó al napolitano todos los estados que le habia usurpado el francés, obligándole á volverse á su reino confuso, avergonzado y con escasos y miserables restos del poderoso ejército, con que habia pretendido dominar toda la Italia y hasta los más lejanos países del Oriente.

Los desmanes del altivo invasor y de su gente habian facilitado la reconquista de aquel pueblo, veleidoso y amigo de novedades; pero sin el esfuerzo, estrategia, táctica y verdadero arte militar, que en tan alto grado poseia Gonzalo Fernandez de Córdoba, más tiempo hubiérase necesitado y más ejércitos; pues causa verdadera maravilla el escaso número de españoles con que el Gran Capitan realizó tan colosal empresa, por que si bien tenia á sus órdenes guerreros de otros estados, unidos con Fernando por la *Santa liga*, los que formaban el nervio de sus gentes, y los que decidian siempre la victoria, eran los españoles, veteranos todos de la épica guerra de Granada, donde habian aprendido esa táctica especial que caracteriza las guerras en nuestra patria, por las condiciones especiales de su montuoso y accidentado territorio, tan análogo al del antiguo reino de Nápoles.

Pero si Cárlos VIII despues de su vergonzosa retirada á Francia, sumido en los placeres y en los excesos, no vuelve siquiera á acordarse de sus altivas pretensiones sobre aquel codiciado territorio, no sucede lo mismo á su sucesor Luis XII, que apenas subió al trono empezó á manifestar, á pesar de su mayor edad y experiencia, los mismos ambiciosos proyectos que tan caros habian costado á su temerario y presuntuoso antecesor. Como á éste, alentábanle en sus designios muchos caballeros franceses, y le apoyaban además, el Pontífice, la República de Venecia y otros príncipes italianos; y D. Fadrique de Nápoles vióse pronto amenazado por el francés, sin tener un solo príncipe de Italia á quien volver los ojos, ni poder confiar en sus súbditos, acostumbrados á mudar de reyes, ni esperar como en otra ocasion en su deudo y natural aliado, el Rey católico de España, que no encontraba fuera de sazón el aprovechar la favorable circunstancia que se le ofrecia, para que Nápoles, gobernada por una rama, al fin bastarda de la casa de Aragon, recayese en la legítima, que él representaba. Dió pretexto al menos para estos planes, más ambiciosos que dignos, el que el débil monarca napolitano, viéndose en tan grave apuro, y sin poder encontrar apoyo en los príncipes cristianos, habia recurrido en último extremo á pedir auxilio al sultan de Constantinopla, Bayaceto, terror de la Cristiandad, y cuya tropas tenian ya invadidas algunas comarcas y posesiones de la República de Venecia, pues no podia un monarca católico prestar su apoyo á quien de tal manera amenguaba su dignidad, reclamándolo de infieles.

No fué sin embargo la conducta de Fernando, cual hubiera cumplido al que secundado por capitanes tan valerosos y tan expertos como Gonzalo de Córdoba, estaba acostumbrado á conquistar en breve plazo aquel mismo reino; y queriendo tal vez ahorrar á sus súbditos los sacrificios y los males de una nueva campaña con monarca tan poderoso como el francés, ocurriósele el medio de proponer á éste, que pues ambos se creian con derecho al trono de Nápoles, se partiese aquel reino entre los dos, por partes iguales, buenamente y sin contienda armada.

Apesar de estos tratos y para estar prevenido á todo evento y tener resguardado su reino de Sicilia, aparejó una gruesa armada cuyo mando dió al Gran Capitan, llevando el objeto ostensible, de auxiliar á la Repú-

blica de Venecia contra los turcos. La gloriosa conquista de Cefalonia, hacia poco tiempo arrancada por aquellos á la altiva señora del Adriático, llevó de nuevo por todo el Oriente la fama de Gonzalo, y dando gran renombre al rey aragonés, como protector de la Cristiandad, facilitó las negociaciones entre los soberanos de España y Francia para el repartimiento y conquista del reino de Nápoles, que al fin dieron un resultado el más funesto para el desgraciado D. Fadrique.

Los dos monarcas se habian ofrecido y jurado perpétua confederacion y amistad, dando de mano á todas las demandas y pretensiones que entre sí traian, de tal suerte que no se pudiese mover ninguna en adelante. A pretexto de que el rey D. Fadrique habia puesto en peligro á toda la Cristiandad llamando á los turcos, le declararon depuesto del trono; y á fin de evitar las calamidades de una guerra, y dado que solo ellos dos tenian derechos á aquel reino, acordaron repartirle entre sí en iguales porciones, quedando la Tierra de Labor y el Abruzzo, para el rey de Francia, con el título de rey de Nápoles y de Jerusalem, y para el de España la Calabria y la Pulla, donde conservaba algunas fortalezas, con el título de duque.

Este tratado, en verdad poco honroso para ninguno de los dos soberanos, y menos todavía por el de España que tanta gloria habia adquirido pocos años antes, amparando al monarca legítimo de Nápoles, permaneció secreto, de tal modo, que cuando los estados de Europa y principalmente de Italia, vieron poner en movimiento al monarca francés un ejército de diez mil infantes y mil lanzas en direccion de Nápoles, y surcar el golfo de Génova poderosa escuadra con igual rumbo, todas las miradas se fijaron en D. Fernando, creyendo que, como la vez primera, las victoriosas huestes de Gonzalo de Córdoba escarmentarian al extranjero.

Poco tardaron en conocer su error, pues vieron que los españoles léjos de dar auxilio á los napolitanos, dejaron atravesar la frontera á los franceses; y en vez de auxiliar á la heróica y desgraciada Capua, bárbaramente saqueada por éstos, entraban tambien en son de guerra por la Calabria y la Pulla, revelando sus propósitos de conquista, y haciendo público el indigno convenio.

No poco repugnaba al hidalgo Capitan español tener que mover sus armas contra aquel mismo D. Fadrique, á quien pocos años antes habia

colocado en su trono, y á quien debió le diese agradecido, grandes estados y mercedes, juntamente con el título de Duque de Santangelo, como merecida recompensa á sus relevantes servicios; pero en el grave conflicto en que se encontraba, entre su gratitud como caballero y la debida obediencia que á Fernando le ligaba como súbdito, adoptó el único partido que podia seguir, renunciando como caballero, los estados y el título que Fadrique le habia concedido, y aprestándose á cumplir como soldado las órdenes de su Soberano. Tan digno como desgraciado el monarca de Nápoles, apreciando aquel delicado proceder, no aceptó la renuncia, confirmándole por el contrario en sus derechos; y Gonzalo aunque pesoso, comenzó la campaña, sometiendo en menos de un mes las dos Calabrias, y tomando despues de penoso asedio la plaza de Tarento, en que demostró una vez más sus grandes condiciones de energia, actividad y esfuerzo inquebrantable.

La liga con el francés no podia sin embargo ser muy duradera. El reino de Nápoles asi partido entre dos naciones poderosas, mas que garantía de paz habia de ser motivo constante para la guerra.

Mal deslindados los límites de unos y otros dominios; en contacto, y enardecidos por antiguos recuerdos, soldados que alimentaban añejos rencores; creyéndose perjudicado en la partija el monarca francés; y no bastante satisfecha la ambicion de Fernando con la parte que se habia reservado, bien pronto hubo de romperse aquel convenio, que como basado en la injusticia y sostenido solo por la fuerza, habia de dar sus naturales consecuencias de disputas y de querellas, de embajadas y de guerras.

Las antiguas campañas de las altivas casas de Aragon y de Anjou, volvieron á reproducirse en el hermoso suelo napolitano.

Cierto es que las improcedentes pretensiones de los franceses, dieron pretesto á la contienda, aspirando su rey á que se le cediese la Capitanata, so pretesto de que sus provincias valian menos que las del Rey Católico; pero tambien lo es, que Fernando no miraba de mal grado las aspiraciones del frances, pues fiando, y con razon, en el esfuerzo y pericia del gran Gonzalo, veia en ellas el plausible pretesto para arrojar de aquel territorio á los vasallos de Luis XII, y unir á su rica corona el

hermoso floron napolitano, sin enfadosas é imposibles compañías. Prudente sin embargo apareció el Rey católico y generoso, proponiendo á su contrincante, que remitiesen su disputa al fallo arbitral del Papa y del Colegio de Cardenales, ó que trocasen entre si la particion que tenian hecha; pero ni á lo uno ni á lo otro se avino el jactancioso Luis, con lo que declaróse el rompimiento, dando lugar á nuevas y mas brillantes páginas de gloria para los soldados españoles en aquel territorio, y para el Gran capitan, cuyo jigante recuerdo hace palpar el corazon de noble orgullo patrio, al pisar el hermoso suelo de Nápoles. Apesar de la inferioridad en el número de nuestros compatriotas, sin embargo de haber estado estos casi siempre, ni bien pagados ni vestidos, realizando épicas hazañas, asi ante los muros de Barleta, como en las aguas de Otranto, ante las murallas de Reivo, ó en el célebre campo de Ceriñola, cerca de Canas, donde diez y siete siglos antes habia ganado Anibal la celebré batalla que abatió el orgullo romano, ó bien ante los castillos que dominaban y defendian á la codiciada Partenope, llegaron siempre victoriosos á la ciudad, que les abrió sus puertas en medio de las mayores demostraciones de regocijo, recibiendo á Gonzalo con el mismo aparato que si fuera el Monarca en persona, llevado bajo palio por los representantes de la Ciudad; caminando por encima de una alfombra de flores; y aclamado sin cesar por la multitud, que cubriendo las calles y los edificios todos, engalanados con ricas y artísticas colgaduras, aclamaban con entusiasmo verdaderamente meridional, al invencible guerrero que habia sabido él solo humillar el poder de la Francia, siendo suya toda la gloria; pues en verdad su Rey, por causas que no nos incumbe averiguar, dejóle en medio de los mas terribles trances sin los precisos medios para combatir, ni mucho menos conseguir el triunfo en aquella gloriosa campaña, triunfo alcanzado sin embargo, y tanto mas glorioso, cuanto que tenia que luchar Gonzalo con enemigos tan poderosos como el Duque de Nemours, el veterano Aubigni, el señor de la Paliza, el terrible Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, y con otros no menos renombrados campeones. Bien es cierto que al lado de Gonzalo combatian, el esforzado Diego de Vera, el forzado García de Paredes, el almirante Lezcano, el inteligente ingeniero Pedro Navarro, y el incansable

Fernando de Andrade; pero tambien lo es que sin la indomable energía de Gonzalo de Córdoba, sin el sufrido carácter del guerrero español, sin las grandes condiciones que en aquel glorioso período de nuestra historia, demostraron desde el general hasta el soldado, no se hubiera conseguido tan señalado triunfo, y no hubieran resonado con jubilosos gritos las calles de Nápoles, aclamando al ilustre vencedor y al afortunado monarca aragonés.

En vano mas tarde pretende Luis XII recuperar lo perdido, cuando terminada la tregua de tres años apresta nuevo y poderoso ejército; la arrogancia del Mariscal Tremuile se estrella ante la constancia y la irrevocable resolución de los españoles, y en la célebre batalla del Garigliano, alcanza nuevo y decisivo triunfo el Gran Capitan, que se presenta despues de la victoria á que sigue la entrega de Gaeta, tan grande y generoso con los vencidos, como valiente y enérgico les habia demostrado pocas horas antes su irresistible supremacía. La entrada que despues de tan señalado triunfo hizo en Nápoles, oscureció el recibimiento que anteriormente se le habia hecho, despues de la victoria de Ceriñola; y fué tanto el amor y la admiración de que era objeto entre los napolitanos, que habiéndole sobrevenido grave enfermedad, efecto sin duda de las fatigas y padecimientos anteriores, hasta el punto de temerse por su existencia, el pueblo entero de Nápoles se abandonó á un verdadero duelo, haciendo por la salud del héroe, rogativas y votos en todas las iglesias y monasterios, duelo que trocó en loco regocijo cuando supo que habia recuperado la salud.

No descansó en verdad sobre sus laureles, ni fué ingrato para aquel pueblo que de tal modo le manifestaba su entusiasta afecto, y para los señores italianos y españoles que le habian ayudado en su empresa, pues, apenas pasado el peligro de su enfermedad, los médicos le permitieron entregarse al trabajo, dedicóse á organizar el dislocado gobierno de aquel país; hizo nuevas y estrechó alianzas antiguas; guarneció con sus tropas las fortalezas; aseguró con acertadas medidas en la administración pública y en la de justicia las libertades del pueblo; y remuneró espléndidamente á los principales caudillos que se habian distinguido en la campaña; magnificencia y generosidad, que lejos de hallar buena

acogida en el estrecho espíritu del Monarca aragonés, aumentaron los injustos recelos, por no darle nombre de otra pasión mas baja, en aquel Rey, que no podía medir con el pobre criterio de su pobre y suspicaz economía, la noble grandeza y espléndido espíritu del héroe andalúz.

Al recordar tan grandes sucesos que pusieron término de una manera decisiva á las aspiraciones de la Francia, y vincularon en la Corona de España el hermoso reino de Nápoles, no es posible, como dice con mucha justicia y con loable imparcialidad un historiador extranjero, «considerar la magnitud de los resultados conseguidos con tan pequeños medios y contra tal muchedumbre de enemigos, sin llenarse de profunda admiración por el genio del hombre que los habia realizado». Lícito nos sea al evocar tan grandes recuerdos en el teatro de sus mayores triunfos, repetir como síntesis de las alabanzas á aquel esforzado caudillo, cuyo nombre vá tan enlazado al de Nápoles, que no puede pronunciarse el uno, sin que acuda el otro á la memoria con su brillante cortejo de grandes hazañas, las acertadas frases en que sintetiza toda la gloriosa vida de aquel verdadero coloso del siglo xvi, el último historiador general de nuestra patria.

«Cosa es que asombra en verdad, y que nos parecería inverosímil, si los hechos y los testimonios no lo hicieran tan evidente, ver á un hombre con tan escaso ejército, muchas veces sin pagas, muchas sin viveres y no pocas sin vestuario, en apartadas y estrañas tierras, incomunicado á veces con su patria y entregado á los solos recursos de su genio, triunfar de los mejores generales y de los mejores ejércitos franceses, humillar á dos monarcas de Francia, y ganar un reino entero para los reyes de España sus soberanos. Los que intentan atenuar el mérito de los triunfos de Gonzalo en la primera campaña con las imprudencias y desaciertos de Carlos viii de Francia, olvidan que sin estos desaciertos é imprudencias triunfó de todo el poder de Luis xii en la segunda; y si imprudencias hubo de parte de los monarcas ó de los generales franceses, habíanselas con un general español que no las cometía nunca y sabia aprovechar las de otros. Los que intentan atribuir los desastres de la Francia en la segunda campaña á la prematura muerte

del mariscal de la Tremouille y á haber encomendado el mando del ejército á generales italianos, olvidan que en la primera venció el capitán español al rey Cárlos, á los duques de Montpensier y de Nemours, y al veterano Aubigni, franceses todos; y quien anonadó en la segunda al marqués de Mantua y al de Saluzzo, quien abatió á la flor de los caballeros franceses, Alegre, Bayard, la Fayette y Sanchicourt, hubiera humillado lo mismo á Tremouille.

Era el génio superior de Gonzalo el que obraba aquellos prodigios. Porque Gonzalo no era solo el capitán enérgico, brioso y esforzado, el soldado de lanza y el guerrero de empuje, era tambien el general de cálculo, el caudillo estratégico, el gefe organizador. El Gran Capitán era al propio tiempo el negociador político. El intrépido batallador era tambien el astuto diplomático. El castigador severo de la indisciplina era el hombre afable y contemporizador que sabia atraerse el cariño del soldado. El caballero que se distinguía por el magnifico porte y el brillante aseo de su persona, el remunerador espléndido y generoso, era tambien el modelo de sobriedad, y el tipo y ejemplo de la paciencia y del sufrimiento en las escaseces, en las privaciones, en los trabajos y en las penalidades.

Así no sabemos en que situacion admirar más á Gonzalo, si venciendo en Atella y en Ceriñola, si combatiendo á Tarento y á Ruvo, si rescatando á Ostia y á Cefalonia, si batallando y triunfando en el Garigliano, si sufriendo con inagotable y calculada paciencia en la plaza de Barletta y en los pantanos de Pontecorbo. No habia génio que pudiera medirse con el de un general que ganó todas las batallas que dió en su vida, y que en su larga carrera militar solo perdió una, la única que se dió contra su voluntad y contra su dictámen, anunciando anticipadamente el resultado que no podria ménos de tener. Así Gonzalo, vencido con las armas materiales en Seminara, ganó más gloria y más fama que si hubiera sido vencedor, porque triunfan la capacidad, la prevision, la inteligencia y el talento del que nunca más habia de ser ya vencido».

Dejemos á la historia general los hechos que subsiguen á los grandes acontecimientos en que tan unida va la memoria de Gonzalo de Córdoba á la de la ciudad ante la cual hemos detenido nuestros pasos; no

turbemos con el recuerdo de las ingratitudes del rey, las gloriosas memorias que acabamos de evocar.

Olvidemos las injustas sospechas que el monarca concibe de aquel grande hombre, por instigaciones de los enemigos de Gonzalo: recordemos la fidelidad sin tacha del Gran Capitan probada en la turquesa donde más se aquilatan las almas grandes, en la piedra de toque de la ingratitud. Olvidemos, por respeto á la memoria del que fué en vida esposo de la más grande reina que han conocido los siglos, que se atrevió á concebir el inícuo designio de poner en prisiones al Gran Gonzalo; recordemos sí, como acontecimiento importante, la llegada del monarca á Nápoles con objeto de traerse en persona al vencedor del Garellano; la reaccion que se operó en el ánimo del aragonés, ante la noble conducta del expansivo y espléndido caballero andaluz; traigamos á la memoria con sentimiento, por el rey que las pidió, con amarga sonrisa por el conquistador de reinos á quien se pedian, las *célebres cuentas del Gran Capitan*, presentadas en Nápoles al monarca; y dejemos á aquel noble caballero devorando su amargura en silencio, de vuelta á España, para seguir los demás acontecimientos que la historia nos presenta en Nápoles, aunque apuntados á grandes rasgos, y como únicamente puede evocarlas el viajero en la rapidez de su marcha.

Vemos en ella pasar aquel tan disputado territorio, por el casamiento de Juana, llamada la Loca, con Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano, á la Casa de Austria, reino que reúne con el nombre de las dos Sicilias, Carlos V, y que España conservó durante dos siglos, gobernado por vireyes.

En tiempo de los dos últimos, que en nombre del Emperador gobernaron aquel país, Orange y Toledo, graves acontecimientos volvieron á turbarlo, llevando de nuevo los horrores de la guerra á aquellas hermosas comarcas. El rey de Francia que no abandonaba sus pretendidos derechos, unido á los ingleses y á los venecianos, envió contra ellas un ejército numeroso, bajo las órdenes de Lautrec; ejército que no hallando apercebidas para el inesperado ataque á Capua, Aversa, Nola y Acerra, entró en ellas, casi sin resistencia, llegando en breve hasta los muros de la capital, á la que puso riguroso asedio. Entre los

medios estratégicos que empleó el general francés para conseguir sus designios, fué uno el de cortar el acueducto de la *Bolla*, que surtia de agua á la ciudad; pero tal ardíd le fué contrario y funesto, pues lo mismo que habia sido fatal á Enrique de Suavia cuatro siglos antes, lo fué entonces para el ejército francés, que acampado al pie de la Colina de Poggio Reale, se vió en breve inundado, esparciéndose las aguas y estancándose por la llanura; con lo que, á los pocos dias, los miasmas palúdicos, infestaron la atmósfera, y la peste se desarrolló bien pronto, siendo una de sus primeras víctimas el mismo Lautrec, convirtiéndose en un verdadero desastre la victoria que esperaba conseguir.

Otro acontecimiento de no menor bulto y de mayor trascendencia, registra la historia de la dominacion española en aquellos paises. Pedro de Toledo, el virey que parecia llamado á emular con su acertado gobierno el del Gran Gonzalo de Córdoba, siguiendo la corriente de su época, y obedeciendo órdenes superiores, pidió y obtuvo de Roma, poco antes de mediar el siglo XVI (1547) la bula para establecer en Nápoles el Tribunal de la Inquisicion, produciendo con ello descontento tan general en el pueblo, que traduciéndose en violenta conmocion llevó á la muchedumbre, guiada por el Sorrentino *Tomasso Aniello* al palacio arzobispal, de cuyas puertas arrancaron y destrozaron el edicto con que se habia hecho pública la concesion del Pontífice. Apoderadas del atrevido gefe de la insurreccion las tropas del virey, el pueblo en masa corrió á Castelcapuano exigiendo la libertad de Masaniello. El regente de la vicaría, Gerónimo Fonseca, pidió le dejaran ir á consultarlo con el virey, que residia á la sazón en Castelnuovo, pero como la entrevista se prolongase, el tumulto hacíase cada vez mayor, estimulado por la impaciencia, y la campana de San Lorenzo tocando á rebato, acabó de escitar á la multitud, que dividida en tres grupos, dirigidos cada uno de ellos por personajes de distinguido nacimiento, Cesaro Mormile, Giovanni de Sessa y Ferrante Caraffa, se dirigieron por diversos puntos de la ciudad á fin de encontrar al Virey de modo que no pudiera escapar. Hallarónle al fin en Santa Clara, tratando de desembarazarse de la multitud, aunque, sin darle ninguna respuesta concluyente y satisfactoria; sin embargo al llegar á San Lorenzo, donde el tumulto tocaba á

su último extremo, viendo su vida en peligro, no tuvo más medio de salvarla, que encargar á Caraffa fuera á Castelcapuano para poner á Massaniello en libertad. Poco despues se le vió aparecer entre la multitud trayendo al popular gefe á la grupa de su caballo, con lo que calmóse el alboroto, que terminó, escepcionalmente, sin efusion de sangre.

Pero el nombre de Masaniello, en que por una contraccion popular, muy propia de la lengua napolitana, habiese confundido y trocado el de Tomas Aniello, parecia destinado á triste celebridad en los anales de aquel país durante la dominacion española. Un siglo habia trascurrido desde el tumulto que capitaneó aquel celebre sorrentino, cuando en 1647, á consecuencia de las escesivas contribuciones que impuso el entonces Virey, Duque de Arcos, y principalmente por la que asignó á los alimentos de primera necesidad sobre todo á las frutas, levantóse el pueblo indignado, corriendo al palacio del Virey á exigir la supresion del impuesto. El Duque consintió en ello; pero el pueblo entónces no contento con tan fácil conquista, y yendo como acontece siempre, más allá de su primer propósito, exigió que se quitaran todas las tarifas que desde tiempo de Cárlos V se habian ido estableciendo. La exigencia era ya demasiada, para que pudiera ser concedida, y como se negase el Virey, el furor popular llegó á su colmo, siendo vanos cuantos esfuerzos hizo para calmarle el Cardenal Filormarino, á pesar de ser tan querido del pueblo; y los soldados españoles, viéndose impotentes para contener tan general levantamiento, tuvieron que encerrarse en Castelnuovo. Era gefe de aquel verdadero levantamiento un simple pescador, llamado tambien Tomás Aniello, ó Masaniello, el cual, dotado de carácter entusiasta y enérgico, bien pronto se hizo el ídolo de aquella multitud ligera é impresionable, que le aclamó gefe de su independencia y protector de sus libertades. Dificil era detener ya el popular torrente, y el Duque de Arcos, contando solo para resistir el improvisado ejército popular, que en pocas horas reunió hasta ciento veinte y mil hombres todos armados, con dos mil infantes, porque la caballeria acantonada fuera no podía penetrar en Napoles habiendo cortado el pueblo todos los pasos, tuvo que entrar en tratos con los descontentos y concederles cuanto quisieron, quedando derogados los nuevos impuestos y gabelas introducidas desde el

tiempo de D. Fadrique, y restablecidos en su fuerza y vigor los privilegios y franquicias otorgadas por el emperador Cárlos V.

Con esto el entusiasmo del pueblo llegó á su colmo, victoreando á su Rey, á quien no habian dejado de aclamar en medio de los mayores arrebatos del general enojo, demostrando tanto respeto al monarca como justa indignacion les causaba la desatentada conducta de los que en su nombre gobernaban; y el de Arcos, como sucede siempre á los hombres de espíritu débil, no contento con doblegarse á la dura ley de la necesidad, llegó hasta el punto, perdido ya todo respeto á sí mismo, de abrazar públicamente en los balcones del palacio á Masaniello, limpiándole con su pañuelo el sudor del rostro, mientras su esposa é hija no se mostraban más dignas adulando bajamente á la mujer, la suegra y la cuñada del improvisado dictador (1).

Parecía que con esto, y con la arenga que desde aquel mismo balcón dirigió Masaniello al pueblo, diciéndole que alabara á Dios y á su santa Madre por la merced que les habia hecho y que obedecieran fielmente á S. M. y al Virey en su nombre, el pueblo, que llevaba cinco dias en armas, se hubiera retirado á sus hogares; pero aun permaneció otros dos en son de guerra, atrincheradas las calles, y convertida la ciudad en un gran vivac y en una horrible orgia, entregándose los sublevados á todo genero de desmanes, que en los cinco dias anteriores apenas habian cometido, pues tenia pena severa é ineludible, impuesta por sus mismos compañeros, todo el que manchase la justicia del alzamiento, apoderán-

(1) Es curioso lo que acerca de esto escribe en su notable obra sobre aquella sublevacion de Nápoles, el clarísimo historiador é inspirado poeta D. Agel Saavedra, Duque de Rivas. «La Vireina envió sus carrozas á la esposa del antiguo pescadero para que fuera á Palacio. Fué en efecto, acompañada de unas cuantas vecinas y de su suegra y su cuñada, todas con magníficos trajes, que formaban irregular contraste con sus toscas formas y sus modales groseros. Recibióla la guardia con los honores de capitán general, y fué subida en silla de manos con cortejo de gentiles hombres, pages y alabarderos, é introducida hasta el gabinete de la Duquesa.—Sea V. I. muy bien venida, le dijo la vireina.—Y V. E. muy bien hallada, le contestó la esposa del dictador de Nápoles: V. E., añadió es la *vireina de las señoras, y yo la vireina de las plebeyas*. D. Juan Ponce de Leon, sobrino del Duque de Arcos, tomó en sus brazos un niño de pecho, sobrino de la pescadera, le besó con la mayor ternura, y le enseñaba á todos como un portentoso. La Duquesa indicó á la Masaniello lo conveniente que seria que su marido aceptara del virey las altas mercedes que estaba dispuesto á otorgarle, y que se retirara del mando para que pudiera restablecerse la tranquilidad. «*Todo menos eso*, respondió la vireina de las plebeyas; *pues si mi marido deja el mando, no serán respetadas ni su persona ni la mia. Lo que conviene, es que estén unidos y acordes el Sr. Virey y Masaniello, éste gobernando al pueblo y aquel á sus españoles*». Sorprendió y dejó cortada á la Duquesa tan terminante respuesta, y puso fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mujeres, que se retiraron con el mismo aparato y ceremonias con que habian venido».

¡Cuántos puntos de contacto ofrece la revolucion de Nápoles del siglo XVII, con muchas entre nosotros y en otros países, del siglo XVIII y XIX.

dose de lo ajeno. Pero en los dias que sucedieron al triunfo, una especie de vértigo infernal se apoderó de la multitud. Fueron tantas las escenas de saqueo, de incendio, de sangre, de desolacion y esterminio, que, como dice un historiador de estos sucesos, «los gritos de *muera, muera*, resonaban por todas partes; cuerpos destrozados yacian aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos: nada habia seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos. Unas veces por noticias vagas esparcidas con dañada intencion, otras por imprudencias cometidas por los nobles y magnates que se metian á mediadores para apaciguar el pueblo, otras por palabras de los bandos del Virey que los sublevados creian ofensivas, hubo dias y noches en que el populacho, *il fidelissimo popolo* que llamaban los gefes del tumulto, se entregó con frenética furia á todo genero de excesos, cuyos pormenores horroriza leer. Hubo momentos en que la populosa Nápoles parecía una inmensa hoguera: tantas eran las que habia encendidas para reducir á pavesas las casas y palacios de los ricos y nobles, y que atizaban con repugnante gozo hombres, mujeres y niños. Húbolos en que las indomables turbas pudieran saciarse de sangre, si en tales casos se pudieran saciar, y en que presentaban con horrible júbilo á Masaniello clavados en picas la cabeza y los miembros de cualquiera ilustre víctima, que despues de infinitas pesquisas lograban haber á las manos, habiendo quien pidiera un trozo de su cuerpo para devorarle crudo, como sucedió con el pié de un hermano del duque de Maddalone. La plaza del Mercado, cuartel general de Masaniello y su tribunal de justicia, se hallaba toda circundada de cabezas, que tenian la bárbara calma de ir colocando con mucha simetria. En vano los padres dominicos y teatinos salieron varias veces en procesion, llevando al Señor Sacramentado, para ver de calmar la desenfrenada muchedumbre; los insultos y las profanaciones obligaban á los religiosos á volverse á sus conventos, no sin peligro de sus vidas. Se estremece el corazon de leer algunas de las escenas que pasaron dentro de aquellos mismos asilos de religion y de piedad, y que nosotros nos abstenemos de describir (1)».

(1) Lafuente, citando á varios escritores contemporáneos.

Sin embargo de tales escesos, celebróse como gran festividad la jura de los nuevos privilegios; ostentosa ceremonia en la cual, Masaniello, vestido con riquísimo traje bordado de plata, ocupaba el lugar mas preferente cerca del Virey; produciéndole tan inesperada elevacion, como sucede con harta frecuencia, tal desvanecimiento, que bien pronto se convirtió en delirio y en verdadera locura. La alta idea del supremo poder que ejercía y el insensato amor por el fausto y la opulencia, tan á deshora é impensadamente despertado en su corazon, convirtiéronle bien pronto en ambicioso y déspota; y el que dias antes se habia mostrado activo, valeroso y enérgico, trocóse en tirano y en el mas terrible opresor del pueblo mismo de que habia salido y á quien todo lo debia. Leccion elocuente que no debieran olvidar nunca los pueblos y los que les mandan, levantados á tan altas regiones por el inconstante favor de la multitud. Tal cambio, como no podia menos de suceder, decidió de la suerte del atrevido pescadero; y como el mismo notase el que su conducta habia obrado entre el pueblo, creyendo ver enemigos en todas partes precipitó su ruina con las repetidas ejecuciones que hacia, de los mismos que le habian elevado al poder. Esta situacion no podia ser muy duradera; conjuráronse contra él los descontentos, y tuvo que refugiarse en la iglesia de los Carmelitas, arengando al pueblo desde el púlpito, y recordándole sus antiguos servicios, sin embargo de lo cual acabaron por asesinarle, cortándole en seguida la cabeza y llevándola al Virey, arrastrando despues el mutilado cadáver por las calles.

El inconstante y versátil pueblo napolitano, arrepintióse al siguiente dia, de lo que habia llamado su justicia, y sintiendo profundo pesar por la suerte de Masaniello, recogieron los restos de su cadáver insepulto, hicieronle los mas altos honores, y hasta no faltó quien le considerase como un mártir ó como un santo.

Pero ni con la muerte de Masaniello ni con las concesiones y privilegios otorgados, habia de terminar aquella rebelion tan mal prevista como remediada, por el duque de Arcos. El populacho habia sentido todo cuanto de embriagador ofrece para gentes de escasa ilustracion y creencias el pillage y los crímenes; y mal avenido con las ideas de orden, renovó sus tumultos con mayor furia, y hasta llegó á arrojarse de im-

proviso sobre importantes puestos militares, declarando de nuevo abiertamente la guerra á los españoles, y jurando no dejar las armas hasta conseguir el logro de sus esperanzas, que ya no tenían término, como no lo tienen jamás los delirios y extravíos de un demente.

Con el noble propósito de encauzar aquel nuevo y temerario movimiento, mas que por participar de las ideas de los sublevados, aceptando la invitacion popular, púsose al frente de ellos el Marqués de Toralto, príncipe de Massa, con el propósito *de conciliar los ánimos para dar paz á su afligida patria*, segun las últimas palabras del mismo príncipe, y no llevado de aspiraciones á medros personales, que para nada le eran necesarios.

Con varia fortuna combatieron los insurrectos contra el Virey; y yá deseando todos sinceramente la paz, se entraba en proposiciones de capitulacion y arreglo, merced á la industria y manejo de Toralto, cuando avistaronse en las aguas de Nápoles las banderolas y gallardetes de la escuadra española, que al mando del segundo D. Juan de Austria enviaba la corte de Madrid, para sugetar aquella tenaz rebelion. Alarmados con esto los sublevados, y desconfiando de Toralto, no presentaron ya tan fácil acomodo para las capitulaciones empezadas; y comprendiéndolo asi el hijo de Felipe IV, decidió tomar una resolucion extrema. En efecto; puesto de acuerdo con el de Arcos, en un momento dado rompió al mismo tiempo el fuego de su escuadra y el de los cañones de los castillos, produciendo tan terrible ruido, que no parecia sino que trataban de emular los hombres con aquel artificial volcan, los terribles sacudimientos y erupciones del cercano Vesubio.

El combinado y atemorizador ataque no puso espanto sin embargo en el ánimo de los sublevados. Armado el pueblo en número de mas de cien mil hombres, excitado por los franceses, ocultos emisarios de la casa de Lorena, que como descendiente por línea femenina de Renato de Anjou, aun alegaba derechos y mantenía pretensiones al trono de Nápoles, reforzados por las compañías que iban llegando de los demas pueblos del reino en apoyo y socorro de sus hermanos, sostuvieron dignamente el combate por muchos dias, haciendo retroceder, lo mismo á las gentes del duque de Arcos, que á los cuatro mil soldados que ha-

bia desembarcado el de Austria, los cuales fueron arrojados de la tradicional calle de Toledo y de todos los demas puntos de que intentaron apoderarse. Apesar de tales ventajas, la influencia del marqués de Toralto, que veía con profunda pena tanta sangre inútilmente vertida, pues previsor, comprendia que á la postre habia de predominar la gente de España, consiguió que los conjurados vencedores pidiesen una tregua, que él consideraba como preliminar seguro de la paz; tregua, con grande imprudencia negada por el de Arcos, cuya negativa, llenando de indignacion al pueblo, y al mismo Toralto, inflamó con más delirante ardor la pelea, que Dios sabe hasta donde hubiera llevado á la exasperada multitud, si el mismo Virey, arrepentido ya de su ligera negativa, no hubiera acudido, con humillante degradacion, á solicitarla. Bien es verdad que el cuadro que en aquellos momentos debia ofrecer la ciudad de Nápoles, seria aterrador é imponente. «El continuo tronar de la artillería, (como dice describiéndolo con su enérgico pincel de artista y de poeta, el historiador anteriormente citado (1)), el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres, que corrian en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse; el son espantoso de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantosísimo rimbombe, muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destruccion completa de su hermosísima capital. . . . Declinaba la tarde, y continuaba mas encarnizada la pelea. . . . y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y la matanza; habiendo sido aquel funesto dia uno de los mas espantosos que ha pasado ciudad alguna.» Ebrio el pueblo de furor; sin dique alguno yá que les contuviera; perdido por completo el prestigio del de Toralto, á quien en su desesperado despecho arrancaron barbaramente la vida al reventar una mina por falta de pericia en los mismos insurrectos, lo cual ya les habia advertido, mas previsor y entendido, el desgraciado marqués; habiendo elegido un nuevo gefe, que lo fué el maestro arca-

(1) El Duque de Rivas.

bucero, Genaro Annése, borraron yá por completo de sus banderas el nombre del rey de España, que hasta entonces habian acatado, y creyéndose poderosos é invencibles, declaráronse independientes; participándolo asi á todas las naciones de Europa.

No estaban entre tanto ociosos los nobles que sostenian la causa de España. Con actividad increíble organizaron un pequeño ejército en la campiña, con el que, recorriendo los alrededores de Nápoles, sostenian una especie de sitio, que era verdaderamente un bloqueo contra la ciudad, llegando hasta el extremo de obligar á los insurrectos, á salir fuera del recinto de aquella, para combatir á los contra revolucionarios. Como sucede casi siempre, si aquellos obtuvieron en un principio la victoria, bien pronto el orden, la disciplina, el arte en fin de la guerra triunfó del valor impetuoso, pero desordenado; y el general Tutavilla, que mandaba las fuerzas de los nobles, fué obteniendo señaladas ventajas y decididos triunfos, y estrechando más el bloqueo de la ciudad, hasta el punto de convertirlo en estrecho cerco, que impidiendo á los sitiados la comunicacion con los de los pueblos cercanos, los hizo empezar á sentir los horrores del hambre.

No despreciaron tan favorable coyuntura los agentes de la política francesa; y dejándoles entreveer en medio de una situacion que parecia desesperada, un faro de esperanza, en el duque de Guisa, Enrique de Lorena, que á la sazón, y quizá intencionalmente, se hallaba en Roma, lograron que los insurrectos le proclamasen como su jefe, y que enviándole diputados le decidiesen á venir á ponerse al frente de la insurreccion, organizándola y dirigiéndola á más seguras y duraderas victorias.

Con no pocos peligros logró arriivar á Nápoles el de Guisa, siendo recibido por los entusiastas é inflamables napolitanos con todos los honores que hubieran podido dispensar á un monarca. No era sin embargo una corona la que trataban de ofrecerle. Engreidos con su poder, erigieronse en república, al modo de las provincias unidas de Holanda; é imitando lo que en aquellas habian hecho con el príncipe de Orange, miraron solo á D. Enrique de Lorena como á su protector, no dándole mas título que el de generalísimo y el de defensor de su libertad. Con verdadero escándalo, como dice á este propósito un historiador contem-

poráneo, vióse entonces al arzobispo y cardenal Filomarino asistir á la ceremonia de la proclamacion de la república, al modo que antes lo hizo á la de los privilegios, y bendecir la espada del de Guisa, como antes habia bendecido la de Masaniello.

La eleccion de los sublevados parecia á punto de producir sus importantísimos resultados en pro de la independencia que sustentaban, y en contra de la dominacion española, pues activo y entendido el de Guisa, con sus acertadas disposiciones militares, con su oportuna clemencia y con su justa distribucion de recompensas al verdadero mérito, logró en breve aumentar el número de sus partidarios y conseguir victorias sobre los españoles y los nobles, hasta el punto de arrojar de un arrabal de Nápoles, que todavia conservaban, á los primeros, y de quitar á los segundos la ciudad de Aversa, donde tenian establecido su cuartel general. Con esto levantáronse en su favor las provincias de Salerno y la Basilicata; y al coincidir con tan importantes ventajas, la aparicion en las aguas del golfo, de una escuadra francesa al mando del duque de Richelieu, creyóse yá como resultado inevitable de aquella campaña la pérdida total de Nápoles para los españoles.

La division, sin embargo, de las armas francesas, producida por la mas baja pasion que puede alentar humano pecho, lo dispuso de otro modo. Los ministros de la reina Ana, y en especial el limitado y envidioso Mazzarino, viendo con indignos celos el engrandecimiento del de Guisa, dieron tales instrucciones al de Richelieu, que mas sirvieron para perjudicar la causa de Francia, en Nápoles, que para salvarla. En lugar de ofrecer franco y decidido apoyo al Jefe de la casa de Lorena para robustecer su naciente autoridad en el pueblo napolitano, manifestóse el de Richelieu abierto partidario del caudillo popular Genaro Annése; conducta imprudente, que produciendo legítimo descontento en los partidarios del principe francés, introdujo completa division en el campo insurrecto, la cual no tardó en aprovechar, sagaz político, el de Austria, reuniendo rápidamente su dispersa escuadra, y presentando con ella la batalla al almirante francés. Seis horas duró aquella colision sangrienta; y aun cuando por el momento pareció quedar indecisa la victoria, disponiéndose el español á forzar su éxito, empeñando de nuevo el

combate, vióse con gran sorpresa volver á Nápoles las popas, los bageles franceses, poniendo la proa en demanda de sus costas.

Tal defeccion produjo terrible efecto para la causa de los sublevados; y como al mismo tiempo el pueblo napolitano, viese que el duque de Guisa, lejos de mostrarse severo y digno como en un principio, envane- cido con sus primeras victorias y dejándose arrastrar de las tentadoras delicias que por todas partes le ofrecia aquel hermoso suelo, se abando- naba á una vida licenciosa y de verdadero vértigo y soberbia, empezó á demostrar abierto descontento, y lo que es más grave, cuando tanto se prolongan estas luchas, profundo decaimiento en los ánimos, vol- viendo de nuevo los ojos con la versatilidad propia de aquel pueblo im- presionable é inconstante, á la antigua dominacion española.

Así las cosas, conociendo el de Austria que era llegada la ocasion de presentar á los sublevados unido el nombre de España al de otro perso- nage que la representase, en lugar del desautorizado y aborrecido duque de Arcos, tomó sobre si las funciones de Virey; lo cual produjo favora- ble efecto en el ánimo de los descontentos, inclinados á la vez como acontece siempre despues de un señalado triunfo, á favor del caudillo victorioso. D. Juan de Austria habia sabido resistir, á pesar de la des- proporcion de sus fuerzas, pues apenas podia presentar uno, contra diez de sus enemigos, el ataque general y simultáneo que estos dieron contra todos los puntos ocupados por los españoles; y tan heróica resistencia produciendo, en vez de nuevo enojo en los vencidos, admiracion y apre- cio hácia los vencedores, preparó más y más la favorable reaccion que por todas partes empezaba á notarse en favor de la causa española.

Afortunadamente tambien para ella, la corte de Madrid habia hecho en aquellos dias un nombramiento tan acertado como digno en favor del Conde de Oñate, antiguo representante de España en la corte imperial, embajador á la sazón en Roma, autorizado por largos servicios, y de tan rectos como severos procederes, el cual fué elegido en buen hora Virey de Nápoles.

No estaba perdida por completo en aquella apartada provincia espa- ñola la causa del de Guisa; y comprendiéndolo así el hábil diplomático español, supo atizar el descontento del pueblo al mismo tiempo que

esperaba con prudente calma ocasion oportuna en que acabar de desconceptuarle, dando el golpe de gracia á la causa francesa y levantándose con decidido triunfo. La toma de Nisida por unas galeras españolas, fué causa de que el desacertado é imprevisor Enrique de Lorena, con esa confiada arrogancia, característica siempre del pueblo á que pertenecía, abandonase á Nápoles y se dirigiera á aquella isla con propósito de recobrarla; momento oportuno que no desperdició el de Oñate, para acometer con bien preparado ataque á la ciudad, apesar del escaso número de fuerzas con que contaba. Bien es verdad que mandadas por capitanes tan expertos y acreditados como el mismo D. Juan de Austria, el marqués de Torrecusa, Tuttavilla, Cárlos de la Gatta, Don Diego de Portugal, el marqués de Peñalba, y otros no menos expertos capitanes, podía considerarse como segura la victoria.

Y así fué. Distribuidas las tropas y realizado un ataque general y simultáneo á todos los puntos enemigos, desordenáronse los contrarios, despues de corta resistencia; y los vecinos honrados, que ya no podian sufrir tantos disturbios, horrores y desastres, prorumpieron en aclamaciones á la paz y al rey de España, quedando en breves momentos toda la ciudad sometida al vencedor.

El venturoso éxito de aquel atrevido y glorioso hecho de armas, produjo la rápida sumision de todo el reino, entrando bien pronto la desmoralizacion en las tropas del de Guisa, hasta el punto de verse abandonado de ellas; y alcanzado y preso cerca de Capua, hubiera pagado con la vida la osadía que le llevó á ponerse al frente de un pueblo sublevado contra sus legítimos soberanos, á no haber sido por la intervencion generosa de D. Juan de Austria, que le envió á España; donde quedó encerrado en el alcazar de Segovia, dando pruebas con su ulterior conducta, de que no era la gratitud el noble sentimiento á que rindiera merecido culto.

No fué en verdad el de Oñate igualmente piadoso con los vencidos. Creyendo que de ninguna manera mejor podia apagarse aquella hoguera, siempre pronta á encenderse, que con la sangre de los que principalmente la daban pábulo, les hizo perecer en el patibulo; severidad que léjos de producir el deseado efecto, irritó los ánimos, hasta el punto,